



STEPHANY HERNÁNDEZ

**Mil
veces
tú**

Stephany Hernández Vivas

Mil veces tú



ABRAPALABRA
EDITORIAL

Advertencia: contenido sensible en la novela

Esta novela contiene escenas que pueden resultar desafiantes o perturbadoras para algunos lectores. Los temas sensibles abordados incluyen, pero no se limitan a, situaciones violentas, abuso, suicidio, enfermedades de la salud mental u otros eventos traumáticos. La intención es explorar aspectos de la realidad humana, pero entendemos que estas representaciones pueden afectar a quienes han experimentado situaciones similares y/o son especialmente vulnerables.

Si sientes que estos temas pueden ser perjudiciales para tu bienestar emocional y psicológico, te recomendamos ejercer precaución al continuar la lectura. Si en algún momento necesitas apoyo o alguien con quien hablar, no dudes en buscar ayuda de tus amigos, tus familiares o profesionales de la salud mental.

Por favor, ten presente que la intención de la obra es expresar aspectos de la complejidad humana, y se abordan estos temas con respeto y consideración.

Créditos

Hernández Vivas, Stephany

Mil veces tú / Stephany Hernández Vivas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Abrapalabra Editorial, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4999-93-1

1. Novelas. 2. Novelas Románticas. 3. Narrativa. I. Título.

CDD V863.9283

Coordinación y producción:

Helena Maso Baldi

Diseño y diagramación:

Ivanova Hidalgo

Imagen de portada:

®Adobe Stock

Edición y revisión de texto:

Julieta Vázquez

Primera edición: enero 2024

Abrapalabra Editorial

Manuel Ugarte 1509, CP 1428–Buenos Aires

E-mail: info@abrapalabraeditorial.com

www.abrapalabraeditorial.com

ISBN 978-987-4999-93-1

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Hecho en Argentina

*“Perdimos la Isla de las Bobadas. Así que puede perder las de Amistad, Hockey, Honestidad y Familia.
Puedes arreglarlo, ¿no Alegría?”
Intensamente, Disney PIXAR*

Capítulo 1

Recibí un pase de Gio. Era uno de esos pases fuertes y potentes que, de no colocar el pie con firmeza para detener el balón, podía burlarte por completo y pasar de largo. Apenas pasaba la media cancha. Había comenzado a llover con intensidad, pero suplicamos que no suspendieran el partido. La victoria nos llevaría directo a la estatal y la derrota nos dejaría fuera de competencia a cualquiera de los dos equipos. Cero a cero, pensé, y me tomé un segundo para decidir mi siguiente movimiento. Frente a mí, tres chicas de la defensa del equipo contrario me cerraban el paso. Salir hacia adelante parecía imposible, pero de lograrlo, mi equipo se colocaría en ventaja numérica. Quedaba poco tiempo, mi rodilla estaba sangrando por una caída previa y mi uniforme ya estaba empapado. Podía sentir mi corazón latir con fuerza, de manera rápida y contundente, las palmas de mis manos sudaban por el nerviosismo que más que paralizarme me impulsaba a seguir. Era la última jugada y su éxito iba a depender de la decisión que yo tomara en ese instante.

Solté el aire que tenía rato sosteniendo en mis pulmones desde hacía varios segundos e hice un amague hacia el frente. La primera de las tres chicas vino directo a mi dirección, lo cual me dio la oportunidad de burlarla con un autopase que me dejó frente a la segunda defensa. Esa fue más sencilla y logré esquivarla con un caño que provocó un estruendoso grito en las tribunas. La tercera, desesperada por detenerme, me sujetó de la camiseta y tiró con tanta fuerza que me lanzó al suelo. Levanté ambas manos pidiendo la falta, pero el árbitro nos indicó que siguiéramos jugando, que la pelota seguía viva, por lo que me levanté tan rápido como lo permitieron mis piernas y corrí por el balón. Lo recuperé de manera impecable. Ya estaba a pocos metros del arco. Intentaba conseguir el espacio para hacer el tiro perfecto, el tiro ganador. Una barrida me tomó por sorpresa, pero tuve tiempo de enganchar la esfera, conseguir un espacio hacia mi derecha y patear directo a la malla. Estuvo cerca, pero las manos de la arquera lograron lanzarlo fuera del área donde Sam lo tomó y remató con la pierna izquierda.

—¡GOOOOOOOOOOOL! —se oyó desde las tribunas.

Corrí hacia Sam, que celebraba de rodillas justo en la esquina de la cancha. Me abalancé sobre su espalda, emocionada, y tras de mí llegó el resto de las chicas. Habíamos ganado el partido y ahora iríamos al torneo estatal.

Desde la banca, el resto de mis compañeras y nuestra entrenadora saltaban de alegría, mientras que las chicas del otro equipo lloraban de tristeza. En una región tan pequeña, conseguir un pase a la estatal era clave para ser vistas en el fútbol sala; de lo contrario, estarías condenada el resto de tu vida a jugar bajo la sombra de los torneos locales.

Apenas me coloqué de pie, miré a las tribunas. Mis padres y mi mejor amiga gritaban con todas sus fuerzas. No se perdían ni uno de mis partidos desde que comencé a jugar fútbol a los cinco años, no importaba cuán insignificante fuesen. Corrí hacia ellos y los tres me abrazaron con mucha efusividad. Primero mis padres, y luego, mi mejor amiga.

Olivia y yo éramos amigas desde que nuestros padres planificaron nuestros nacimientos, sí, así de loco como sonaba. Nuestras madres también fueron amigas durante toda su vida, mejores amigas como nosotras, y siempre tuvieron el sueño de criar juntas a sus hijos.

Planté un beso en la frente de Oli y sostuve su rostro con ambas manos. Tenía unos ojos verdes hermosos, su cabello era color castaño claro, casi rubio, y su piel clara, apenas tostada por las horas al sol practicando atletismo.

—Lo lograste —me dijo con una sonrisa perfecta mientras sujetaba mi cintura.

—Las estatales —respondí en confirmación antes de darle otro abrazo.

—Bueno, chicas, es hora de irnos —anunció mi madre interrumpiendo el gesto entre mi mejor amiga y yo—. ¿Quieren venir con nosotros o prefieren ir a celebrar con el resto de las chicas?

—Por supuesto que vamos a ir a celebrar —aclaré yo abrazando a mi padre. Él besó mi frente y asintió.

—Llárame e iremos por ustedes. Tengan cuidado —pidió papá con una sonrisa, pero dejando claro que hablaba con seriedad.

—Por supuesto, papá —lo tranquilicé—, nos vemos más tarde.

Lo besé en la mejilla, y luego, a mi madre para despedirme. Tomé la mano de Olivia y tiré de ella hasta los vestidores. Ya era costumbre que me acompañara ahí después de cada partido para esperar a que me duchara e irnos juntas. Dentro, las chicas saltaban y cantaban la canción de nuestro equipo mientras movían eufóricas sus camisetas en el aire. Al verme corrieron para saltar a mi alrededor.

—¡Eeehhh, ooohhhh, eeehhh, ooohhh! —cantábamos el coro.

Mi mejor amiga nos miraba desde afuera con una sonrisa. Yo me volví a observarla y no pude evitar devolverle el gesto. Estaba agradecida de poder compartir esas cosas con ella.

—Nicky, ¿vamos a casa de Laura? —preguntaba Gio al tiempo que se colocaba un suéter y terminaba de vestirse. Yo hacía lo mismo, peleaba con los botones de mi camisa. Solía equivocarme siempre con alguno de ellos, lo que me obligaba a desabotonarla para empezar de nuevo.

—Es el plan —contesté con un gesto cargado de picardía.

Gio y yo habíamos tenido ciertos momentos, y no es que nos hubiésemos acostado, ni siquiera besado, pero jugábamos con comentarios que encendieron de a poco nuestra relación y que fueron despertando en ambas unas ganas que no sabíamos que nos teníamos.

—Veamos si esta noche tengo suerte —bromeó con complicidad. Yo no pude evitar soltar una

risita, sí que estaba deseando que tuviera suerte.

—Quizás, hoy estoy de humor —respondí bromeando igual, pero mordiendo mi labio para asentar las ganas que de hecho sí tenía.

—Bueno, bueno —interrumpió Olivia pasando su mano por sobre mi hombro—, basta de calentarnos las orejas y apurémonos. Tengo ganas de un trago, o mejor dos.

Gio soltó una carcajada y siguió a mi mejor amiga hasta la salida, no sin antes lanzarme una mirada fugaz para ver mi reacción. Yo solo sonreí y las seguí a ambas.

La casa de Laura era una “modesta” mansión en el norte de la ciudad. Modesta porque, por lo general, las casas de mis compañeros solían ser ostentosas mansiones de catorce habitaciones y veintisiete baños, canchas de tenis, campos de golf y al menos media docena de mucamas y mayordomos, pero no era el caso de la casa de Laura. Su padre era un diplomático extranjero y solían vivir en las casas que su gobierno les asignaba, así que aunque no tuviese un campo de golf, ni catorce habitaciones, sí tenían un lujoso espacio de tres pisos y una piscina lo bastante buena como para pasar el verano, lujos que mi familia ni siquiera podía imaginar.

Yo era becada en la escuela a la que asistíamos por mi desempeño en el fútbol sala, pero mi lugar entre mis amigos me lo tuve que ganar con mucho esfuerzo. En principio, no era diferente a las personas que manejaban sus autos, limpiaban su casa o atendían cualquier otra necesidad. Era ignorada, echada a un lado y, en ocasiones, pisoteada por alguien que creía que el dinero lo hacía superior. Mi familia tenía comodidades, pero no éramos más que una familia típica de clase media que sobrevivía gracias al límite de su tarjeta de crédito, por lo que fue mi manera de jugar la que me otorgó un verdadero status dentro del instituto. Mi mejor amiga, por otro lado, tenía su lugar más que asegurado en la escuela y en la vida, pues su abuelo era un miembro fundador y, aunque su familia no exhibiera sus lujos y vivieran de una manera más bien humilde, contaban con un fondo monetario que yo no podría alcanzar ni con el mejor contrato profesional.

En casa de Laura, la música sonaba por todo lo alto. Las chicas del equipo ya habían llegado y algunos otros amigos se fueron sumando. Enseguida perdí a Olivia de vista, así que me aventuré a ir sola por un vaso de soda hasta la cocina. Esa noche no quería beber alcohol.

Describirme no era complicado. Yo siempre fui la chica extrovertida del grupo, la fiestera. Esa que no se detenía en artículos para salir a bailar, para escaparse de clases o para romper las reglas. Siempre tuve mucha confianza en mí misma y es por esa razón que no fue difícil salir del clóset con mis padres.

La primera vez que me percaté de que me gustaba una niña tenía ocho años. Puede que para muchos eso resultara ser pronto, pero aún puedo recordar la sensación que tenía en el estómago cuando me sentaba a su lado en clases. Era algo tierno e inocente, pero también algo que decidí callarme por pensar que estaba mal. No fue sino con el pasar de los años que pude lograr sentirme cómoda con esa parte de mi vida y recién a los trece años les conté a mis padres.

Richard y Jenn lo celebraron, sonará extraño, pero estaban felices por ser una familia diferente. Aparentemente, ser padres millenials de una adolescente homosexual es tener mucha onda. Olivia, por su parte, creo que siempre lo supo. Cuando se lo dije, ni siquiera se sorprendió, fue como si hubiese estado esperando esa confesión desde hacía mucho tiempo.

Olivia era mi contraparte en todo sentido, no solo por ser heterosexual, sino por ser más tímida y cohibida que yo. Ella era muy graciosa, tierna, atenta. Por mucho, también era la más inteligente y estudiosa. Apenas mostraba su verdadera personalidad cuando entraba en confianza, pues al principio solía ser más reservada, discreta.

—Hola, preciosa —me saludó Gio en tanto se acercaba a la barra de la cocina para servirse un trago de vodka con jugo de naranja.

—Dichosos los ojos que te vuelven a ver —solté en juego mientras me apoyaba en la mesada para mirarla a los ojos. No pude evitar pasar la punta de mi lengua por mi labio inferior.

—Me halagas —siguió ella—. ¿No tienes ganas de bailar?

—¿Bailar? —Reí de nuevo. Era pésima bailando. Mis pies, mi cadera y el resto de mi cuerpo no parecían estar ni siquiera conectados—. Creo que paso.

Le guiñé un ojo y caminé hasta el living. La cantidad de personas se había multiplicado en los últimos diez minutos, éramos cerca de cien adolescentes alcoholizados y buscando más que un beso y una caricia en cualquiera que se nos atravesara en frente, y aquello dejó de ser una celebración íntima y pasó a ser una gran fiesta de preparatoria.

Intenté buscar a Olivia con la mirada, pero en ese punto iba a ser imposible ubicarla entre tantas personas, por lo que opté por tomar mi teléfono y enviarle un mensaje:

Yo: ¿Dónde estás?

Oli: Vino Marcos.

Marcos. Sentí mis mejillas arder hasta quemar. Marcos era la relación toxica y problemática de Olivia, un idiota que la desechaba y la recogía cuando quería. Que la rompía a su antojo y no le importaba en lo más mínimo los sentimientos de mi mejor amiga. Odiaba verla con él, odiaba de lleno verlos juntos.

—Hey —sentí una mano tomar la mía y tirar de mí con fuerza—, ¿buscamos un lugar más tranquilo? —Era la voz de Gio en mi oído. Por la cantidad de gente y el escaso espacio a nuestro alrededor no pudimos evitar chocar la una contra la otra.

—Yo... —La piel se me erizó, mi boca se hallaba muy cerca de la suya y nuestras miradas estaban clavadas en nuestros labios, pero no podía concentrarme, no pensando en Olivia con el idiota de Marcos—. Quisiera, pero Marcos está aquí y está con Olivia —me disculpé.

—Ese idiota —murmuró con enfado. Ella también estaba al tanto de la historia de ambos—. Te acompaño —se ofreció y yo asentí.

Gio me tomó de la mano y entrelazó nuestros dedos. Era primera vez que lo hacía y me

encantaba, debía admitir. Era una chica hermosa, un poco más alta que yo. Su cabello era rubio y lacio, rapado en uno de los lados y largo del otro hasta la altura de sus hombros. Sus ojos eran azules, intensos y cálidos a la vez. Su piel era blanca y tenía unas pecas en sus hombros que me hacían perder un poco la cordura.

Yo era lo contrario. Tenía el cabello muy ondulado y la piel morena, jugaba con la unión de los tonos de piel de mis padres —mi madre era una mujer caucásica y de ojos azules y mi padre, un hombre de tez muy oscura y cabello tan difícil de mantener en orden que prefería raparlo por completo, polos opuestos—. Mis ojos eran castaños oscuros, casi negros como los de mi padre, pero tenía una marca de nacimiento que parecía la mancha de una de las láminas que te mostraba el psicólogo para determinar si estabas loco o sufrías de depresión. Era de un tono un poco más oscuro que el de mi piel e iba desde mi hombro derecho a mi codo. Esa la heredé de mi madre.

Demoramos un poco, pero finalmente pudimos dar con mi mejor amiga y su patético exnovio... o novio. Él la mantenía apoyada contra la pared en una de las habitaciones de la planta baja mientras se besaban de manera apasionada, sin importarles nada a su alrededor. No podría explicar por qué sentí lo que sentí, pero sí podría decir que un nudo se hizo en la boca de mi estómago y me era imposible tan siquiera tragar saliva. Era primera vez que veía a Olivia besar a alguien. Ella siempre había sido muy reservada y evitaba ese tipo de manifestaciones de afecto en público. Era raro para mí verla en esa situación. Sin darme cuenta, comencé a apretar con mucha fuerza la mano de Gio. Estaba enfadada, de seguro porque sabía que Marcos era un idiota y que Olivia merecía más, quizás porque mi mejor amiga estaba dando un espectáculo en medio de una fiesta, rodeada de tanta gente.

Miré a Gio sin saber qué decir y forcé una sonrisa que estaba segura de que no era más que una mueca.

—Mejor vamos a un lugar más tranquilo —le pedí—, aquí no hay mucho que hacer.

Gio asintió con una sonrisa victoriosa y tiró de mí para llevarme fuera de la multitud. La casa de Laura tenía tres pisos, como ya mencioné, y si bien teníamos la certeza de que el segundo piso estaría infestado de adolescentes calientes y semidesnudos que no contaban con un espacio en su propia casa para tener relaciones, sino que debían esperar profanar la casa de alguien más, en el tercero conseguiríamos un poco más de privacidad, eso ya lo sabíamos por experiencia.

Entramos juntas a una habitación al fondo del pasillo. Gio no terminaba de cerrar la puerta cuando la tomé por la espalda y besé su cuello, casi a la altura de su nuca.

—No pierdes tiempo, Nicky. —Rio.

Podía sentir su aroma suave, una combinación de coco y vainilla. Me encantaba.

—Llevo esperando mucho esto —confesé.

Ella se giró y me levantó en sus brazos. Yo rodeé su cadera con mis piernas y me aferré a su cuello mientras nuestros labios se unían en un baile frenético y desenfrenado.

Gio me llevó a la cama y me acostó sin mucha sutileza, amaba esa parte ruda de ella. Sus labios buscaron camino por mi cuello y sus manos comenzaron a adentrarse por debajo de mi camisa. Lo estaba disfrutando y mucho, sin dudas quería más, pero el tono de llamada de mi teléfono nos interrumpió. En otra circunstancia lo hubiese ignorado, pero era el tono que usaba para el número de mi padre y, si bien era muy permisivo, la regla irrompible era siempre contestar sus llamadas.

Gio se hizo a un lado y me regaló una sonrisa comprensiva al tiempo que yo atendía.

—Hola, papá —saludé.

—Hola, hija, mañana hay colegio —saludó de vuelta—. Las pasaré a buscar en quince.

—De acuerdo, papá —concordé y corté la llamada.

Miré a Gio con un puchero y ella imitó mi gesto.

—¿Te vas? —preguntó con dramática actuación.

—Sí, creo que no será hoy. —Le guiñé un ojo—. ¿Te veo mañana?

—Seguro que sí. —Me plantó un beso suave en los labios y se echó en la cama.

Yo salí para buscar a Olivia, la llamé a su número un par de veces, pero no atendió. Debía seguir entretenida con el idiota de Marcos. Percibí una sensación extraña en la boca de mi estómago y no pude evitar sentirme algo enojada. Quería ir a donde estuviese y sacarla de ahí, lejos de él.

Ya había dado un par de vueltas en la planta baja, les había preguntado a algunas de nuestras amigas, pero no lograba dar con ella. Seguí llamando a su número con insistencia. Continuaba sin atender.

¿Sería que...? No, no se acostaría con Marcos, no ahí. Ella no perdería su virginidad con ese idiota en una fiesta de preparatoria, no era eso lo que ella quería.

La busqué con apuro en las habitaciones, necesitaba encontrarla antes de que cometiera un error, antes de que cometiera ese error. En los cuartos había chicos besándose, o ¿por qué no? Teniendo sexo bastante candente, pero yo solo comenzaba a desesperarme, quería encontrarla antes de... antes...

Abrí una de las puertas del tercer piso y vi a Marcos. Él estaba desnudo sobre alguien y un fuego se encendió en mi interior. Estaba hecha furia, no podía permitirlo. Corrí a la cama y lo hice a un lado, pero para mi sorpresa no estaba con Olivia, sino con Rebecca, una chica de último año que apenas conocía.

—¿Qué crees que haces, enferma? —se quejó él mientras tapaba su cuerpo con una sábana.

—Pensé que... pensé que... —retrocedí algunos pasos y salí a las corridas.

Sentí vergüenza de haber actuado de esa manera, pero más aún alivio de que Olivia no hubiese tomado una mala decisión. Marcos era un idiota y eso estaba más que comprobado.

Capítulo 2

—Ya te pedí perdón mil veces —reprochaba Olivia mientras me seguía desde los vestidores hasta la cancha—. Me enojé con Marcos y me marché. Me olvidé de avisarte, no quería hablar con nadie.

Olivia apenas me alcanzó. Yo iba sobre la hora, pero más que no llegar tarde, me interesaba dejarla atrás a ella.

—Te busqué como tonta por toda la casa e interrumpí la velada romántica de tu Marcos pensando que eras tú. —Me giré con enfado—. Pudiste enviar un mensaje, decirme que te irías y yo no hubiese hecho el ridículo frente a tu noviecito.

En ese punto no sabía realmente qué era lo que en realidad me estaba molestando, si era que ella no me avisara que se había marchado o lo que sentí en la noche cuando la imaginé con ese idiota.

—Solo discúlpame, ¿sí? —Hizo un puchero que resultaba irresistible—. Te compro un helado luego de clases, hago tu tarea una semana, limpio tu cuarto, lo que quieras, pero discúlpame.

Rodé mis ojos y dejé escapar una sonrisa, no podía mantenerme enfadada con Olivia, no había manera.

—Estamos bien —la tranquilicé—, ahora deja que vaya a entrenar o me meteré en problemas.

Ella me dio un breve abrazo y yo corrí de vuelta en dirección a la cancha donde el resto de las chicas se encontraba trotando. Me uní a ellas con premura esperando que la entrenadora no notara mi ausencia previa, pero fue en vano, me señaló con su dedo indicé y luego lo alzó apuntando al cielo para señalar que era mi primera falta.

Gio se percató de mi llegada y enlenteció su paso para permitirme alcanzarla, cosa que hice con una sonrisa en mi rostro.

—¿Te quedaste dormida? —se burló.

—Olivia me retuvo. —Me encogí de hombros—. ¿Pudiste terminar bien la noche?

—¿Cómo crees? Alguien me dejó con las ganas, no logré descansar ni un segundo. —Me guiñó un ojo y aceleró el paso para dejarme atrás de nuevo.

Yo solté una risita e hice lo mismo. Gio y yo éramos muy competitivas dentro de la cancha, ambas aspirábamos a ser la capitana ahora que Emma terminaba la preparatoria, y para lograrlo existía una serie de requisitos que nos esforzábamos por cumplir.

—Vamos, chicas —gritaba el preparador físico luego de hacer sonar su silbato—, todas con un balón. Van a controlar a máxima velocidad de un extremo al otro. No quiero que pierdan el

balón, no quiero que se aleje de ustedes más de un metro, manténganlo lo más cercano a su cuerpo posible. Empiecen.

Tomé uno de los balones y comencé con mi ejercicio, siempre intentando superar a Gio. Ella era, a la par conmigo y con Emma, una de las más veloces. Me mantenía enfocada en lo que tenía que hacer, correr junto al balón sin dejarlo escapar de un extremo a otro dentro de la cancha. Todo iba bien, pero unas voces molestas comenzaron a distraerme. Intenté seguir haciendo el ejercicio enfocando mi atención, pero había bajado el ritmo al tiempo que subía la intensidad de los gritos. Me detuve en seco e intenté ubicar su origen. En las gradas, Olivia y Marcos parecían discutir.

Pisé el balón y Gio, al darse cuenta, hizo lo mismo. Marcos sostenía a Olivia de la muñeca y ella intentaba tirar con fuerza mientras le pedía que la soltara. El resto de las chicas también dejó de hacer el ejercicio. Todos en el lugar se detuvieron a observar.

—Hey, Almeida —le gritó nuestra entrenadora desde la cancha a Marcos—, estás dando un espectáculo.

Marcos soltó una risa burlona y escupió en el suelo antes de irse. Olivia, por su parte, parecía avergonzada por haber llamado la atención. Miró a su alrededor: todos la estaban observando como a un bicho raro, todos menos yo. Yo solo quería subir para saber si todo estaba bien. Intenté dar un paso en su dirección, pero Gio me detuvo sujetando mi antebrazo.

—No puedes, Nicky —me advirtió—, te van a penalizar.

Miré a Gio y luego a Olivia alejarse. Solté un largo suspiro mientras el preparador físico hacía sonar su silbato una vez más.

—Concéntrense ahora —ordenó. Todas volvieron a hacer lo que indicó. Yo suspiré con fuerza, frustrada, y miré a Gio. Ella aún esperaba por mí así que asentí y fui a terminar mi entrenamiento.

La charla de la entrenadora después de cada práctica era la misma: somos grandes, somos fuertes, somos imparables. Podemos lograrlo. Señalaba algunas debilidades, mencionaba que debíamos trabajar más, indicaba actividades para realizar fuera de la cancha que nos ayudarían a mejorar nuestro rendimiento. Cosas de interés, pero a las que no podía prestarle mayor atención. No dejaba de pensar en Olivia y solo quería que terminara de hablar para ir a buscarla. Gio lo notó y se acercó a mí apenas la entrenadora salió de los vestidores.

—Nicky, sé que tú y Olivia son muy amigas, pero ¿es solo eso? —Parecía un poco desilusionada.

—¿Eh? —No entendía lo que quería indagar con su pregunta, hasta que capté su idea—. Sí, claro que sí, hemos sido amigas desde siempre, somos como... —quería decirlo, de verdad quería decirle que éramos como hermanas, pero no sabía hasta qué punto eso era tan cierto—, solo somos muy unidas, nuestras familias son muy unidas —intenté explicar.

Pensar en mi mejor amiga y en mí como algo más que eso no me cerraba en la mente. Olivia había estado ahí desde el día uno y nuestro lazo era mucho más que fuerte, ¿acaso algo en nosotras dejaba que se malinterpretaran las cosas? No, siempre fuimos buenas amigas, las mejores amigas y nada más. Me deshice de esa idea y volví a concentrarme en Gio.

—Bueno —sonrió de medio lado—, ¿qué dices si hacemos las cosas bien?

—¿Las cosas bien? —pregunté con intriga mientras me quitaba la camiseta del entrenamiento.

—Sí, ya sabes, tener una cita. —Sus mejillas se sonrojaron un poco. Se acercó a mí y colocó sus manos en mi cintura.

—No sé si soy de citas. —Me reí. Jamás lo había hecho, era más de besarme en las fiestas, de divertirme y dejar atrás. Jamás pensé que las cosas con Gio pudieran llegar a ser algo de citas.

Ella rio igual, no parecía disgustada. Me liberó de su agarre, no sin antes regalarme un beso fugaz.

—Creo que sí podríamos terminar lo que empezamos —retomé la idea y ella volvió sus ojos antes de darme la espalda y permitir que me marchara a la ducha.

De camino, mi sonrisa se borró. Pensé en la propuesta de Gio y traté de conseguir una explicación al hecho de que me costara tanto trabajo aceptar algo más. No es que no quisiera enamorarme, no es que no quisiera ser amada, pero me mantenía enfocada en el fútbol y no sabía si una relación sería lo mejor para mi futuro en el deporte. De todas maneras, despertar junto a alguien luego de solo dormir en la noche era algo que ya tenía junto a Olivia, no necesitaba a una novia para eso.

Antes de volver a mi hogar, decidí pasar por la casa de Olivia. Quedaba apenas a unas cuatro calles de la mía, así que estaba de paso. Ella vivía con sus padres y su hermano apenas dos años menor, y no, ese no fue planeado entre nuestras madres. Mi madre siempre fue clara, una hija y ya era suficiente; por el contrario, los padres de Olivia siempre quisieron una familia grande, sin embargo, luego del nacimiento de Oliver, la madre de Olivia sufrió de cáncer de útero y tuvieron que extirpárselo para salvar su vida. Algo trágico, pero funcional.

Al llegar entré sin tocar, era bastante común entre nosotros. Oliver jugaba con su Nintendo en el televisor de cincuenta y cinco pulgadas del living y su madre terminaba de servir la comida.

—Oh, Nicky —me saludó ella—, ya te sirvo un plato a ti también.

—No, no te preocupes —pedí—, vine a ver rápido a Oli y vuelvo a casa.

—No, claro que no, vas a cenar acá. Ya les aviso a tus padres —insistió y yo cedí con una sonrisa. Sería una batalla imposible de ganar.

Me acerqué al sofá en el que estaba sentado Oliver y planté un beso en su mejilla para saludarlo antes de subir a la habitación de mi mejor amiga. La puerta estaba abierta así que pasé, pero ella se hallaba en la ducha. Coloqué algo de música en su computadora y me acosté sobre la cama a mirar mi teléfono. Gio había subido una foto con una chica pelirroja, la conocía, era una

compañera de su clase de música, una chica con la que solía cantar muy buenos duetos. Quizás no debía, pero algo se revolvió en mi estómago, algo parecido a lo que sentí cuando vi a Olivia besar a Marcos, y en un intento por deshacerme de la sensación, tiré el teléfono a un lado.

—Hola —saludó mi amiga al entrar a la habitación con su pijama de camisón de Guns and Roses. Estaba peinando su cabello—. ¿Qué es esa cara de pocos amigos?

Pensé en Gio y en su foto, estaba segura de que no era nada, pero aun así no podía despojarme de la sensación de que podía perderla en algún momento, perder eso que no sabía que éramos.

—Hey, no es nada —la saludé incorporándome y haciendo a un lado mis pensamientos puestos en Gio—. ¿Qué fue lo que sucedió hoy?

—Nada —contestó tajante y se sentó frente al ordenador.

—Sabes que puedes confiar en mí —asegué.

—No es eso. —Suspiró—. Marcos quería que nos acostáramos anoche, pero no estaba lista. Él... ya sabes, es insistente, pero finalmente me dejó en paz y se acostó con alguien más. Hoy fue a decírmelo solo para hacerme sentir mal. —Su voz se quebró un poco—. Le dije que me dejara en paz, que ya no quería verlo, y dijo que era mi culpa, que seguía siendo una niña y él era un hombre que necesitaba una mujer.

—Te juro que quiero matarlo —comencé a decir.

—Ya no importa. —Olivia se giró para regalarme una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. ¿Qué hay de ti y de Gio?

Yo suspiré. No había mucho que contar.

—Gio va en otra dirección —confesé—, me pidió salir y no sé si es lo que yo quiero. Es decir, solo quiero a una amiga con derechos, ya sabes. —Sonaba terrible, pero era la verdad.

—Me parece imposible creer que jamás te hayas enamorado —se burló Olivia—. Has estado con... ya ni siquiera sé cuántas chicas, ¿jamás sentiste nada más?

—Yo... —intenté sonreír, pero el vacío que me hizo sentir su pregunta no me lo permitió—, te quiero a ti, debería contar.

—Idiota. —Soltó con una risa mientras se acercaba a abrazarme. Se detuvo entre mis piernas y me rodeó con sus brazos. Yo hice lo mismo y apoyé mi cabeza en su abdomen.

Mi corazón se aceleró y comenzó a palpar con fuerza. El aroma de Olivia me embriagaba los pulmones. No quería soltarla, no quería alejarme de ella ni por un segundo. La calidez de su cuerpo me resultaba reconfortante.

—Vamos a comer —indicó rompiendo con ese momento que parecía ser solo mío—, muero de hambre.

Yo asentí con la cabeza y la seguí en silencio. Intentaba no mirarla por mucho tiempo. Sus piernas dibujaban una silueta perfecta bajo el camisón y su cabello danzaba de un lado a otro al tiempo que bajaba las escaleras.

—Buen partido ayer, intenté alcanzarte, pero cuando logré bajar la tribuna te habías ido a cambiar —me felicitó Oliver. Tomó asiento entre Olivia y yo, por lo que terminó alejándome de ella.

—Estoy segura de que así fue —reafirmó Charlotte, su madre, entregándome un plato de pasta con salsa blanca—, tu madre me contó cada detalle.—Fue bastante reñido —confesé antes de probar un poco de la comida.

—Nichole Salomé Di Lorenzo —me regañó Charlie. Entregaba el último plato de pasta a Olivia y luego me dio una palmada en la mano—. Primero bendecimos la comida.

Los padres de Olivia, como buenos italianos, eran muy católicos. Bautismo, primera comunión, bendecir la mesa y, por supuesto, cero tolerancia a la homosexualidad. A mí me aceptaron sin problemas, siempre creí que mi madre había tenido mucho que ver con eso, pero desde entonces Olivia y yo tenemos prohibido estar con la puerta de su habitación cerrada y siempre fueron muy claros respecto al hecho de que no aceptarían que alguno de sus hijos tomara el mismo camino. Igual, no tenían de qué preocuparse, ambos eran el estereotipo básico de adolescente heterosexual.

Oliver se volvía loco por cualquier chica que le pasara por delante. Yo intentaba justificar a las hormonas, pero él no ponía de su parte. Era un adicto a los videojuegos, capitán del equipo de fútbol y como hobby armaba motocicletas. Olivia, por su parte, tenía su cuarto lleno de pósteres de actores y cantantes, tuvo su temporada de fanatismo por One Direction y hasta fingió estar casada con Harry Styles durante dos años. Su más grande sueño a los trece era casarse con un príncipe y gobernar algún país europeo.

Al terminar la cena, Olivia se ofreció a acompañarme hasta casa. Algo dentro de mí, quizás su actitud, me decía que ella necesitaba de ese tiempo a solas conmigo, así que acepté que lo hiciera. Caminamos por varios metros en silencio hasta que a mitad de camino se animó a hablar.

—¿Cómo supiste que te gustaban las chicas? —Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Lo sabes desde hace años, ¿por qué preguntas ahora? —Me detuve para mirarla. Ella hizo lo mismo. Vaciló por un instante.

—Es curiosidad —contestó.

—No sabría explicarte. Siento cosas con las chicas que nunca sentí con un chico. A los chicos no puedo verlos como algo más que un amigo o un compañero. No fantaseo con ellos ni mucho menos. —Me encogí de hombros—. En cambio, con las chicas siento muchas cosas más. Me gustan, me parecen lindas y me dan ganas de estar con ellas. Cuando conozco a una chica que me parece interesante, siento algo en la boca del estómago, es como un nerviosismo que, la verdad, se siente agradable.

—Pero nunca te has enamorado de una chica —agregó y yo asentí.

—Capaz no ha llegado la indicada —argumenté y ella sonrió.

—Ya llegará —aseguró—. De todas maneras, enamorarnos nos hace estúpidos, mírame a mí con Marcos.

Yo suspiré. Odiaba la comparación. Ella tragó con fuerza y sus ojos parecían cristalizarse.

—¿Hay algo que quieras contarme? —pregunté desde la distancia.

—No, no hay nada —aseguró—, creo que es mejor que regrese.

Se acercó a plantar un beso en mi mejilla y luego se marchó con rapidez. Yo la observé hasta que desapareció de mi vista para entonces retomar el camino a casa, donde al llegar las voces desafinadas de mis padres que intentaban cantar una pista que en algún momento de hacía treinta años había sido todo un éxito musical me hizo recordar que era jueves de karaoke. Mis padres, y gracias a Dios solo mis padres, rememoraban los éxitos de su juventud mientras tomaban vino hasta desmayarse en nuestro living. A veces los acompañaba, pero otras tantas, prefería quedarme en mi habitación, como esa noche.

Pensaba en la pregunta que me había hecho Olivia, intentaba darle una explicación a su curiosidad, pero no podía imaginarme ninguna. De un momento a otro, la recordé entre mis piernas abrazándome, pensé en ese momento tanto que me alcanzó la madrugada en la cama.

Tomé mi teléfono y revisé su perfil de Instagram. Ella no solía subir fotos con frecuencia así que la última era de tres meses atrás y era una con el idiota de Marcos. Apreté los dientes y tiré el teléfono a un lado, ¿acaso estaba celosa? No, era imposible. Solo odiaba que mi mejor amiga estuviese entregando su corazón a un patán.

En eso mi teléfono vibró. Me extrañó que alguien escribiera a esa hora de la noche, pero sentí curiosidad de saber de qué trataba, así que lo tomé de vuelta.

Olivia: No puedo dormir.

Yo: ¿Todo bien?

Olivia: No dejo de pensar en ti.

No sabía qué responder, mi corazón se aceleró y mis manos comenzaron a sudar, algo que solía pasar cuando estaba nerviosa.

Yo: ?

Olivia: Ya sabes, quisiera que algún día pudieras enamorarte como yo lo estoy de Marcos. Y antes de que digas algo, sé que es un idiota, pero no por eso enamorarse dejar de ser algo lindo.

Yo: Si es para enamorarme de alguien como él, prefiero seguir así.

No hubo respuestas. Tragué con fuerza el enojo que comencé a sentir y coloqué mi teléfono en el pecho. Anhelaba otro mensaje, pero ¿por qué? ¿Qué era lo que me estaba sucediendo con mi mejor amiga? Intentaba convencerme a mí misma de que no era nada, así que tomé una decisión impulsiva y envié otro mensaje de texto.

Yo: Hey.

Tardó un poco, pero finalmente contestó.

Gio: ¿No puedes dormir?

Yo: Podemos ir a la feria juntas mañana.

Gio: ¿Es una cita?

Esperé un par de minutos para meditarlo, pero me convencí de que era lo mejor para mí.

Yo: Es una cita.

Contesté.

Capítulo 3

Payasos, globos, atracciones que parecían desarmarse y juegos tramposos donde perdías grandes cantidades de dinero intentando ganar un tonto peluche. Odiaba la feria, pero era la única atracción de nuestro pueblo. Gio llegó temprano, mucho más temprano que yo, y se encargó de recibirme con un montón de tickets y dos inmensos granizados azules que pintaban tu boca al beberlos. No podía negarlo, eran mis favoritos.

La saludé con un beso fugaz en los labios que la tomó por sorpresa; ella lucía hermosa. Llevaba puesto unos ajustados shorts azules, un top negro que dejaba ver todo su abdomen y, sobre él, una camiseta muy holgada de béisbol sin abotonar.

—Solo te falta la gorra —bromeé, pero ella llevó su mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó una gorra del mismo color y equipo que el de su camisa negra. Yo reí y agregué—: No soy amante de los Yankees.

—Olvidé que eres de los calcetines rojos —se burló y yo le di un leve empujón.

—Medias rojas de Boston, Gio. —Giré mis ojos y ella no pudo evitar reír con mi cara de enfado.

—Estaba jugando —se disculpó a la vez que estiraba su mano para tomar la mía—, gracias por venir.

Nuestros dedos se entrelazaron de forma tierna e inocente. Con delicadeza. Yo miré nuestro agarré y me perdí por un instante en la sensación. Era agradable.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó mirando a su alrededor. No es que hubiese muchas opciones más que un viejo carrusel, la rueda de la fortuna, una mediocre montaña rusa, autos chocones y la casa del terror. Una atracción era más decadente que la anterior.

Yo me encogí de hombros, cualquier opción sería terrible, pero pasar tiempo con ella valía la pena.

—Vamos a los autos chocones —dije señalando la zona en la que se encontraban y tirando de

la mano de Gio con suavidad.

—Uh, bien, me gustan las chicas rudas —bromeó Gio siguiéndome el paso.

La fila era corta, apenas teníamos unas seis personas por delante, así que entraríamos en la siguiente ronda. Como ya había dicho antes, Gio y yo éramos en extremo competitivos, por lo que, apenas nos dejaron entrar, corrimos hacia los que pensábamos que serían los mejores autos. Claro que no íbamos a subir juntas, la idea del juego era ver qué auto chocaba más al otro y qué auto lograba esquivar más embestidas.

Ese día reí, reí mucho. No podía creer lo divertido de la situación y esa picardía que había detrás de cada juego, de cada ocasión, de cada victoria y cada derrota.

Ya pasado un rato, Gio se acercó a mí casi tanto como para besarme los labios, pero no fue eso lo que hizo.

—Quedan un par de tickets —aseguró mientras subía su mano para enseñármelos—, podemos subir a la rueda de la fortuna y aniquilar las ganas que tengo de besarte. —Mordió su labio y mi piel se erizó.

—Odio las alturas —confesé con temor, pero ella rio.

—No puede ser, Nichole Salomé les teme a las alturas —dijo todo en voz alta y extendiendo sus brazos. Victoriosa.

—Ya basta. —Rodé mis ojos con enfado y tomé ambos tickets—. Solo vamos.

Me adelanté en dirección a la última atracción a la que pensábamos subirnos. Ella me alcanzó al instante y tomó de vuelta nuestras manos entrelazando nuestros dedos. Al llegar, le dimos los tickets al maquinista y subimos al primer carrito que estuvo disponible. Yo intentaba tranquilizarme, calmaba mi respiración y miraba de reojo a los costados.

—No va a pasar nada —se burlaba Gio, quien, para sentarse a mi lado, se levantó e hizo mover el carrito. Yo pegué un gritito bastante vergonzoso—. Hey, está bien —me tranquilizó luego tomándome en sus brazos.

—Esto es de terror, debería estar prohibido —me quejé. Ella sonrió y besó mi frente.

—Estoy contigo, vas a estar bien —aseguró antes de tomar mi rostro con ambas manos. Yo clavé mi mirada en sus ojos y coloqué mis manos en las suyas, aún sobre mis mejillas. Estaba asustada, pero ella me hacía sentir mejor.

Se acercó de a poco, al estilo película romántica, y juntó sus labios con los míos en un beso casi tan tierno como especial. Sería muy cliché afirmarlo, pero sentía fuegos artificiales explotar en mi pecho. Me sentía bien, me gustaba estar a su lado, me gustaba lo que ella me hacía sentir.

De un momento a otro, la estructura se movió de una manera en la que estaba segura que no debía moverse. Me separé de inmediato de Gio y miré hacia abajo. Algunas personas se acercaban corriendo a la atracción mientras un par de trabajadores intentaban mantenerlas alejadas.

—Gio, ¿qué sucede? —preguntaba asustada. Ella tomó con fuerza mi mano y se inclinó para ver hacia abajo también.

—No lo sé. —Su voz sonaba preocupada y la estructura se movió una vez más. No pude evitar gritar junto a otras personas que también lo hacían desde sus carritos.

—Esto no está bien, Gio —le dije mientras me aferraba a su mano con fuerza y buscaba mi teléfono para llamar a casa. Sentía la necesidad de avisarles a mis padres.

—Saldremos de esto bien, no te preocupes. —Gio intentó tranquilizarme, pero su mirada decía otra cosa. Tragó con fuerza y mis ojos se llenaron de lágrimas.

La estructura se movió una tercera vez, ahora de manera más pronunciada. Parecía irse a un lado. El resto de las personas seguía gritando, pero yo ya no tenía la disposición para hacerlo, solo podía pensar en que íbamos a caer, en mis padres, en Olivia y, de un momento a otro, todo se vino abajo.

Fue un estruendo ensordecedor, toda la estructura había colapsado y esa fracción de segundo que duramos en caer pareció jamás terminar. Yo no podía ver nada, ni siquiera podía encontrar a Gio. Mi cuerpo estaba debajo de una barrera tan pesada que no me permitía moverme, no había dolor, pero tampoco había ninguna otra sensación. Solo recuerdo que hacía frío, bastante frío. Un olor a óxido comenzó a llegar hasta mi nariz, olor a sangre.

Todo estaba a oscuras y algunos chispazos alertaban que no era seguro permanecer en ese lugar. Intenté llamar a Gio, intenté llamar a alguien, pero era imposible. Algo presionaba mi pecho con tanta fuerza que a duras penas podía respirar. No veía nada más allá de lo que tenía encima, mi visión era bastante borrosa. Mis ojos comenzaban a cerrarse, no importaba cuánto luchara por mantenerlos abiertos, era como si no tuviera fuerza suficiente para hacerlo, así que me dejé ganar.

La primera vez que abrí mis ojos luego de eso solo alcanzaba a ver manchas borrosas moverse de un lado a otro con premura. Mi audición estaba bastante comprometida y tenía dificultad para identificar los sonidos a mi alrededor. Pestañee tan solo una vez y ya podía escuchar las sirenas y ver el reflejo de luces rojas y azules. Cerré los ojos de nuevo, me sentía muy cansada como para intentar entender lo que estaba teniendo lugar.

Cuando volví a abrirlos, me encontraba dentro de una habitación demasiado blanca. La luz ahí era incandescente, tanto que me hacía doler la cabeza. No podía sentir ninguna parte de mi cuerpo y no lograba organizar mis pensamientos de manera coherente. Algo quemaba en mi garganta, me era difícil tragar saliva y aunque quería no podía pedir ayuda.

Cerré los ojos y llegó la paz. Mi cuerpo sentía frío, la cabeza me dolía, pero seguía sin sentir nada más. Quería abrir los ojos, sin embargo, el terror de no volver a entender algo de lo que pasaba me dominaba. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba? ¿Dónde se hallaba Gio?

—¿Aplicaron el fentanil? —preguntaba la voz ronca de un hombre.

¿Quién hablaba? Quería abrir los ojos y decirles que estaba despierta, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Estaba aturdida, confundida. En mi cabeza gritaba, gritaba muy fuerte. Necesitaba respuestas y no sabía de dónde obtenerlas.

—Eres una guerrera —pronunció la voz de una mujer mayor. No la reconocía. Era reconfortante. Algo cálido tomó mi mano, pero la sensación se esfumó con rapidez.

No pude evitarlo, rompí en llanto. No estaba segura de que mi cuerpo realmente llorara, pero sentía que yo lo hacía por dentro. Quería, no, no quería, necesitaba volver a sentir ese calor en mi mano, necesitaba volver a sentir algo.

La imagen de Gio mirándome a los ojos mientras nuestro carro caía. Nuestro carro cayó. No, no podía ser. No. ¿Acaso yo estaba muerta? ¿Acaso estaba muerta Gio? No, no, no, no. Me desesperé. De nuevo quería gritar, necesitaba que alguien me viera, necesitaba que alguien me explicara. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, las maquinas que antes no percibía ahora sonaban con furia. Sentí manos sobre mi cuerpo y corrientes eléctricas que viajaban por toda mi espina hasta mis extremidades.

—Son convulsiones. Apliquen dos de lorazepam —ordenaba la voz de un hombre.

—Sus niveles están descendiendo, es un paro —afirmó una mujer con voz fría y controlada.

—Uno de epinefrina, despejen —seguía ordenando el hombre—. Vamos, Nicky, vamos. Sin respuesta, apliquen dos de antropina, carga a trecientos, despejen. —Estaba demasiado cansada como para batallar, no tenía de dónde aferrarme, mi cuerpo no estaba respondiendo—. Vamos, Nicky, sigue luchando, sigue luchando.

Tomé una bocanada de aire, como si hubiese estado conteniendo la respiración por un tiempo prolongado. Mis pulmones se llenaron de aire hasta casi estallar, tanto que dolieron de una manera insoportable. Mi pecho estaba presionando con fuerza, todo mi torso estaba dolorido, no podía sentir mis piernas y mi cabeza parecía querer explotar. De nuevo la habitación blanca, pero esta vez pude distinguir que se trataba de una habitación de hospital. Miré a mi alrededor intentando ver a alguien, quería ver a alguien, pero no tuve éxito. Logré notar un botón a un lado de la cama y apliqué toda la fuerza posible para extender mi brazo y lograr presionarlo. Jamás pensé que algo tan simple pudiese resultar tan complicado. Enseguida una enfermera apareció corriendo por la puerta de la habitación; era una mujer mayor de piel oscura como la de mi padre y cabello muy rizado.

—Te dije que eras una guerrera —me felicitó—, sabía que lo lograrías.

Yo quise preguntarle dónde estaba, quería preguntarle qué había sucedido, pero volví a dormirme.

Abrí los ojos de nuevo, esta vez estaba la misma enfermera revisando algunos papeles al pie de la cama. Me miró y sonrió de manera sincera. Mi pecho ya no dolía tanto y tenía una leve sensación en mis piernas. Ella se acercó y acarició mi cabello.

—Bienvenida de vuelta —saludó.

En esta ocasión, no me sentía tan cansada, ni quería volver a dormir, ahora necesitaba respuestas. Ella se retiró por apenas un par de minutos para luego regresar con un hombre joven, quizás de unos cuarenta años, de tez blanca y cabello negro que pintaba algunas canas. Él me vio y enseguida sonrió.

—Lo lograste, Nicky —me felicitó—. Hiciste lo más difícil, ahora viene lo fácil.

Yo quise decir algo, pero no podía emitir palabra. Mi garganta estaba seca y por alguna razón había olvidado cómo hablar.

—Tus padres están afuera, muchos vinieron a visitarte durante estos meses. —Sonrió de manera sutil—. Tienes buenos amigos.

¿Meses? ¿Cuánto llevaba ahí? Gio. ¿Dónde estaba Gio? De nuevo la imagen de su rostro cuando caíamos al vacío. Mi corazón comenzó a latir con fuerza una vez más, la enfermera miró los monitores con preocupación y luego le dirigió una mirada fugaz al doctor.

—Cálmate, Nicky, si no tendremos que sedarte de nuevo —me pidió él mientras tomaba mi mano. Sentir el calor contra mi piel funcionó bastante bien. Tenía miedo, pero me hacía sentir contenida—. Tuviste un accidente, ¿lo recuerdas?

Quise responder. No podía.

—Pestañea una vez para sí y dos para no, ¿de acuerdo? —me indicó. Yo pestañeeé una vez—. ¿Recuerdas qué sucedió? —Pestañeeé una vez—. Sufriste politraumatismos bastante severos, llegaste con ocho costillas rotas, un pulmón perforado y el fémur derecho destrozado. Además de una fractura de cadera y una lesión en el cráneo. Eres un milagro, pequeña —aseguró—. Ahora, es mejor que sigas descansado.

Al terminar, la enfermera colocó un medicamento en mi vía y mis parpados comenzaron a sentirse pesados, otra vez me estaba quedando dormida y así fue.

Cuando abrí los ojos de vuelta, vi a mi madre durmiendo en la silla frente a la cama y a mi padre caminando de un lado a otro en la habitación. Tenía bolsas negras bajo sus ojos que delataban la falta de sueño. Apenas notó que estaba despierta, se acercó a mi madre y comenzó a moverla por el hombro.

—Nicky —dijo ella casi saltando de la silla y corrió a mi lado. No tardó en comenzar a llorar. Mi padre también.

—Ma... ma... —intentaba hablar, pero me ardía la garganta.

—Está bien, hija, no te esfuerces —pidió mi padre tomando mi mano.

—Gio... —pude decir, necesitaba saber cómo estaba ella. Mi padre miró a mi madre y ella parecía gritarle algo con su mirada. Tenía un mal presentimiento.

—Luego hablaremos de eso, amor, lo importante es que estás bien —afirmó mi padre con media sonrisa.

¿Qué evitaban decirme? ¿Acaso Gio había muerto? Recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos, su mano aferrada a la mía. Recordé los gritos.

¿Cómo iba a poder vivir con esa imagen en mi cabeza?

Capítulo 4

Pasaron varios meses desde que pude despertar. Mi madre no se movía de mi lado y mi padre iba y venía siempre que pudiese hacerlo. Muchos fueron a verme, me llevaban peluches, globos, flores y cartas. Llevaron el trofeo del campeonato estatal, nuestro equipo quedó segundo y yo me lo había perdido. Oliver iba todas las semanas, también Charlotte y Cristóbal, sus padres, pero Olivia... Olivia apenas me visitó y, cuando lo hacía, evitaba mirarme. Casi no hablábamos y tardaba siglos en responder mis mensajes, era como si hubiese dejado de importarle. Yo tenía fracturas en todo el cuerpo, pero sin dudas ninguna dolía más que esa.

Al fin llegó el día de mi alta. Solo me quedaba una férula en la pierna izquierda que pronto sería retirada para comenzar la rehabilitación. Probabilidades de recuperación total: 80 %. Probabilidades de volver a jugar al fútbol: incierto. El doctor afirmaba que, por lo pronto, cualquier impacto fuerte en mi pierna sería fulminante, pero aseguró que volver a hacer lo que tanto me gustaba iba a depender solo de mí. Me llamaban la niña milagro, la chica que resucitó de entre los muertos. Una enfermera me contó que tuvieron que reanimarme tres veces antes de llegar al hospital y otras dos mientras estuve internada. Ni siquiera pensaba ella que eso pudiese ser posible. Por mi parte, yo solo me sentía culpable de haberlo logrado sin Gio.

—¿Lista para volver a casa? —preguntaba mi padre mientras entraba con la silla de ruedas a la habitación.

—¿Podemos pasar antes por la casa de Olivia? —pedí sin dudarlo. Lo había estado pensando desde la noche anterior, necesitaba verla y enfrentarla, necesitaba saber qué sucedía con ella.

—Cariño, no creo que sea buena idea —dijo mi madre mientras acariciaba mi cabello.

—Vamos, mamá, llevo meses encerrada acá, quiero pasar por la casa de Olivia, por favor —supliqué y ella suspiró antes de mirar a mi padre.

—Llamaremos a Charlotte para que Olivia vaya a casa —decidió él por ambas, y yo no tuve más opción que aceptar.

Cuando salimos al pasillo, yo en la silla que era empujada por mi padre y con mi madre a un lado, una fila de enfermeros y doctores me aplaudieron. Se iba la niña milagro, la que nadie pensó que iba a lograrlo.

El camino en auto fue silencioso, un tanto incómodo, se podría decir. Sentía que mis padres no sabían qué decir y es que ¿qué le dices a tu única hija cuando estuvo a punto de morir? Yo tomé mi teléfono, me coloqué mis audífonos y le di play a la primera lista de reproducción en el Spotify, para luego enviarle un texto a mi mejor amiga.

Yo: Al fin voy a casa.

Quería que respondiera, pero no sabía si iba a hacerlo, así que, en un intento de huir de la incertidumbre, bloqueé la pantalla y me concentré en la letra de la canción que para nada me ayudó. No había melodía más melancólica que una que hablara sobre un amor no correspondido. Me saqué los auriculares con algo de furia y tiré todo a un lado.

Al llegar, mi padre me ayudó a bajar del vehículo. Mi madre se nos adelantó y abrió la puerta de la casa con premura al tiempo que mi padre me entregaba las muletas para poder caminar sola hasta la entrada.

—¿Segura que puedes? —preguntó preocupado.

—Papá, ya he practicado mucho en el hospital, puedo manejarlo —lo tranquilicé con media sonrisa, la verdad era que me dolía un infierno, pero intentaba disimularlo.

—Está bien, te acompaño —respondió esperando que diera mi primer paso. Eso hice. De a poco fui avanzando hasta la entrada de casa. Cada paso era más doloroso que el anterior, haber tenido las costillas fracturadas sin dudas era un inconveniente cuando debía apoyar el peso de mi cuerpo sobre las muletas. El esfuerzo que requería caminar era más de lo que yo podía dar.

—¡Sorpresa! —gritaron todos cuando ingresé. Eran algunos compañeros del colegio, todo el equipo de fútbol, la familia de Olivia y, por supuesto, Olivia.

Yo solo quería recostarme y descansar por el extenuante camino desde el auto hasta la casa, pero sonreí de la manera más sincera posible. En realidad sí me alegraba que todos ellos estuviesen ahí para recibirme, pero aun así no pude evitar que una desagradable sensación de vacío se instalara en el centro de mi pecho. Ahora mi equipo era el recordatorio de todo lo que había perdido, era un recordatorio de ese futuro por el que tanto me había esforzado y, claro, un recordatorio de Gio. Mi madre sonreía, ajena a lo que yo pudiese estar sintiendo al igual que el resto, a la vez que traía en sus manos un pastel desde la cocina con algunas letras escritas encima: «Bienvenida a casa», alcancé a leer.

—¿Pastel? —dije con ironía, era lo que solía hacer cuando algo me hacía sentir incómoda.

—No sabía qué más hacer. —Rio nerviosa con lágrimas en sus ojos. La abracé para hacerle entender que era más que perfecto, volver a casa lo era todo, aun cuando sentía que no quedaba nada.

De ahí en más el resto de las personas se acercó a saludarme, todos con fuertes abrazos que más que gustarme, me causaban dolor, pero puse mi mayor esfuerzo para que no lo notaran.

—Gio estaría muy feliz de que lo hayas logrado —afirmó Emma antes de colgar en mi cuello la medalla de subcampeonas.

No pude evitarlo, recordé el rostro de Gio cuando caíamos al vacío, todos los gritos, el miedo. Gio se aferraba con fuerza a mi mano, llena de pánico. Era un recuerdo muy vívido y doloroso. Pude sentir sus manos de nuevo, sus manos tomando las mías con fuerza, pero ya no era Gio, era Olivia.

—Me alegra que estés en casa —dijo sin soltarme.

—Gracias —atiné a contestar. Quería interrogarla, preguntarle por qué casi no me había visitado. Quería que me explicara qué sucedía con ella, pero solo alcancé a decir «Gracias».

Olivia me miró apenas unos segundos a los ojos y luego se marchó, se marchó de nuevo y ya mi mente era un remolino de pensamientos caóticos. Pensaba en el fútbol, en mi futuro, en los campeonatos que me perdería y las oportunidades que ya no podría tener. Tomé la medalla entre mis manos y tragué con fuerza, algunas lágrimas amenazaban con caer de mis ojos y forcé una sonrisa que logró quebrarme desde muy dentro. Me sentía cansada, necesitaba recostarme, subir a mi habitación y solo dormir.

¿Subir? Sin dudas, no lo había pensado antes. ¿Cómo iba a subir con tanto dolor? Solté un largo suspiro y mi única pierna funcional me falló, lo que me hizo trastabillar y parar directo en el suelo. Mis padres corrieron a verme. Todos quedaron inmersos en un silencio sepulcral, asustados. Yo solo pude reír, después de tanto tiempo lo hice con sinceridad.

Reí con todas mis ganas a pesar de que el dolor se había intensificado en cada parte de mi cuerpo. Me pareció graciosa la expresión de todos, me pareció graciosa la manera en la que caí, pero al mismo tiempo me cuestionaba si desde ese momento así sería mi vida. Yo solía ser de las más veloces en mi equipo y ahora terminaba tirada en el suelo si me apoyaba en la pierna equivocada. Tan solo pensarlo se sentía como un golpe seco, un golpe que prefería ignorar de ser posible. Subí la vista y mis ojos se encontraron con los de Olivia. Ella apenas sonreía, pero también era sincera y era mucho mejor que la cara de horror de los demás.

—Sería bueno si me ayudaran a levantarme —pedí mirando a mi padre. Él reaccionó y enseguida se acercó para ayudarme a colocarme de pie.

—Creo que lo mejor es que descanses —me dijo una vez que pude sostenerme en mis muletas de nuevo.

—Si, quizás sea buena idea —aseguré con una sonrisa—. Gracias a todos por venir, de verdad lo aprecio mucho, por favor, no se vayan sin su pastel —bromeé de vuelta y varios rieron conmigo.

—Te acompaño —dijo Olivia colocándose a mi lado.

Yo la miré en silencio y luego de un par de segundos, asentí. Se sentía raro estar con ella, es decir, ni siquiera se había tomado el tiempo de quedarse más de diez minutos cuando me visitaba en el hospital y realmente casi no lo había hecho. Por mucho que deseara que no fuera cierto, algo entre nosotras se sentía distinto.

Fue difícil, primero un pie y luego el otro, al tiempo que me apoyaba del pasamanos. Olivia hizo un amague para ayudarme, pero la rechacé con un gesto, quería demostrarle a ella y a mí misma que podía ser capaz, necesitaba hacerlo. Dolió un infierno y tardé mucho más de lo que me hubiese gustado, pero lo logré y, una vez arriba, me recosté en mi cama. Olivia me acercó

mis pastillas para el dolor y un vaso con agua, como si pudiera leerme la mente, y yo tomé una píldora antes de colocar mi cabeza sobre la almohada. Yo la miraba, no dejaba de hacerlo, y ella se limitó a sentarse frente a mi ordenador con la cabeza gacha.

—Pregunta —pidió con un tono de voz apenas audible.

—Tú... —ni siquiera sabía cómo empezar.

—Pensé que te perdía —se adelantó ella—, pensé que te perdía, Nicky, cuando tu madre llamó a la mía, cuando mi madre me lo dijo...

Su voz se quebró y, de un momento a otro, rompió en llanto, un llanto que parecía haber estado conteniendo desde hacía mucho tiempo. Quise colocarme de pie e ir a abrazarla, pero a duras penas alcanzaba a moverme sobre la cama. No sabía qué decir, no sabía cuáles palabras podrían compararse a ese abrazo de consuelo que estaba deseando darle.

—Lo siento —arrancó a hablar—, quise ir, quise estar contigo, pero ni siquiera podía verte así, ni siquiera podía pensarte de esa manera. Gio murió y no puedo dejar de pensar en que pudiste ser tú la que lo hiciera.

Gio murió. Gio murió. Esas palabras me golpeaban como una avalancha cada vez que las escuchaba. Recordaba su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío.

—Debo irme. —Se colocó de pie aún sin mirarme.

—Quédate —le pedí con inocencia y ella soltó una sonrisa que más que tranquilizarme, me hizo entender que no lo haría.

—Tengo examen mañana —se disculpó. Ni siquiera me miró, tampoco levantó su mirada, por lo que supe enseguida que estaba mintiendo.

—Okey —contesté tan seria como me fue posible, estaba molesta, pero más aún dolida.

Olivia se retiró en silencio y yo no pude contener por mucho más tiempo las lágrimas. Estaba agotada, había tenido un día largo y la reunión había sido demasiado abrumadora. Ver a todo el equipo me recordaba a Gio, me recordaba que ya no podría jugar fútbol. Me recordaba todo lo que me perdí por tantos meses y un futuro que ya no tenía forma clara. Y luego estaba Olivia, con su marcada indiferencia, era como si el accidente me hubiese quitado mucho más, como si, aún sin haber muerto, ya no tuviese una vida que vivir.

Pasaron algunos minutos antes de que también subieran mis padres. Pude escuchar sus pasos en los escalones y acercándose por el pasillo. Tomé una larga bocanada de aire y cerré mis ojos para fingir estar dormida. No quería enfrentarlos, no quería conversar con ellos. Desde que había despertado todo se sentía distinto, raro. Todo era forzado e incómodo y prefería evitarlo.

No sabía decir con precisión a qué hora me quedé realmente dormida, pero sí que me levanté de madrugada. Moría de ganas de ir al baño, pero tan solo pensar en el simple hecho de tener que ejercer fuerza para levantarme y caminar hasta el inodoro me pesaba en la cabeza. Miré la hora en mi teléfono: eran las tres menos cuarto. Tenía algunas notificaciones de Instagram, nada

importante, y luego un par de mensajes. Moría de ganas porque fuera Olivia, pero solo se trataba de Emma diciéndome lo feliz que estaba de que yo estuviera bien y un correo del colegio en el que me enviaban todo un plan de estudio para recuperar el tiempo perdido, ya que, si bien durante mi estadía en el hospital había intentado mantenerme al día con mis tareas y mis clases particulares, no podía negar el hecho de que estaba quedando rezagada en comparación con el resto de mi grupo.

Por otra parte, había un tema que me preocupaba de manera particular: la beca. Ahora que no iba a poder seguir jugando al fútbol mi oportunidad de continuar en ese colegio era nula. Yo no era de las mejores estudiantes, tampoco hacía ninguna otra actividad en la que destacara y que por ende fuera del interés de la institución. Mis padres jamás podrían pagar la cuota mensual y no sabía si estaba lista para enfrentar otro cambio así en mi vida.

Ir al baño fue toda una travesía, la luz del velador junto a mi cama a duras penas alumbraba a un metro de distancia, así que tuve que armarme de valor e ir a ciegas mientras intentaba no tropezar con nada. Por suerte no tenía tanto dolor como esa tarde, quizás mi cuerpo seguía un poco adormecido. Me tomé mi tiempo para orinar y luego batallé para lograr ponerme de pie sin ayuda. Ya casi todo el trabajo estaba hecho, solo me faltaba volver a la cama.

Lavé mis manos con agua tibia y miré mi rostro en el espejo. Casi no lo hacía, me daba terror lo que pudiese encontrar. Una cicatriz se dibujaba desde el borde externo de mi ojo izquierdo en línea recta hasta la mitad de la región temporal de mi cabeza. Mi cabello había sido por completo rapado en esa parte de la cabeza para poder suturar la piel y, aunque ya había crecido, si tocabas podías sentir un espacio por completo desnudo, abultado y vulnerable.

Comencé a recordar el accidente, la estructura moviéndose, el rostro aterrorizado de Gio mientras caíamos al vacío, su mano sosteniendo con fuerza la mía. Me golpeé fuerte la cabeza, muy fuerte, y me sentí mareada. Algo aplastaba mi cuerpo, no me dejaba respirar. Gritos, y Gio. ¿Dónde estaba Gio? Mi corazón comenzó a latir con fuerza, mi respiración se volvió errática y una sensación abrumadora me invadió desde el centro de mi pecho. Percibía una presión casi tan fuerte como la que sentí ese día cuando algo presionaba sobre mí. No estaba logrando respirar en lo absoluto, tenía miedo de morir, sentía que iba a morir.

Comencé a llorar con desesperación y me dejé caer en el suelo del baño. El cuerpo me dolía y la pierna, aún más, pero no me importaba, no quería morir. No quería morir. Sin ser consciente de ello, comencé a golpear mi cara con fuerza, estaba asustada, estaba desesperada, necesitaba que alguien me detuviera y me contuviera, no podía hacerlo yo.

Recordaba el rostro de Gio mientras caíamos al vacío, cómo su mano sujetaba con fuerza la mía. La recordaba a ella, a ella que ya no estaba. ¿Por qué no había muerto yo? ¿Por qué tuve que salvarme? No me parecía justo con ella, no me parecía justo con sus padres. No quería morir, pero tampoco quería vivir sintiendo esa culpa. Lloraba desoladamente, no sabía si había alguna

manera de tranquilizarme, no pensaba en más que en el dolor, pero no el de mi cuerpo, sino ese que estaba en el centro de mi pecho. Pensaba en Gio. Me sentía agotada, agotada de luchar aun sin tener idea de contra qué lo hacía, tan agotada que no pude más y me quedé dormida en el suelo del baño.

Desperté por el llanto y los gritos de auxilio de mi madre, quien llamaba con desesperación a mi padre. Yo estaba aturdida, no recordaba nada, pero apenas intenté moverme, dejé escapar un grito ahogado. El dolor que estaba sintiendo era insoportable. ¿Por qué estaba en el piso del baño?

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó mi padre mientras me cargaba del suelo y me llevaba a la cama.

—No lo sé —contesté confundida intentando recordar—. Me levanté a orinar, me lavé las manos y creo que me desmayé. —La cabeza me dolía casi tanto como la pierna—. Creo que me descompensé —admití con pesar, como si todo fuese mi culpa.

—No sé si estás lista para ir a la escuela, creo que es muy pronto —decía mi madre preocupada.

—No lo sé, deberíamos llamar a su doctor —propuso mi padre y mi madre asintió.

—Quiero ir, quiero comenzar mi vida una vez más —rogué, pero ninguno de los dos me escuchó.

—Voy a llevarla, Jenn —siguió hablando mi padre mientras tomaba su teléfono y llamaba a su trabajo.

Mi madre me ayudó a vestirme. Era absurdo tan siquiera intentar razonar con ella, era como si ambos olvidaran que yo estaba ahí y que lo que yo pensara también era importante. Y así fue como mi día de retorno a clases se convirtió en un día de retorno al hospital. Mi único alivio era que podía sentarme en la silla de ruedas y dejarme llevar en lugar de usar las molestas y dolorosas muletas.

Por supuesto, una resonancia magnética funcional y una tomografía serían los exámenes perfectos para determinar si algo estaba mal en mi cabeza. Mis primeras semanas en terapia intensiva estuvieron bastante ocupadas con convulsiones, así que querían descartar cualquier alteración en el cerebro que hubiesen podido pasar por alto. El doctor a cargo de mi caso nos atendió junto a un colega neurocirujano. Ni siquiera nos dejaron esperar, querían darnos una respuesta lo más pronto posible. Cuando regresé a la habitación, ambos médicos ya se encontraban junto a mis padres.

—Bueno, todos tus estudios están bien —comenzó a decir mi doctor de cabecera—. No hay ninguna alteración evidente, creemos que solo debes estar estresada.

—Es muy probable que todos estos nuevos cambios sean demasiado para ti —siguió el neurocirujano—. El accidente, las fracturas, la recuperación, regresar a casa luego de tanto y

tener que empezar clases. Además, esta semana comienzas una nueva etapa en la rehabilitación. —Suspiró frustrado, como si fuera él quien tuviera que atravesar por todo lo que acababa de describir—. Consideramos que lo mejor es que comiences a ir a terapia con un psicólogo, no te vendría mal.

¿Terapia? ¿Creían que todo iba a solucionarse con terapia? Recordé el rostro de terror de Gio mientras caíamos al vacío y su mano se aferraba a la mía, se aferraba con fuerza, como diciéndome que no quería morir y la terapia no podría arreglar eso.

Capítulo 5

El cereal de frutas era mi favorito y no tanto por el sabor, sino por los distintos colores que flotaban en mi tazón. Solía servirme primero el cereal hasta casi rebozar el plato y luego agregaba poca leche para apenas humedecerlo, lo que ocasionaba que, al hundir la cuchara, pelotitas de cereal se desbordaran y cayeran a la mesa.

—Deja de hacer desastres —me retaba mi madre mientras pasaba una servilleta de papel para recoger lo que yo estaba regando sobre la mesa.

—Desayuno de campeones. —Me reí y ella me siguió, pero enseguida su semblante se tornó un poco más serio y suspiró con pesar.

—¿Estás segura de volver a clases hoy? —preguntó sin titubear.

—Sí, mamá, te dije que estoy bien —la tranquilicé—. Ya pasaron tres días y eso solo fue una descompensación. Ya no puedo seguir encerrada.

—Nicky, ¿estás segura de que no necesitas ir a terapia? Quizás no esté mal hablar de lo que pasó, no tienes que enfrentar eso sola, puedes buscar ayuda. —Sonaba paciente, pero preocupada.

—Mamá, estoy bien, no necesito ir a un psicólogo —insistí, lo menos que necesitaba era sumar más profesionales a mi expediente médico—, solo quiero volver a la normalidad.

Ella suspiró y me dio la espalda. Apenas sollozaba, pero pude escucharla. Yo tragué con fuerza, no sabía cómo hablar con ella, no sabía qué podía decirle. Sentía que debía fingir con ella y con todos para así evitar que se sintieran mal.

Afuera, y por suerte, sonó la bocina de un auto. Era Charlotte, la madre de Olivia y Oliver, que ya estaba en casa para recogerme. Nuestros padres solían turnarse. Una semana nos llevaba Charlotte o Cristóbal y la otra semana lo hacía Jenn o Richard.

—¿Segura que no quieres que vaya? —insistía mi madre, pero yo negué con la cabeza.

—Estaré bien, lo prometo —respondí antes de tomar mis muletas y caminar hasta la salida.

Mi madre me acompañó en silencio, sabía que ella quería decir muchas cosas, pero que callaba para evitarme alguna incomodidad.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —rogó—, y cualquier cosa solo llámame que iré corriendo.

—Mamá, estaré bien —insistí—, te veo más tarde.

Besé su mejilla y caminé lo más rápido posible al auto. Tenía miedo de que mi madre se retractara y me hiciera volver a la cama, o peor aún, al hospital.

Oliver se bajó para abrirme la puerta. Yo le sonreí en agradecimiento y en el asiento de atrás vi

a Olivia. Ella se corrió para cederme espacio y apenas sonrió al verme. Subí con algo de dificultad y esperé a que su hermano cerrara la puerta tras de mí.

—¿Cómo amaneciste hoy? —preguntó Charlotte con una sonrisa maternal.

—Bien —mentí. La verdad era que tenía mucho dolor y miedo de volver a desmayarme en algún lugar de la escuela.

—Tu madre me contó lo que pasó —siguió hablando. Olivia levantó su mirada con un ceño fruncido—. Cualquier cosa, por favor, llama y vengo por ti.

—¿Qué pasó? —preguntó mi mejor amiga con interés.

—Solo me descompensé —le tranquilicé—, estaré bien.

Su madre asintió mientras me miraba por el retrovisor y luego guardó silencio. Oliver colocó algo de música en la radio. Teníamos cerca de cuarenta minutos hasta el colegio y lo mejor era distraernos en la ruta.

Olivia tenía su mano sobre el asiento a mi lado, entre las dos, a la vez que miraba por la ventana concentrada. Mi mano intentó acercarse, quería tomarla, entrelazar nuestros dedos, sentirla cerca, pero me contuve y apreté con fuerza haciendo un puño. Tragué saliva y miré hacia afuera. No sabía cómo acercarme a ella, no luego de mi accidente.

Como era de esperarse, en la escuela todos me miraban. Era el centro de atención y ¿cómo no? Era la chica que había sobrevivido al colapso de una rueda de la fortuna en la feria del poblado. Qué fortuna, ¿no?

Llegué a mi casillero y cientos de post-it de colores estaban adheridos sobre él con mensajes de aliento, la mayoría de mis amigos, otros de gente que ni siquiera conocía. Sentí cierta alegría que se desvaneció al instante cuando giré la vista y a unos metros, en el casillero que solía ser de Gio, algunos peluches, flores y cartas con mensajes también se dejaban ver. Tragué con fuerza y recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, se me hizo un nudo en la garganta y el pecho comenzó a dolerme.

—¿Estás lista? —Era una voz suave, pero no podía percibirla del todo bien—. ¡Hey! ¿Nichole? —preguntó ahora con más fuerza, intentando dirigir mi atención a ella. Yo me tomé unos segundos antes de poder contestar.

—Con sinceridad, no lo sé. —Sonreí de medio lado, una sonrisa para nada sincera—. Pero estarás conmigo, ¿no?

Olivia forzó otra sonrisa.

—Por supuesto —afirmó con poca seguridad.

En ese instante, Marcos se acercó a nosotras y la tomó de la cintura antes de besar sus labios. En el centro de mi pecho se encendió una llama que no supe cómo apagar. Las orejas me comenzaron a arder, las mejillas parecían quemarme. Quería separarlos, alejarlo de mi amiga, pero solo tragué con fuerza y fingí que nada pasaba.

—Hola, hermosa —le dijo luego de separar sus bocas—. ¿Te veo en el almuerzo?

Ella asintió con una sonrisa y él la besó una vez más antes de retirarse. Ni siquiera miró en mi dirección. Yo cerré con furia mi casillero llamando la atención de varios a mi alrededor.

—¿Marcos? —pregunté con enfado—. ¿Marcos? ¿Esa es tu razón para alejarte de mí?

—No sabía cómo decírtelo —se excusó con voz algo temblorosa, siempre adquiría esa característica cuando estaba nerviosa.

—¿Y esta era la mejor manera? —reclamé, pero luego suspiré con fuerza y tomé de vuelta las muletas que había dejado apoyadas sobre los casilleros—. Pensé que te habías alejado porque tuviste miedo de perderme, no porque estabas con Marcos.

Ella quiso decir algo; no la dejé. Me marché tan rápido como me lo permitieron mis piernas y mi cuerpo. Quería irme lejos de ahí, quería irme lejos de ella y lejos de su imagen con Marcos.

La primera clase fue Biología. Embriología era el tema del cuatrimestre. Intenté mantenerme al día desde el hospital, pero era difícil sin la posibilidad de pagar a un tutor para que me ayudara. Sentía estar atrasada, un par de años atrasada. Todos mis compañeros intervenían, todos menos yo. No podía evitar sentirme como pez fuera del agua. Cuando tenía el fútbol no importaba. Tenía el fútbol respaldándome, pero ahora solo era yo con mis notas y tendría que buscar la manera de sobresalir.

Al terminar, dejé que todos se adelantaran a salir. La siguiente clase sería Historia universal. Para llegar debía caminar hasta el edificio contiguo y darme empujones con la gente entre los pasillos no era una opción.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó una voz desde la puerta. Era Oliver.

—Hey, sí, por favor. —Supliqué mientras caminaba en su dirección—. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Estudí tu horario para estar al tanto. —Me guiñó un ojo con inocencia—. No tendremos los mismos padres, pero somos familia.

—Ya no puedo decir lo mismo de Olivia. —Suspiré. Sentí mi corazón arrugarse—. Parece como que el estar con Marcos fuese más que suficiente para ella.

—Olivia la pasó muy mal los primeros meses —intentó explicar—. Marcos estaba ahí. La buscaba en casa y la traía a la escuela, la llevaba de regreso, intentaba distraerla. —Respiró profundo—. Sé que crees que es un idiota, pero... la ayudó.

—Marcos siempre se ha aprovechado de los momentos vulnerables de Olivia —bramé—, no confío en él, Oliver.

—Suenas a que estás celosa —se burló. Yo negué con exageración moviendo la cabeza.

—Claro que no, Olivia y yo somos como... como... —De nuevo no podía decirlo.

—Lo sé, lo sé, sé que son como hermanas —terminó la frase que por alguna razón me golpeó con fuerza en el centro del pecho—. Nadie te quitará a tu mejor amiga —sentenció de manera

fulminante.

En Historia Olivia y yo nos sentábamos juntas. Ella ya estaba en su lugar escuchando algo en sus auriculares mientras escribía en su cuaderno afelpado rosa. Apenas la vi, sonreí, pero al darme cuenta de ello intenté disimular. Me senté a su lado en silencio luego de saludar a algunos de mis compañeros. Todos preguntaban cómo me sentía, cómo lo estaba llevando y qué tal iban las cosas en mi primer día. Siempre daba la misma respuesta: «Todo está bien». Olivia no levantó su mirada, tampoco me saludó o me dirigió la palabra. Se mantuvo estática, escribiendo y con la música en un volumen bastante elevado. Yo no quise interrumpirla, así que solo saqué mis cosas y esperé a que empezara la clase.

La Revolución francesa no era de mis temas preferidos, en realidad, ninguno de los temas que pudiéramos trabajar en Historia podría ser de mis favoritos. Me perdía en las fechas, confundía acontecimientos, ciudades, países. Era en verdad terrible. Olivia siempre me ayudaba a estudiar o por lo menos a entender algo de lo que estaba intentando estudiar.

A mitad de clase, y sin querer, mi mano rozó la suya en ese espacio entre ambas sobre la mesa que compartíamos. Yo la aparté de inmediato, apenada, pero ella aún sin girarse para verme, acercó su mano de vuelta y acarició el dorso de la mía con su meñique. Mi estómago se revolvió, mis mejillas ardían, pero de una manera agradable. Subí la cabeza para poder mirarla a ella: Olivia se mantenía concentrada en su cuaderno, tomando apuntes de la clase. Tuve miedo de moverme, de decir algo, de alertarla sobre el hecho de que acariciaba mi mano. Tuve miedo de que dejara de hacerlo.

Al terminar, Olivia se puso de pie para guardar sus cosas en silencio. Yo la miraba, no podía dejar de hacerlo. Al percatarse de ello, me vio a los ojos y sonrió de medio lado.

—¿Qué esperas? Tenemos Cálculo —señaló mientras organizaba mis cosas para entregármelas—, vamos, no podemos llegar tarde.

—Yo... —Me descolocó que me dirigiera la palabra así que tardé un poco más de lo habitual en reaccionar.

Olivia tomó nuestros bolsos y esperó a que me colocara de pie para emprender nuestro rumbo a la siguiente clase. Por suerte, Cálculo quedaba dos pisos más abajo y el colegio contaba con un elevador bastante grande y cómodo. Ella no dijo nada más en todo el camino, yo tampoco. Sentía que si hablaba de algo, ella solo huiría de mi lado.

Nuestra clase era con Marcos y, por supuesto, luego de colocar mi bolso en uno de los asientos disponibles que supuse ahora sería el mío, ella corrió a sentarse junto a su novio, quien la recibió con un beso en los labios. De nuevo ese fuego en el pecho, esa sensación de impotencia, de tener que obligarme a verlos y no poder hacer nada más.

—Bien, chicos, hoy veremos sistema de ecuaciones —decía el profesor mientras escribía con su marcador sobre la pizarra blanca—. Es un tema que puede parecer sencillo, y lo es, pero si no

practican, si no prestan atención, no saldrán bien en los exámenes, así que pongan de su parte.

Prestar atención... Apenas comenzó a hablar sobre las ecuaciones, yo empecé a dibujar en mi cuaderno. Odiaba Cálculo, siempre solía aprobar en verano, pues el resto del año mis calificaciones eran terribles, pero de nuevo me abordó la culpa. Antes me salvaguardaba el fútbol, ahora no tenía nada. Tragué con fuerza y mi espalda se puso rígida. Por alguna razón recordé el rostro de Gio, la recordé a ella tomando mi mano con fuerza mientras caíamos al vacío. Sentía culpa por estar viva en su lugar, sentía que debía esforzarme más para valorar esa oportunidad que ahora ella ya no tendría.

—Señorita Di Lorenzo —me interrumpió el profesor—. ¿Está todo bien?

Yo lo miré a los ojos algo desorientada. Los sonidos a mi alrededor comenzaron a mezclarse, a hacerse un tanto abrumadores. Miré mi cuaderno lleno de rayones negros hechos con una presión tan fuerte que llegó a romper la hoja. Mis manos temblaban un poco y sudaban frío.

—Yo... sí —mentí con un hilo de voz.

Ese día no quise almorzar en el comedor. Tomé mis cosas y caminé hasta el salón solitario más cercano, el de música. Las luces estaban por completo apagadas y me costó un poco de trabajo conseguir el interruptor. Jamás había entrado ahí antes, lo mío siempre fue el deporte una vez que llegué a esa escuela. De niña había tomado clases de piano, lo hice por años hasta que llegó la beca y entonces mi enfoque cambió. Comencé a seguir un régimen alimentario estricto, horarios bastante estructurados y rutinas de ejercicio que no me dejaban mucho más tiempo libre.

Había instrumentos por todas partes y al fondo posaba un hermoso piano de cola. Sonreí. Me hizo recordar a momentos de mi niñez que creía olvidados. Tomé asiento bastante lejos de él, como si acercarme pudiera cambiar algo dentro de mí, y comencé a comer en silencio. Por alguna razón me sentía tranquila en ese lugar, no me sentía el bicho raro y dejé de lado el hecho de ser la pobre joven que sobrevivió a una catástrofe en la feria del pueblo.

De un momento a otro, la puerta se abrió causando un gran estruendo y un chico algo torpe atravesó el portal. Era alto, moreno y flacucho, de cabello rizado y castaño oscuro. Llevaba puesta una camisa de manga corta de flores y unos jeans tan ajustados que creía que no podía respirar.

—Lo siento —se disculpó al percatarse de mi presencia—, buscaba un lugar tranquilo donde tomar un respiro.

Yo sonreí. Por primera vez alguien no me reconocía como la chica del accidente. De hecho, parecía no conocerme en lo absoluto.

—No pasa nada —lo tranquilicé—, estoy acá por la misma razón. —Levanté mi sándwich, el cual sostenía con la misma bolsa de papel con la que había sido envuelto, y le hice señas para que se acercara—. ¿Nos conocemos? —pregunté una vez que tomó asiento a mi lado.

—No lo creo, soy nuevo. —Me regaló media sonrisa—. Mi nombre es Jackson... Jackie. Mi

familia y yo nos mudamos recientemente y hoy es mi tercer día de clases.

—Yo soy Nicky, Nichole. —Le extendí la mano para estrecharla con la suya, gesto que él respondió con calidez.

—Nicky... ¿Como la Nicky del accidente? —preguntó con inocencia. No pude evitar reír.

—La misma Nicky. —Señalé la férula en mi pierna y su rostro palideció.

—Lo siento, no quise ser indiscreto —se disculpó con mucha vergüenza, yo reí de nuevo.

—No pasa nada —le aseguré con tranquilidad—, es lindo que alguien no lo sepa. Pasé de convertirme en la estrella de fútbol a la chica que casi muere.

Él sonrió de medio lado, pero guardó silencio. Yo hice lo mismo, no hacía falta decir nada más. Para ese entonces no podía dejar de preguntarme si ahora solo sería esa persona, si eso me definiría el resto de mi vida, si acaso no había otra cosa en mí que lograra describirme. Sentí que estaba perdiendo mi identidad y no había cosa que pudiera causarme un mayor vacío.

Capítulo 6

Siempre me había disgustado la sensación del césped bajo mi espalda. Me causaba comezón, la piel se me irritaba y, además, mi cuerpo terminaba dolorido, pero a Jackson le gustaba pasar las tardes en el campo de fútbol viendo al equipo de atletismo entrenar y yo no tenía nada mejor que hacer que echarme a ojear el teléfono mientras lo acompañaba, al menos eso era mejor que pasarme las dos horas mirando a Olivia y deseando que se acercara a estar conmigo.

Ya la férula se había ido, pero el dolor y la incomodidad eran insistentes. Aún debía usar muletas para caminar, aunque tenía un poco más de agilidad, sin dudas la terapia física estaba dando buenos resultados, aunque no podía negar que odiaba el sentirme tan inútil durante cada sesión con mi fisioterapeuta. El hecho de que cada ejercicio fuese tan tonto e insignificante y que aun así me costara tanto trabajo realizarlo me recordaba con insistencia que ahora mi vida se sentía igual de tonta e insignificante sin el fútbol. Por otro lado, Jackson se había convertido en un muy buen nuevo amigo. Iba a mi casa casi a diario y me ayudaba a no pensar en el hecho de que Olivia se mantuviera tan distante.

—¿No tienes nada mejor que hacer? Podríamos ir de compras, comer helado, robar un banco, podríamos hacer cualquier otra cosa —pregunté fastidiada al tiempo que intentaba colocarme de pie, pero dándome por vencida hacia el final.

—Aunque todo lo que propones suena tentador, no me siento cómodo entre otras personas e ir a casa no es opción. Cuanto más tiempo esté fuera, mejor —respondió con sinceridad ya parado sobre sus pies. La clase de atletismo estaba terminando, así que también lo hacía nuestro tiempo en el campo.

—¿Tienes problemas con tus padres? —pregunté con curiosidad, jamás hablábamos sobre su familia.

—Peor aún, son excelentes padres, pero jamás están y cuando están es como si intentaran compensar todo el tiempo perdido —confesó—. Es sofocante. —Sonrió de manera forzada.

—Mis padres siempre están y siempre han sido sofocantes —me burlé—, pero desde el accidente se siente distinto, siento que les debo algo, por lo que tengo que aceptar que se la pasen todo el tiempo sobre mí.

—Puedes intentar hablar con ellos —opinó Jackson limpiando su ropa llena de trocitos de pasto.

—¿Cómo les dices a tus padres que no se preocupen luego de que casi mueres? —cuestioné con pesar.

Se encogió de hombros, no había respuesta precisa a ese interrogante.

—¿Y qué es eso de que no te sientes cómodo con la gente? —indagué desviando el tema a su primera afirmación.

Jackie soltó un suspiro, pero antes de que pudiera contestar, fuimos interrumpidos.

—Hey —nos saludó Olivia acercándose hasta nosotros. Era la rutina, un saludo, una charla breve y una caminata incómoda hasta el estacionamiento para esperar a sus padres o a los míos.

—Hey —la saludé de regreso a la vez que estiraba mis brazos para que ella me ayudara a colocarme de pie. Eso hizo, pero perdí el equilibrio y mi cuerpo se fue hacia el frente. Quedé entre sus brazos y muy cerca de su rostro.

Olivia no pudo evitar reír y yo volví a sentir ese remolino de emociones en mi estómago. Jackson aclaró su garganta para llamar nuestra atención, a lo que ella respondió alejándose con cierta incomodidad. Sus mejillas estaban rojas y las mías ardían con intensidad.

—¿Vas esta noche? —le preguntó a Jackson para obligarnos a pensar en otra cosa.

—¿Qué hay esta noche? —preguntó mi amigo con notoria cara de confusión.

—No es nada, realmente. Hace dos meses que me dieron el alta —me encogí de hombros—, mis padres son exagerados, entonces hay una cena y pastel y juegos de mesa.

—¿Tengo que llevar un regalo? —se burló Jackson; yo no pude evitar reír.

—Sin regalo no serás recibido. —Seguí el juego antes de guiñarle el ojo.

El teléfono de Olivia comenzó a sonar: era Charlotte que le avisaba que ya nos esperaba afuera de la escuela. Ambas nos despedimos de Jackson, quien prometió llegar para la cena, y nos encontramos con Oliver para ir hasta el auto.

—¿Invitaste a Marcos? —le preguntó Charlotte a Olivia una vez que llegamos a mi casa. Yo dejaba mi bolso en el perchero de la entrada, pero no pude evitar detenerme para escuchar la respuesta de mi amiga.

—No, mamá, a él no le gustan estas cosas —respondió Olivia casi en un susurro. Sabía cuánto me molestaba su relación con él y estaba segura de que no quería que yo escuchara esa conversación.

Caminé hasta el living, donde mis padres ya estaban en su segunda botella de vino. Decían a diario que debían celebrar por todo lo alto mi salida del hospital y yo no me oponía, parecían felices.

—Yeeeyy —gritó mamá cuando me vio entrar—, ya son dos meses.

—Esto parece una reunión de alcohólicos anónimos —me burlé—. ¿Me darán una moneda de sesenta días de sobriedad?

—Sí, pero esta dirá sesenta días desde el día que no morí —señaló Oliver con un desdén de seriedad que me tomó por sorpresa. Lo miré de reojo, lucía molesto.

Mi madre se levantó y corrió a abrazarme con demasiada energía, cosa que me hizo desviar mi atención de Oliver y colocarla en ella. Yo no pude evitar reír.

Me tomé mi tiempo para poder detallar todo a mi alrededor, a mis padres, a los padres de Olivia, a mi mejor amiga y a Oliver, pero no podía evitarlo, también pensaba en cómo mi accidente había cambiado las cosas. Ya mis padres no eran los mismos, temía decirles tan siquiera que me dolía la cabeza porque creían que la más mínima de mis dolencias era razón para correr al hospital. Se podría decir que Charlotte, Cris y Oliver eran los más normales, sin embargo, ponían una atención en mí mucho más que innecesaria, y Olivia y yo estábamos más alejadas que nunca.

Ella estaba enfocada en Marcos y en su carrera deportiva. Había ignorado por tanto tiempo mis mensajes que yo un día solo opté por dejar de escribir. Además, estaba enfocada en mis estudios. Me vi obligada a subir mi promedio luego de que el instituto optara por seguir cubriendo mi beca bajo la condición de subir mis notas, pero no se sentía igual. Cuando tenía el fútbol, sabía que había ganado mi lugar con mi talento y amaba lo que hacía para lograrlo, era agradable. Ahora que dependía de los resultados de los exámenes mi vida había perdido cierto sentido, como si no tuviera un objetivo claro que perseguir, como si me encontrara viviendo una vida que no quería vivir, no así. Pensaba en mi familia, mi promedio, mi mejor amiga y mi carrera deportiva, y luego recordé el rostro de Gio mientras caíamos al vacío, lleno de pánico, su mano aferrando con fuerza la mía. Mi sonrisa se borró, mis ojos se llenaron de lágrimas que luchaba por contener, así que me disculpé para casi correr al baño.

Necesitaba sacar de mi mente ese recuerdo, los gritos, el dolor. El rostro de Gio. Su mano sujetándome con fuerza. No podía respirar. Lavé mi rostro con agua helada y me miré al espejo. La sutil marca de la cicatriz que dibujaba esa línea en mi rostro y el rostro de Gio lleno de pánico. Sujetaba con fuerza el lavabo del baño, tanto que mis manos comenzaron a doler. Una presión en mi pecho y el rostro de Gio. Los gritos. Demasiados gritos.

Tres golpes secos en la puerta me hicieron volver a la realidad. Me miré al espejo una vez más y respiré profundo.

—¿Estás bien? —Era Olivia.

—Sí... yo... —tomé otro respiro—, solo me siento cansada —mentí, igual que siempre.

—No te creo —confesó. Escuché cómo se apoyaba contra la puerta—. Necesito saber qué te pasa.

—No es nada, Olivia —insistí con molestia—. Jamás estás. ¿Por qué te interesa ahora?

No hubo respuesta, solo silencio, y luego el ruido de unos pasos alejándose. Yo tragué con fuerza. Hubiese querido decirle lo que me sucedía, pero ¿qué me sucedía? Hubiese querido decirle que se quedara, sin embargo, lo hice tantas veces y aun así se iba que no quería conseguir otro rechazo. Me tomé un par de segundos y salí armándome de un valor que no sabía cuánto más me iba a durar.

Jackie había llegado, la cena estaba servida y ya todos estaban yendo a tomar sus asientos. El

único que quedó disponible en la mesa era junto a Olivia, así que me vi en la obligación de sentarme a su lado.

La cena estuvo llena de historias y anécdotas. Mi madre no paraba de hablar de todas esas aventuras que Olivia y yo llevamos a cabo de niñas, de lo inseparables que siempre habíamos sido y de las travesuras que realizamos juntas. Historias que a ambas nos hicieron sentir un tanto de incomodidad. Yo extrañaba todo eso, extrañaba a esa amiga que solía tener, lo que éramos antes del accidente.

La noche se alargó, mis padres y los de Olivia se sentaron en el patio a conversar entre ellos, mientras Jackson y Oliver veían algo en la TV de mi living. Yo me acerqué a mi mejor amiga y me senté junto a ella en uno de los sofás.

—¿Te quedas hoy? —pregunté con temor de una negativa. Ella sonrió sin mirarme.

—Iba a estudiar con Marcos —se excusó; yo tragué con fuerza.

—Siempre es Marcos —murmuré con enfado e intenté colocarme de pie, pero el cuerpo me dolía bastante, así que me rendí antes de empezar.

—Es mi novio —reprochó.

—Soy tu mejor amiga —contraataqué.

—Y casi te mueres, Nichole —su voz se quebró—, y yo... —miró alrededor para asegurarse de que ni su hermano ni mi amigo escucharan lo que estaba a punto de decir—, sentí que me moría contigo y no puedo, no está bien.

Yo fruncí las cejas sin entender a qué se refería.

—¿De qué hablas? —cuestioné en voz baja.

Ella se limitó a colocarse de pie e irse hacia afuera. La escuché avisarles a sus padres que ya se iría y luego el ruido de la puerta de casa cerrarse, el mismo ruido que hizo mi corazón al romperse de nuevo.

Oliver esperó algunos segundos, hasta que se sentó junto a mí. Pasó su brazo por sobre mis hombros y soltó un largo suspiro.

—¿Qué sucede? —preguntó con curiosidad y preocupación. Jackson no pudo evitar escucharnos y esperar atento mi respuesta.

—No es nada —mentí, pero él negó con la cabeza.

—No quieras engañarme —rogó con cierta expresión de enfado.

—Es raro, no nos hablamos, no responde mis mensajes, ya no nos vemos si no es porque mis padres la invitan o porque tus padres me invitan a mí —solté como una avalancha—. ¿En qué momento la perdí?

Jackson guardaba silencio, solo escuchaba.

—Olivia cambió mucho esos meses —intentó explicar Oliver—, ya no es la misma niña que era antes de tu accidente, pasó mucho tiempo y ella, de cierta manera, maduró.

—No sé si estoy siendo egoísta —confesé. Vi a Jackson negar con la cabeza, Oliver imitó el gesto.

—Nadie lo está haciendo, pero todos tenemos nuestros procesos —opinó Jackie. Oliver asintió.

—Dale tiempo —pidió el hermano de mi mejor amiga, yo asentí sin darme cuenta de que las lágrimas caían desde mis ojos. Opté por despedirme para irme a dormir, era lo que hacía cada vez que algo me molestaba demasiado. Me encerraba en mi habitación y me forzaba a quedarme dormida, pero esa noche fue imposible. Esa noche no podía dejar de pensar en las palabras que me dio Olivia antes de marcharse.

¿Qué no estaba bien? ¿Por qué era tan incorrecto lo que había sentido? Necesitaba una respuesta y no pude evitarlo. Tomé mi teléfono y le envié un mensaje.

Yo: Quiero que hablemos.

...

...

Yo: Oli, por favor, necesito que hablemos.

...

...

Yo: ¿Puedes decirme algo? ¿Esto te parece justo? ¿Correcto?

...

...

Mis ojos se llenaron de lágrimas y recordé el rostro de Gio. El rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío, mientras sostenía mi mano con fuerza y escuchábamos gritos. Tantos gritos. Mis manos comenzaron a temblar, mi pecho estaba apretado y me costaba trabajo llenar mis pulmones de aire. Sentí miedo, sentí miedo de morir una vez más.

Yo: Te lo suplico.

Logré escribir, necesitaba que respondiera, necesitaba que tan solo estuviera. Necesitaba no sentir ese vacío, esa soledad.

El rostro de Gio seguía en mi mente dando vueltas, su expresión de pánico mientras todo se venía abajo, los gritos, el dolor. Me tiré en el suelo a llorar porque sentía que no merecía estar tan siquiera sobre la cama. Me senté en el piso frío y duro de mi habitación mientras me ahogaba en el llanto. No respiraba, no podía pensar en otra cosa que en el rostro de Gio lleno de pánico y en un arrebato comencé a golpear mi rostro con las manos, con fuerza, con mucha fuerza. Hasta que no pude más y me quedé dormida. Agotada. Vencida.

Desperté antes del amanecer, tenía un par de llamadas perdidas de Olivia, pero no tenía fuerzas para pensar en eso. Me arrastré como pude hasta la cama sollozando, ya ni siquiera me quedaba energía para llorar con más fuerza que esa. No recordaba muy bien lo que había sucedido. No tenía dudas de que si mi madre volvía a verme en el suelo inconsciente, me llevarían una vez

más al hospital, o peor, insistirían con el psicólogo.

Mi despertador me avisó que ya era hora de levantarme para ir al colegio. Mi cuerpo se sentía pesado y, por alguna razón, me dolían partes del rostro. Tenía ojeras inmensas que delataban mi falta de sueño y mi mente ya no daba para pensar en nada. No quise desayunar, pero tampoco quería que mis padres se preocuparan, así que jugué con mi comida hasta que fue hora de marcharnos.

Esa mañana nos llevó mi madre. Pasaríamos solo por Oliver, pues Olivia se había quedado a dormir con una amiga, según le contó a su madre. Sentí un vacío en la boca de mi estómago y una extraña sensación de náuseas me hizo querer vomitar lo poco que había comido.

—Tierra llamando a Nicky —bromeaba Oliver. Yo le contesté con apenas una sonrisa—. Mi banda ensayará hoy después de clases para el show de talentos, ¿te gustaría venir?

—¿Banda? —pregunté sorprendida, no recordaba haber escuchado sobre eso antes.

—Si, nada especial, jamás nos hemos presentado en ningún lugar y somos más un grupo desastroso que un grupo musical. —Rio con serenidad—. De todas maneras, capaz te sienta bien distraerte un poco, te ves terrible.

—Dormí muy mal anoche —respondí. Mi madre levantó las cejas de inmediato para mirar en mi dirección, pero yo negué con la cabeza para tranquilizarla—. Solo me desperté muchas veces, nada de qué alarmarse —completé mirándola a los ojos a través del espejo retrovisor.

—Bueno, ¿qué dices? —insistió Oliver—. ¿Vamos?

—Si, por supuesto —acepté alegre. Él tenía razón, me vendría bien distraerme.

Economía era un calvario. En realidad me importaba poco la oferta y la demanda. Mientras el profesor hablaba, yo miraba un partido en mi teléfono, con el volumen bajo e intentando esconderlo debajo de mi mesa de trabajo. Se enfrentaba el equipo de nuestro país con un contrincante bastante nivelado en la copa continental. El fútbol femenino seguía siendo ignorado, pero a mí me apasionaba. El tiempo casi acababa, empataban cero a cero y un tiro libre al fin nos otorgó la oportunidad que estábamos esperando para colocarnos en ventaja. La tensión podía sentirse, los rostros de las jugadoras llenos de incertidumbre. ¿Lo lograría?

Tragué con fuerza, mi sueño siempre había sido llegar así de lejos, también había sido el sueño de Gio, y ahora ninguna de las dos iba a lograrlo y eso se sentía como una avalancha que se me venía encima y me inmovilizaba por completo. Muchos años trabajé por eso, muchos años di hasta mi último respiro por llegar ahí, ahí en donde estaban esas jugadoras. Lo hice yo y lo hizo Gio.

Gio.

Recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo sus manos se aferraban con fuerza a las mías. Mis manos comenzaron a temblar y dejé caer el teléfono a mis pies llamando la

atención de toda la clase. Desperté de mi trance y vi cómo el profesor me observaba desde el pizarrón. Soltó un largo suspiro y se acercó a recoger mi aparato.

—¿Fútbol? —preguntó disgustado. Sus labios se fruncieron y el resto de la clase no pudo evitar reír—. Suficiente —exigió el profesor mientras se llevaba el teléfono hasta su escritorio y lo guardaba en un cajón—, no hay tratos especiales en mi clase, tendrá que cumplir dos horas de castigo esta tarde.

Yo asentí con la cabeza. Apretaba mis manos en puños intentando deshacerme de la sensación que dejaba en mí el recuerdo del rostro de Gio, de su mirada. El castigo para mí no significaba nada, saber que ella había perdido su futuro, que yo había perdido el mío, ese era el problema. Comenzó a faltarme el aire, el pecho me dolía y recordaba esa cosa tan pesada que había caído sobre mí aquella noche. No podía moverme de mi lugar, me sentía anclada al suelo y yo solo recordaba el rostro de Gio lleno de pánico mientras sujetaba mis manos con fuerza y caíamos al vacío.

Capítulo 7

El salón de castigos no era más que el viejo depósito del club de teatro. Varios percheros con trajes y antiguos pedazos de escenografía rodeaban el lugar. La luz era tenue y había un olor a humedad tan impregnado que ni la limpieza más profunda iba a poder eliminarlo.

Yo fui la primera en llegar y en cierto punto temí ser la única. En un colegio como ese las razones de los castigos eran bastante tontas, nadie destruía casilleros ni incendiaba tachos de basura, sino que hacían uso del teléfono en clases, se retrasaban con alguna tarea, o hacían chistes subidos de tono, así que estaba segura de que no me toparía con ningún sociópata o delincuente juvenil al menos. Tomé asiento a una de las pocas mesas disponibles y saqué mi cuaderno para ponerme a garabatear cualquier cosa.

Pasaron varios minutos antes de que llegara alguien más. Primero lo hizo el profesor asignado, y luego, para mi agrado, Jackson. Mi amigo me guiñó un ojo mientras tomaba uno de los sombreros graciosos del armario junto a la puerta y se lo colocaba en la cabeza.

—Me enteré de que estarías acá y preferí acompañarte a tener que ir solo a la práctica de atletismo —me contó antes de sentarse a mi lado.

—Shhh... —exigió el profesor. Yo apenas moví los labios para agradecerle.

El profesor revisaba algo en su teléfono, parecía estar esperando algo más y así era. Para mi sorpresa, Olivia y Marcos también entraron al salón de castigos.

Olivia no era el tipo de chica que terminaba en retención, pero Marcos... por supuesto que su relación con él podría traerle inconvenientes como ese.

—Bien, quiero un ensayo de tres páginas donde hablen del porqué de sus castigos y qué podrían hacer para no volver a terminar en esta situación. —Sí, el castigo más absurdo, pero repito, nadie solía meterse en problemas en ese lugar—. Volveré en un rato para ver que todo marche bien.

Apenas se retiró, Olivia sacó su cuaderno y comenzó a escribir. Marcos, por su parte, tomó su teléfono y se distrajo con TikTok. Jackson comenzó a revisar su cuenta de Tinder. Y yo no podía hacer ni una cosa ni la otra, seguía sorprendida de que mi mejor amiga estuviese en ese lugar, de que se dejara influenciar por ese idiota hasta ese punto. Algo se revolvió en mi estómago y, cuando me di cuenta, mi mandíbula estaba tan apretada que mis dientes dolían y mis manos sujetaban con fuerza el borde de la mesa.

—Tienes que calmarte, nena —opinó Jackson, pero la mirada fulminante que le lancé fue tal que optó por guardar silencio.

—Yo me voy —dijo el idiota levantándose de su lugar y clavándole un beso en la frente a

Olivia—, tengo entrenamiento, ya el coach solucionará esto.

No esperó la respuesta de Olivia, ni siquiera se molestó en despedirse de manera coherente. Solo se marchó y la dejó.

—Castigada, ¿eh? —dije con un hilo de voz apenas perceptible, temía que no me respondiera. Ella sonrió antes de contestar.

—Llegamos algo tarde esta mañana. —Se encogió de hombros como si aquello no tuviera importancia.

—Así que ya te quedas con él —seguí hablando mientras me colocaba de pie para acercarme a su mesa.

—Nosotros... —Suspiró antes de mirar a Jackson. Mi amigo levantó ambas manos y se retiró del aula sin más—. Lo estamos intentando, ya sabes. —Tragué con fuerza, no podía creer lo que me disgustaba escuchar aquello—. Solo que aún no me siento preparada, pero él ha sabido entender.

—No me digas —bufé mientras ponía mis ojos en blanco y cruzaba los brazos sobre mi pecho. ¿Por qué Olivia no podía ver lo idiota que era Marcos? Era como si fuese la única persona en el mundo entero que no pudiese darse cuenta.

—Nicky —rogó. También se colocó de pie y me miró a los ojos—. Después de tu accidente, fue Marcos el que le dio algo de forma a mi vida. Yo estaba muy confundida y aterrorizada.

Solté una risa cargada de ironía y sentí una bomba estallar en mi interior. Venía una avalancha de palabras que no iba a poder detener.

—¿¿Aterrorizada?! —grité—. Gio murió, yo casi muero, mi futuro se destruyó. ¡¿Y tú te sentiste atemorizada?! ¡¿Atemorizada de qué, idiot...?!

No me dejó terminar, sus manos sostuvieron mi rostro con firmeza y sus labios se unieron con los míos en un beso que me dejó tan fuera de lugar que ni siquiera pude reaccionar, ni siquiera pude corresponderlo. Mi corazón latía tan fuerte que sentí que iba a tener otro paro cardíaco en ese instante. Todo dentro de mí se desordenó, todo dentro de mí estallaba en un concierto de fuegos artificiales, pero así de rápido como empezó, se detuvo.

No me miraba a los ojos, mantenía su cabeza gacha. Intenté tomar su rostro, pero ella rechazó mi gesto negando con la cabeza y se distanció algunos pasos. Yo quería decir algo. No sabía qué. Aún estaba aturdida con lo que acababa de suceder, con lo que acababa de sentir.

—Tengo que empezar —dijo en voz tan baja que por poco no pude escucharla. La vi dar media vuelta y sentarse en su lugar para empezar a cumplir con su castigo y yo me quedé ahí, parada, mirándola a la vez que acariciaba mis labios con la yema de mis dedos.

¿Por qué me había besado de esa manera? ¿Por qué así? ¿Por qué de repente? Necesitaba respuestas, pero no conseguía más que indiferencia. Olivia ni siquiera levantaba la cabeza, se mantenía enfocada en su ensayo y yo permanecía enfocada en ella.

—¿Todo bien? —preguntó Jackson una vez que regresó al aula.

—Sí —contesté aún aturdida por el beso—, es mejor que comencemos.

—Sí, yo de hecho no estoy castigado, solo me colé —confesó Jackie y yo no pude evitar reír.

—¿Te colaste al salón de castigos? —me burlé. Él asintió con ingenuidad.

—De saber que querías estar a solas con...

Me aclaré la garganta para detenerlo. Olivia apenas levantó la cabeza un instante, pero luego volvió a su cuaderno.

El tiempo pasaba y ninguno hizo otra cosa. Ni siquiera podía pensar en algo más que en sus labios contra los míos. ¿Desde hacía cuánto?

El regreso a casa fue silencioso e incómodo. Mi cabeza estaba distraída, llena de pensamientos que iban y venían, que golpeaban una y otra vez contra mi conciencia y que me obligaban a verla cada tanto y me hacían preguntarme qué estaría pensando ella.

—¿Comes en casa hoy, Oli? —preguntó mi madre para romper el silencio que ella percibió como normal.

—Eh... —apenas me miró antes de contestar—, sí, claro.

Enseguida giré a verla frunciendo el ceño confundida. No imaginé que en realidad quisiera ir a comer a mi casa, no pensé que quisiera compartir conmigo. No después de todo, no después de ese beso. Ella me sonrió con sinceridad y volvió su vista a la ventana. Su mano estaba posada sobre el asiento entre nosotras y, en un impulso, la acaricié con mi dedo índice. Olivia no me miró, no se inmutó, pero sí tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos. Mi corazón iba a salirse de mi pecho, latía rápido, eufórico, lleno de una energía que había adquirido con ese beso. Sonreí para mí misma, eso que estaba sintiendo era más grande que cualquier otra cosa.

La cena fue tranquila y silenciosa. Mi madre había preparado pasta al pesto, la que de hecho era la favorita de mi mejor amiga, pero aunque tenía una regla estricta de cero teléfonos en la mesa, estuvo entretenida en el suyo por cosas del trabajo. Yo mantenía un silencio casi sepulcral, temía mirar a Olivia y espantarla y que por alguna razón huyera por la puerta de salida y no regresara más. Ella, sin embargo, se notaba tranquila, aunque un poco nerviosa. Dejó caer su tenedor al menos un par de veces durante la comida y casi derramó el jugo sobre la mesa.

—Cariño, tendré que salir, se retrasó en la aduana el último lote para la exposición de arte. —Mi madre suspiró frustrada mientras caminaba de un lado a otro recogiendo su bolso, sus llaves y su abrigo. Ella era directora de una modesta galería y cada semestre hacían una nueva exposición con artistas invitados de todo el mundo—. Oli, por favor, no te vayas hasta que llegue Richard, así él puede llevarte o al menos queda un adulto en casa con Nicky.

—Eh, mamá, ya soy lo suficientemente grande como para quedarme sola —me quejé algo indignada con lo que mi madre acababa de pedir, pero Olivia solo pudo reír.

—Me quedaré, no se preocupe —tranquilizó a mi madre, quien se fue tan rápido que estoy

segura de que ni siquiera escuchó.

Al quedarnos a solas, miré a Olivia. Necesitaba respuestas y las necesitaba pronto. Ella me sonrió de una manera que revolvió todo en mi estómago y me hizo desear besarla de nuevo.

—Perdón, lo del salón de castigos fue un arrebato —se disculpó haciendo que mi caída fuera contundente. Sentí mi pecho arrugarse y mis ojos cargarse de lágrimas—. No estuvo bien, solo tenía miedo.

—¿No fue real? —atiné a preguntarle con una voz extrañamente ronca. Ni siquiera sabía cómo había logrado articular una frase después de eso.

Olivia no lo negó, pero tampoco lo afirmó. Tragó con fuerza y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Me besaste —señalé indignada por lo que ahora decía—, no te besé yo, me besaste tú.

Ella evitaba mirarme a los ojos, pero pude notar que los suyos también se habían llenado de lágrimas. Intenté acercarme; ella retrocedió un paso.

—¿Por eso has estado tan alejada? —cuestioné uniendo cabos sueltos. Ella levantó su mirada, como quien es tomada por sorpresa, y respiró profundo. Era un sí.

—No, estuve lejos porque estoy con Marcos y solo paso más tiempo con él —disparó como balas frías al centro de mi pecho.

—Un idiota que ni siquiera te ama y lo único que siempre ha querido es llevarte a la cama —solté sin anestesia. Estaba hecha una bola de fuego que de vez en cuando lanzaba pequeñas detonaciones a su exterior.

—Yo lo amo —aseguró mientras recogía sus cosas.

Quería detenerla, quería pedirle que se quedara, pero la vi tan decidida a marcharse que ni siquiera lo intenté. El aire comenzó a faltarme, el pecho me dolía y recordé el rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío, su mano aferrada a la mía, todos esos gritos. Quedé inmóvil, estática. Mis pies se habían anclado al suelo, no importaba cuánto les suplicara que fueran tras ella. Olivia ni siquiera se detuvo a mirarme, ni siquiera se despidió, solo cerró la puerta y se marchó.

Yo pestañeeé una vez, solo una vez, y ya estaba golpeando con fuerza desmedida la pared del living. Golpeaba tan fuerte que mis manos dolían un infierno. Recordaba el rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío, recordaba a Olivia yéndose una y otra vez. Recordaba todo el dolor, todas las lágrimas, todos esos abrazos que me recordaban que yo estaba viva y que Gio había muerto. Golpeé hasta que no pude más, hasta que mis manos estuvieron hinchadas y rojas, tan doloridas que no podía abrirlas ni cerrarlas, y entonces reventé en un llanto que llevaba conteniendo hacía tiempo, y me dejé caer sobre el piso. Estaba agotada, exhausta.

Desperté un par de horas más tarde. Me encontraba recostada sobre mi cama. No recordaba qué había sucedido luego de la discusión con Olivia, de seguro mi padre me había llevado hasta arriba. Mis manos dolían insoportablemente, ¿por qué dolían? Me senté, encendí la lámpara y

busqué algunas píldoras para aliviar la molestia, pues mi cabeza iba a estallar en mil pedazos. No podía dejar de pensar en mi mejor amiga, en ese beso, en esa discusión y, por alguna razón, esa vez pensé en el fútbol y el futuro que había perdido.

Tomé mi teléfono celular. Tenía una decena de mensajes de Oliver. No podía ser, había olvidado por completo su ensayo. No era tan tarde, así que decidí llamarlo y él no tardó en contestar.

—Hola, honguito —saludó con una voz tierna y cariñosa.

—Hola, honguito —saludé de vuelta. Ese apodo surgió cuando éramos apenas unos niños y había quedado. Comenzó como un insulto, y es que era la ofensa más grande que conocíamos a los seis y a los cuatro años, pero se hizo hábito y no un hábito desagradable, sino más bien tierno—. Perdón, mucha conmoción hoy.

—No te preocupes, vinimos a Ricky's por unas hamburguesas. ¿Quieres venir? —me invitó animado. Yo me sentía agotada, demasiado como para siquiera levantarme, sin embargo, también sabía que necesitaba distraerme, de eso estaba segura.

—Te veo en un rato —confirmé con una sonrisa, como si Oliver pudiera verme.

Al colgar la llamada, tanteé la superficie de mi teléfono, quería llamar a Olivia, pero no sabía si era una buena idea. Necesitaba aclarar las cosas, aunque ella pareció haber dejado todo bastante claro, así que opté por escribirle un texto.

Yo: No puedo dejar de pensar en ti.

Confesé.

Olivia: No hagas esto, Nicky, no fue nada, por favor, no arruinemos esto.

Bufé.

Yo: “Esto” ya no existe.

Fue un mensaje que me arrepentí de escribir apenas lo envié, pero ya no había vuelta atrás. Por supuesto, no hubo respuestas. Tiré mi teléfono a un lado y me levanté para arreglarme un poco. Tenía los ojos hinchados y unas ojeras más que marcadas. Los episodios se hacían recurrentes y lograban absorberme toda la energía. Yo quería avanzar, pero era difícil hacerlo con la imagen de Gio volviendo una y otra vez a mi cabeza, su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, y el recuerdo constante de que ella murió y de que yo tenía una vida que capaz no merecía tener.

Capítulo 8

Ricky's no era más que un restaurante local de hamburguesas y viejos arcades. Las luces eran tenues y púrpuras, la barra solía ser un desastre y los gritos y risas de los jóvenes se escuchaban mucho más arriba que la música urbana que salía por los parlantes. Apenas entré me arrepentí de haber ido. Siempre me había gustado pasar el rato ahí, pero esa vez el olor a cigarro, el desorden y el ruido me provocó una sensación desagradable en el centro del pecho. Estuve a punto de dar media vuelta y volver a casa. Sin embargo, más veloz fue Oliver que, al verme, corrió en mi dirección para darme un fuerte abrazo.

—¡Hongo! —exclamó alegre.

—¡Idiota! —exclamé yo. Él no pudo evitar reír.

—Estamos en la mesa del fondo. —Apuntó con su dedo a una mesa redonda gigante donde varios de sus amigos bebían algunos batidos y comían gigantescas porciones de papas fritas.

—¿Te importa si invito a Jackson? —pregunté tomando mi teléfono y buscando el chat con mi amigo.

Oliver asintió y yo me adelanté hasta la mesa mientras él se desviaba a otro lugar. Le pedí a Jackson que fuera a salvarme, a lo que él respondió con emojis de perros. Al llegar al espacio, saludé al resto de los chicos. Todos hablaban en un tono de voz muy elevado y un tanto ensordecedor sobre algo de los próximos partidos de fútbol y un viaje a la playa.

Tomé asiento en uno de los pocos lugares disponibles y extendí mi mano para robarme una papa. Las que tenían cheddar eran mis favoritas y al menos haría que valiera la pena.

—¿Se supone que comas eso? —cuestionó la voz de uno de los amigos de Oliver una vez que él regresó a la mesa.

—Ya no juego, de todas formas —contesté antes de meter otro par en mi boca.

—Pero se te acumula en las caderas —soltó otro de sus amigos idiotas, el más idiotas. Yo giré mis ojos y comí de nuevo.

—Ya cállate, imbécil —vociferó Oliver antes de hablarme a mí—. ¿Cómo van las cosas con Olivia? —preguntó, al tiempo que tomaba algunas papas con su puño. Comía como un cavernícola, de eso estaba segura.

—Eres un cerdo. —Señalé cuando lo vi intentar meterse toda la porción en la boca para no dar una respuesta.

—Es mi mayor virtud —bromeó.

Bala esquivada. Oliver se dispuso a hablar con otro de sus compañeros y había olvidado por

completo su pregunta. Yo, por mi parte, no tardé en sentirme como pez fuera del agua. No seguía el ritmo de las conversaciones y, por primera vez, no tenía idea de lo que los demás estaban hablando. Era una isla entre Oliver y todos sus amigos, era una isla en mi propia vida.

—Pero acá no hay alcohol —se quejó una voz que reconocí de inmediato, una voz que detestaba por completo.

—Hey, monstruo —lo saludó Pete, un moreno musculoso.

—Díganme que no me invitaron para tomar helado —se quejó Marcos antes de sentarse al lado de David. Olivia estaba de pie junto a él, no despegaba sus ojos de mí y yo no pude evitar hacer lo mismo—. Búscate una silla, amor, siéntate acá —le ordenó Marcos con una sonrisa prepotente.

Olivia asintió y caminó en mi dirección. La única silla disponible en nuestra mesa estaba a mi lado. Pensé que la tomaría y se la llevaría, pero por el contrario, tomó asiento junto a mí.

—Debes estar bromeando —murmuré con un nudo en la garganta.

—Solo quiero parecer normal —contestó en un tono bajo para que solo yo pudiese escucharla—, no quiero que Oliver haga preguntas.

Esas palabras me golpearon con fuerza, estuve cerca de largarme a llorar, pero por suerte, Jackson apareció por la puerta del restaurante y yo prácticamente corrí a saludarlo.

—Vamos afuera —rogué tomándolo de la mano y tirando de él fuera del local.

Mi amigo me miró en silencio. Era muy observador y sabía que algo me estaba sucediendo, sin embargo, tenía la gentileza de esperar a que yo fuera la primera en hablar.

—La odio —bramé.

—No lo haces —corrigió con seriedad.

—Quiero hacerlo —confesé antes de mirarlo a los ojos.

—La quieres —señaló, y mi corazón dio un vuelco.

—No, bueno, sí, es mi mejor amiga. —Mi tono revelaba mi nerviosismo.

Jackson enarcó una ceja y guardó sus manos en los bolsillos de su suéter. Esa noche el clima era fresco y el cielo estaba iluminado por las estrellas. Me hizo pensar en el beso, en sus labios contra los míos y en el remolino de emociones que causó dentro de mí.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Jackson sacando un cigarrillo e intentando encenderlo. Yo se lo quité de la boca y lo arrojé al suelo.

—Sí, que no fumes. —Cambié el tema, pero Jackie no era tan fácil de evadir como Oliver.

—¿Qué fue lo que sucedió en el castigo? —tiró con tanta rapidez que no lo pude esquivar.

—Nada, discutimos —mentí y él negó con la cabeza, pero no dijo nada más—. ¿Puedes llevarme a casa? —le pedí con un nudo en la garganta.

—Tengo una cena con mis padres, ven conmigo y luego te llevo a casa —solicitó a cambio. Yo

solté un suspiro y luego asentí.

Tomé mi teléfono y le dejé un mensaje a Oliver para despedirme. No quería volver a entrar y encontrarme con Olivia una vez más. Les escribí a mis padres: lo mejor era avisarles para no preocuparlos.

La cena era en casa de Jackson, había ido antes un par de veces, pero aún no había conocido a sus padres. Para mí sorpresa, ambos eran de tez blanca, ¡vaya los estereotipos a los que estamos tan acostumbrados!, Jackson era adoptado y hasta ese día no lo supe. Me había imaginado a sus padres como personas con su mismo tono de piel, con sus mismas características físicas, me los imaginé tal y como se los hubiese imaginado la sociedad, lo que, luego de pensarlo con claridad, era absurdo.

Comimos pescado. Yo amaba el pescado y ese era, sin dudas, el mejor que había comido hasta ese entonces, ¿y cómo no? Jackie tenía su propio chef internacional.

Aprendí mucho de él esa noche, no solo por haber descubierto el hecho de que era adoptado, sino que supe cuánto le gustaba la música, que sus padres se dedicaban al comercio exterior, que le tenía miedo a los perros, a los gatos, a los ratones y a cualquier otro animal que pudiese acercarse a él. Ah, lo más importante es que aprendí que Jackie aún no estaba seguro de querer ser él, o ella, o elle, y eso no era un inconveniente. Me lo confesó a la orilla del lago mientras tomábamos algo de helado y caminábamos descalzos en la arena. Pasaba la medianoche, pero nuestra charla estaba más viva que nunca.

—Ni siquiera sé cómo explicárselo a mis padres —declaró antes de llevar la cuchara colmada de crema americana hasta su boca.

—Si son como los míos, lo van a amar. —No pude evitar reír, Jackson me acompañó.

—Es difícil no querer ser perfecto cuando eres adoptado —dijo luego de una larga pausa—, es como necesitar demostrarles a diario que escogerme fue una buena decisión.

—Yo estoy muy agradecida de que llegaras a mi vida —declaré con una sonrisa más que sincera—, estoy segura de que tus padres sienten lo mismo y deben estar muy orgullosos de quién eres.

—Pero es que siento que aún no saben quién soy —tragó con fuerza y se detuvo para mirarme a los ojos—, ni siquiera yo lo sé con certeza. No es tan simple, toda la vida las personas te dicen que eres un niño, que los niños no lloran, que tengo que jugar con autitos. Creces y te dicen que ya eres un hombre, que los hombres se visten de determinada manera, que los hombres hacen deporte o que los hombres tienen que conseguirse novias hermosas, como si fuesen un accesorio, y la verdad es que yo crecí y siento que no encajo en nada de eso, siento que no encajo en ninguno de los dos lados, ya sabes.

—Ya lo descubrirás, de eso estoy segura —lo tranquilicé—. Tarde o temprano todos lo hacemos.

—Gracias —agregó antes de continuar—. ¿Qué hay de ti? —preguntó ahora con suma seriedad; yo lo miré confundida—. Me he dado cuenta de tus cambios de ánimo, de tus ausencias.

—No es nada —murmuré avergonzada.

Jackson suspiró.

—Sabes que puedes confiar en mí —aseguró, pero yo me enfadé por su insistencia. No quería que nadie viera esa parte de mí.

—Te dije que no es nada, Jackson —solté molesta—, me voy a casa.

Él suspiró y me siguió en silencio. Si algo lograba molestarme era que Jackson supiera qué decir para remover lo que necesitaba remover y hacerme pensar, pero lo compensaba el hecho de que también sabía cuándo guardar silencio y cederme mi espacio y eso fue lo que hizo durante todo el camino a casa. Jackie no dijo nada hasta que estuvimos frente a mi puerta. Volvió a tomar un cigarrillo y yo volví a tirarlo.

—Basta —pidió con enfado.

—Te hace daño, Jackie —justifiqué mi accionar.

—Basta de sabotearte, Nichole —aclaró. Yo junté mis cejas esperando una explicación a sus palabras—. No puedes huir cada vez que aparezca Olivia, no puedes solo dar marcha atrás, vas a tener que aprender a convivir con el hecho de que se está comportando como una idiota y no puedes dejar que eso te siga afectando de esta manera.

—No me afecta de ninguna manera —mentí y Jackie soltó una risita burlona.

—Te veo mañana, preciosa —se despidió antes de besar mi frente—, que descanses.

Y así se marchó antes de que yo pudiera contestar.

Entré a casa, dejé mi bolso tirado a un lado y caminé hasta la cocina. Necesitaba tomarme algún té para aclarar mis ideas antes de dormir. Pensaba en Olivia y en esas palabras que me hicieron tanto daño. También pensaba en Jackson y lo que me había dicho antes de marcharse. ¿Me estaba sabotear? ¿Estaba huyendo? Esa noche me fui a la cama con esas dos preguntas dando vueltas en mi cabeza.

Jackson solía vestirse de manera muy bizarra. Combinaba un montón de colores que jamás hubiese pensado que pudieran combinarse y además tenía zapatos muy peculiares. Amaba usar sombreros, boinas, gorros o cualquier otra cosa que pudiera ir sobre la cabeza. Ese día no fue la excepción. Llevaba un sombrero de vaquero purpura, una camisa con flores de mangas cortas y color amarillo y unos pantalones azules bastante ajustados. Nada en su outfit tenía sentido, pero era original y eso me encantaba de él.

—¿Crees que llueva hoy? —preguntó mirando el cielo con los brazos extendidos.

Yo no contesté. Miraba a Olivia correr en la pista de atletismo. Llevábamos varias semanas sin

dirigirnos la palabra en lo absoluto y eso me tenía fuera de lugar. Jackson notó mi ausencia y soltó una risita.

—Ya dile que la amas —se burló.

—¿De qué hablas? —pregunté con algo de enfado. Odiaba que tocaran esa fibra.

—Se te cae la baba por Olivia —continuó aun sabiendo que aquello podía hacerme explotar—. Tu mejor amiga de toda la vida y ahora crees amarla. Pasa más seguido de lo que parece, es el cliché de los romances.

—Olivia es como... es como... —no podía decirlo, nunca lo lograba—, o al menos lo era.

—¿Como qué? ¿Como tu hermana? —soltó una risita burlona—. Ni siquiera tú te crees esa mentira.

Yo guardé silencio y tragué con fuerza. No había notado que fuese tan obvia porque ni siquiera yo sabía si era eso lo que yo sentía. La miré de nuevo, Olivia conversaba con su entrenador, estaba por terminar y no tardó en mirar en mi dirección. Para mi sorpresa, me regaló una sonrisa que correspondí al instante.

—Como hermana, ¿eh? —volvió a decir Jackson y yo golpeé su brazo con fuerza—. Auch.

—Hoy hay una fiesta —lo miré a los ojos cambiando el tema de conversación—, es en la casa de Paul. Por su puesto, estoy invitada, así que ¿vamos?

—Ni siquiera sé quién es Paul. —Sonrió a medias. A Jackson también le costaba adaptarse a los nuevos grupos—. Y estoy seguro de que tus amigos no quieren a alguien como yo en sus fiestas —su expresión había cambiado, ahora mostraba algo de inseguridad y temor.

—Pero yo soy tu amiga y te quiero conmigo. —Le sonreí para animarlo—. Pasa por mí a las ocho. —Besé su mejilla y, cuando estuve a punto de marcharme, me detuve para verlo una vez más—. No te lo pregunté antes y lo siento, pero ¿cómo prefieres que te llame?

Él me miró un tanto sorprendido por mi interrogante y arrugó las cejas justo en medio, luego relajó su expresión y me regaló una sonrisa de alivio.

—Jackie me gusta —contestó con sinceridad y una sonrisa que quedó marcada en mi mente—, gracias.

Yo le devolví el gesto y luego me marché a las corridas. Ya la madre de Olivia debía estar afuera esperando por nosotros y, si algo no le gustaba a Charlotte, era tener que esperar.

Y así fue, el auto de Charlotte estaba estacionado en la entrada del campo de atletismo. Oliver ya se hallaba en el asiento del copiloto y Olivia se despedía de Marcos a unos cuantos metros. Yo los miré y volví mis ojos en blanco, era patético. ¿Cómo podía estar con alguien así?

Subí tratando de no mirarlos de nuevo. Cuando se trataba de Olivia y Marcos no podía disimular, algo me consumía por dentro y me hacía querer explotar. Me senté en el asiento trasero y cerré la puerta con tanta fuerza que llamé la atención de Charlotte y Oliver, quienes me miraron como a un bicho raro.

—Lo siento —me disculpé y Oliver no pudo evitar reír.

—¿Mal día? —preguntó Charlotte con esa típica mirada maternal que te daba ganas de contarle todo.

—No te imaginas —contesté mirando de reojo a Olivia que ya caminaba hacia el auto. Subió con una sonrisa forzada y evitó mirarnos a todos.

—¿También tuviste un día difícil? —le preguntó ahora a Olivia su madre. Sin dudas, era muy perceptiva.

—Marcos es un idiota —soltó tan rápido como se arrepintió de haberlo hecho.

—Qué sorpresa —murmuré yo con desdén.

Oliver dejó escapar una risita y Charlotte solo pudo mirar a su hija con compasión. Se tomó algunos segundos antes de dar marcha al auto. Olivia miraba por la ventana y yo la miraba a ella de reojo. Pude darme cuenta de cómo intentaba respirar con profundidad, cómo su mano apoyada en el asiento entre ambas temblaba con ligereza. Estaba conteniendo las lágrimas y eso me rompía el corazón. Intenté acercar mi mano para acariciar la suya, pero apenas sintió el roce, la retiró y la apoyó sobre su pierna, la cual subía y bajaba con rapidez. Sabía que su rechazo no era directamente hacía mí, sino ante el hecho de que un gesto como ese la iba a hacer reventar en llanto. Todo el camino fue silencioso, todos entendíamos que Olivia necesitaba esa paz hasta llegar a su casa. Nadie quiso decir o hacer algo más que esperar, que ser paciente.

—¿Te quedas en casa? —me preguntó Charlotte una vez que estuvimos cerca de llegar—. Hice una Red Velvet espectacular, puedes venir a merendar si quieres.

Yo miré a mi mejor amiga antes de contestar. Que fuera a su casa y pasara el rato cerca de ella era algo que solo haría si ella estaba de acuerdo. Olivia no tardó en mirarme y contestar en mi lugar.

—Sí, quédate, por favor —pidió con una voz bastante tierna, así que no tuve más opción que aceptar.

La Red Velvet, de hecho, estaba espectacular. Era un bizcocho superesponjoso, relleno de una mezcla blanca que, si había entendido bien, se preparaba a base de queso crema. No pude evitar comerme una buena porción. Olivia prefirió no hacerlo, alegó que no tenía apetito y subió con prisa a su habitación. Yo la seguí luego de un rato.

Entré sin tocar. Ella estaba tanteando su vieja guitarra sentada en la silla de su escritorio con sus piernas cruzadas en posición de indio. Al verme, la dejó a un lado. No decía nada, solo me miraba a los ojos. Los suyos estaban cargados de lágrimas que aún no se animaba a soltar. Yo me apresuré para alcanzarla, me puse de cuclillas frente a ella y tomé sus manos. Solo bastó ese gesto para que se largara a llorar.

Odiaba verla así, odiaba verla triste o molesta o mal. Siempre habíamos sido nosotras contra el mundo y ahora sentía que ni siquiera tenía las herramientas para poder ayudarla.

—Ni siquiera sé qué decir —susurré con mis labios apoyados en sus manos—. Dime qué te sucede al menos.

—No quiero que me juzgues, no quiero que te molestes —rogó. Su voz estaba quebrada, tanto como mi corazón al escucharla de esa manera.

—Intentaré no hacerlo —bromeé para aliviar la tensión, pero ella ignoró por completo mi comentario—. Está bien, está bien, solo dime.

—Marcos me dio un ultimátum —soltó con la mirada gacha, evitando verme a los ojos—. Me dijo que ya no quiere esperar más, que ya me ha esperado demasiado y que tiene necesidades.

Sentí mis mejillas arder y mi estómago revolverse. Un fuego nació en el centro de mi pecho y solo quería sacarlo fuera, contra el idiota de Marcos. Mi expresión cambió por completo, ya no era de compasión, sino de enojo, y sin darme cuenta comencé a sujetar las manos de Olivia con mucha más fuerza.

—Yo no estoy lista —confesó para seguir llorando con más intensidad.

—¿Acaso lo estás pensando? —pregunté en voz alta mientras me colocaba de pie y soltaba nuestro agarre—. ¿Cómo puedes tan siquiera considerar algo como eso con un idiota que te da un ultimátum, Olivia?

Yo ya estaba hecha furia. El tren se había descarriado y nada iba a poder detenerlo. Daba pasos de un lado a otro en la habitación. Recordé la vez que los vi besándose en la fiesta a la que fui con Gio, dando todo un espectáculo. Recordé a Marcos en la habitación, desnudo sobre esa chica que pensé era Olivia. Recordé lo que sentí y recordé a Gio. Recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, recordé cómo su mano sujetaba con fuerza la mía.

Comenzó a faltarme el aire, sentía una presión en el pecho muy parecida a la presión que sentí cuando todo se había venido abajo. Había algo sobre mí que no me dejaba moverme, lo recordaba muy bien. Recordaba los gritos, el olor a sangre. Recordaba no poder llamar a Gio, no poder pedir ayuda. Todo a mi alrededor comenzó a verse nuboso, no me sentía yo, estaba desorientada, mi pecho seguía doliendo y no lograba llenar mis pulmones de aire.

Sentí unas manos tomar las mías, el contacto era cálido, como ese mismo contacto en el hospital que con rapidez se esfumó. Mi pecho dolía más. Reventé en un llanto imposible de contener y solo pude escuchar la puerta de la habitación cerrarse. Daba vueltas sobre mis propios pies, me sentía atrapada, asustada, sola. Muy sola. Mi mano impactó con fuerza en mi propio rostro y pude ver un pantallazo blanco, tan breve como una fracción de segundo. De nuevo unas manos tomaban las mías, esta vez con más fuerza, pero no podía concentrarme, no podía pensar.

—Nicky, ¿qué pasa? —preguntaba Olivia asustada. Yo no podía articular palabra para responderle. Estaba angustiada, sentía que iba a morir. Iba a morir y estaba sola—. Nicky, respira, por favor, me estás asustado —rogaba mi mejor amiga.

Me tiré al piso, apoyé mi espalda contra la pared y comencé a dar cabezazos hacia atrás. Había

algo en el hecho de sentir dolor que reducía mi angustia. Había algo en el hecho de hacer que todo eso que sentía dentro lo pudiese sentir fuera que me daba la seguridad de que sí era real, de que sí había algo que estaba mal, de que sí había algo por lo que ponerme en ese estado. Que justificara las lágrimas, el desespero, la soledad.

Iba a seguir, pero unos brazos me rodearon con tanta fuerza que no vi más opción que refugiarme en la sensación. El calor del cuerpo de Olivia comenzó a embriagarme y sentirla tan cerca fue el anclaje que necesitaba para volver a la realidad.

Mi cuerpo se sentía exhausto, yo me sentía exhausta, la mente no me daba para pensar en nada, en absolutamente nada. Ya no me importaba Marcos ni la decisión de Olivia. No me interesaba la fiesta ni el dolor en mi cuerpo que siempre sentía cuando recordaba su rostro, el de Gio.

—¿Desde cuándo sucede esto? —Olivia sostenía mi rostro para obligarme a mirarla.

—No lo sé —contesté mintiendo. Ella atrapó esa mentira tan rápido que no me dio tiempo de inventar una historia.

—Nicky, dime la verdad —rogó con su rostro muy cerca del mío.

—Desde la noche que volví del hospital —confesé con vergüenza, no quería que pensara que estaba loca—, pero en realidad no sé muy bien qué sucede. Despierto en el suelo, cansada, dolorida. No sé qué pasa conmigo, Oli. —Al terminar la última frase, arranqué a llorar de nuevo. Ella me abrazó con fuerza una vez más mientras susurraba una canción en mi oído para tranquilizarme. Era algo nuestro desde hacía mucho tiempo.

—Tienes que buscar ayuda —dijo al fin. Sus palabras impactaron contra mí y me tomaron desprevenida—. No tienes que pasar por esto sola.

—Yo estoy bien, estoy bien. Me va bien en clases, ya puedo andar sin muletas, en rehabilitación todo va perfecto —solté razones para no tener que hacerlo—, esto es algo esporádico y ya va a desaparecer —le aseguré. Ella se limitó a guardar silencio.

Acaricié mi mejilla con delicadeza y se acercó a besar mi frente. Amaba sentirla así de cerca, me sentía segura a su lado, contenida, protegida. La miré a los ojos, esos hermosos ojos llenos de lágrimas que oscilaban entre el verde y el amarillo y luego vi sus labios. Moría por besarlos, por sentirlos una vez más.

La puerta se abrió de par en par, lo cual nos tomó desprevenidas. Del otro lado estaba Charlotte con una taza en la mano y una expresión severa. Habíamos roto la única regla que teníamos al estar juntas en casa de Olivia: no cerrar la puerta de la habitación mientras estuviésemos dentro, y había que admitir que la escena daba mucho que pensar. La madre de mi mejor amiga estuvo a punto de decir algo hasta que vio mi rostro y no me quise imaginar cómo lucía porque su mirada pasó de enfado a compasión en apenas un momento.

—Oh, por Dios, ¿qué pasó? —Colocó la taza sobre el escritorio y se acercó tan rápido como pudo para agacharse a mi lado.

—Mamá, sé que tenemos una regla, pero necesitamos privacidad —exigió Olivia al mismo tiempo en el que se separaba de mi lado, cosa que yo había estado rogando que no hiciera.

—Lo siento, hija, pero si Nicky está así es porque pasa algo muy malo —justificó su madre—, así que dame una razón para no llamar a Jenn.

—¡No! —le pedí de inmediato—. Mi madre querrá llevarme de nuevo al hospital, encerrarme para siempre en una torre, encadenarme a su tobillo para toda la vida —exageré, pero mi rostro estaba lleno de pánico real.

Ella guardó silencio, lo estaba meditando y no parecía muy convencida en ceder, pero finalmente soltó un suspiro y asintió. Por ahora, mi secreto estaría a salvo.

—Asumiré que son cosas de adolescentes —intentó convencerse—. Un amor que salió mal, pelea de amigas, cualquier cosa. Pero si vuelvo a verte así... por favor, Nichole, si vuelves a estar así, habla con alguien.

—Lo prometo —mentí. Ella asintió y se retiró, por supuesto, dejando la puerta abierta.

Olivia me ayudó a levantarme y me llevó hasta la cama. Mi cuerpo se sentía cansado, mi cabeza dolía, mi mente iba a explotar.

—Eso estuvo cerca —susurró. No sabía si hacía referencia al beso que estuve por darle o al hecho de que su madre me encontrara en medio de una crisis—. No habrá fiesta hoy —ordenó. Yo levanté la mirada con prisa, había olvidado la fiesta y a Jackie.

—No, tengo que ir. —Me levanté con dificultad. Ella me sostuvo en sus brazos y me miró a los ojos.

—No, no tienes que ir, Nicky —insistió. Yo no podía dejar de mirar sus labios, no podía contestarle nada porque no dejaba de pensar en ese beso que me había dado en el salón de castigo, no podía dejar de pensar en el hecho de que hubiera querido corresponderla de una mejor manera, pero luego miré hacia la puerta y pensé en todas las razones por las cuales ella y yo no podíamos estar juntas.

—Se lo prometí a Jackie —mentí—, así que préstame algo de ropa o déjame irme a casa para poder arreglarme.

Mi actitud había cambiado por completo, volví a sonar como la chica segura y entrépita que luchaba por el puesto de capitana en el equipo de fútbol y solía ser el alma de la fiesta. Me solté del agarre de Olivia y caminé hasta su baño para lavar mi cara y mirarme al espejo. Estaba destruida, pero no era nada que el maquillaje no pudiese ocultar.

Capítulo 9

La terapia física era similar a si agarraran tu cuerpo y le pasaran por encima con un camión de carga al menos una decena de veces. No podía hacer más que caminar, caminar de manera muy lenta y pausada, por lo que la mayoría de los músculos de mi cuerpo no se ejercitaban de la manera más adecuada, por ello debía cumplir con rutinas de ejercicio que resultaban mucho más complejas de lo que se podía pensar.

La mayoría de los ejercicios eran con maquinarias y pesas. Por supuesto, con una carga de kilos bastante baja o casi nula. También hacíamos elongaciones que nos permitían trabajar la flexibilidad y movilidad de las articulaciones, algún tiempo en la bicicleta estática y en una cinta para caminar. Era poco, pero parecía un infierno cada sesión de fisioterapia. Terminaba exhausta, algo molesta y muy dolorida.

—Lo estás haciendo muy bien —me decía Bruno, mi fisioterapeuta, una vez que terminamos la sesión de ese día.

—Esto no es nada —reproché mientras secaba mi rostro con la toalla—, solía correr maratones de treinta kilómetros. Mis entrenamientos siempre fueron muy demandantes, intensos. Corría a una velocidad que muy pocos podían igualar, recibía el balón en un lado de la cancha y en un par de segundos ya estaba del otro lado anotando un gol. Esto... esto es un retroceso.

Él me miró guardando silencio, daba la impresión de que buscaba minuciosamente las palabras con las que quería contestar.

—Nicky, moriste, ¿okey? —Fue tajante, severo, concreto. Yo me inmuté—. Literalmente, moriste y tu vida terminó el día de tu accidente, pero tuviste una oportunidad que casi nadie más tiene. Tú naciste de nuevo, pero esta es una nueva vida, con nuevas metas, con nuevos retos. Lo siento, pero la futbolista estrella ya no está, al menos no por el momento, ahora eres Nichole y solo Nichole y debes esforzarte un poco para descubrirte de nuevo. Por lo demás, vamos bastante bien con la fisioterapia.

Sus palabras fueron un golpe de lo real y hay personas que dicen que lo real causa angustia. Yo anticipaba mi respuesta a esa incertidumbre, anticipaba mi respuesta a la pregunta de ¿qué será de mí ahora? Decía que no había nada más, que mi futuro se había acabado, que mi vida había terminado con ese accidente y, aunque esa no fuese una respuesta alentadora, era una respuesta. Pero ahí estaba él, confirmando que sí, que mi vida anterior había terminado con el accidente, pero que ahora tenía que definir mi futuro, decidir qué era lo que de verdad deseaba hacer. Ahí estaba él preguntándome quién era ahora y yo no lo sabía. ¿Acaso quería volver a jugar fútbol? ¿Acaso podría? Y si no, ¿qué sería de mí?

Estuve callada todo el camino a casa, estaba agotada, pero esa no era la única razón. No podía dejar de darle vueltas a todo el asunto de mi nueva vida, de mi nuevo yo. Y es que el yo siempre va cambiando, va mutando, va evolucionando, yo no era la misma que solía ser esa mañana, o antes de la terapia, mucho menos era la misma que solía ser antes del accidente, pero sin dudas era distinto, era distinto despertar un día con un grano en la frente y no ser la misma tú de antes que no tenía el grano. Yo caí desde lo alto, perdí gran parte de mi motricidad y con ello sentía que había perdido lo que más me importaba, todo lo que era parte de mi identidad. Una identidad que pensé que estaba más que consolidada. ¿Cómo construyes un nuevo yo a partir de una pérdida como esa? ¿Era posible?

—Esta noche hay partido de las chicas —anunció mi madre una vez que cruzamos el portal de casa—. Olivia llamó mientras estuviste en terapia física para saber si irías.

—¿Ella irá? —pregunté de inmediato. Me interesaba más verla que el hecho de ver a mi equipo jugar un partido en el que yo debería estar y no podía hacerlo.

—Dijo que le avisaras si ibas, así te acompañaba —terminó de decir mi madre desde la cocina—. Si quieres, podemos ir todos.

—No, gracias, voy yo —la interrumpí. Quería ver a Olivia y quería estar a solas con ella, casi no habíamos tenido tiempo para hablar luego de lo que sucedió en su casa y de eso ya hacía una semana.

Mi madre se asomó desde la cocina y me miró levantando una ceja. Ella era bastante perceptiva, aunque lo disimulaba muy bien. Trataba de nunca decirme nada para evitar hacerme sentir incomoda, pero cuando tenía mucho tiempo callándolo, de repente solo explotaba.

—Hija, sabes que no me gusta meterme —se acercó vacilante—, pero tú y Olivia... —Dio un vistazo a su alrededor, como si se asegurara de que nadie nos escuchara—. Es decir, sé que son amigas desde hace mucho tiempo, pero su relación siempre ha sido cercana, mejor dicho, muy cercana, más que la mía con Charlotte.

—¿Qué quieres preguntar, mamá? —insistí. Sabía en qué dirección iba.

—¿Pasó algo más entre ustedes? —preguntó sin vacilar y yo me tomé unos segundos para analizar mi respuesta.

—Somos amigas, mamá, no ha pasado nada. Es muy importante para mí, pero solo eso —dije tratando de sonar convincente.

Mi madre suspiró, por supuesto que no me creyó. Yo me apoyé de una de las sillas del comedor y respiré profundo. Venía la charla.

—Hija, no suelo meterme en tus decisiones sobre el amor ni nada parecido —comenzó a decir—, y te apoyo en todo lo que hagas, pero no con Olivia. Charlotte y yo hemos sido amigas toda la vida y aun así fue difícil hacerla entender tu orientación sexual. Nada de eso podría salir

bien.

Sus palabras lograron quebrarme. Tragué con fuerza y disimulé una sonrisa. Ya lo sabía, sabía que eso no podría funcionar por muchas razones lógicas y yo lo había aceptado.

—Te dije que solo somos amigas —aseguré con un hilo de voz temblorosa—, no te preocupes, mamá.

Di media vuelta y subí a la habitación por mis cosas. Mi madre había dejado mi viejo uniforme sobre la cama. El equipo me había otorgado la oportunidad de pertenecer y seguir asistiendo a los partidos para apoyar desde la banca. Ese era el primer juego de la temporada y no estaba segura de poder soportar algo como eso, pero podía intentarlo. Me cambié la ropa y me puse la sudadera del equipo. Eché un rápido vistazo hacía abajo: había una cicatriz que iba desde mi rodilla y subía por todo mi muslo hasta mi cadera. Me sentía incómoda mostrándola, sabía que nadie dejaría de mirarla. La acaricié; dolía al tacto. No debía, pero dolía. Entonces recordé el rostro de Gio cuando caíamos al vacío. Su expresión de pánico y sus manos aferrándose con fuerza a las mías.

—¿Quieres que te lleve a casa de Olivia? Las llevará Charlotte al partido —dijo mi madre desde abajo haciéndome reaccionar.

—No te preocupes, mamá, caminaré —le aseguré mientras colocaba un jogging sobre mi short. Necesitaba tapar mis piernas.

Por alguna razón había olvidado lo que se sentía estar ahí, abajo en la cancha, escuchando los gritos y los aplausos de todos en las tribunas. Por alguna razón había olvidado qué era tener todas las luces apuntando en mi dirección, todos los ojos sobre mis pasos. Estaba en la formación junto a mis compañeras y mi entrenadora. Olivia me miraba desde la primera fila y sonreía, como siempre solía hacerlo. Yo me sentía una extraña, como si ese lugar ya no fuese mío nunca más.

Al terminar el saludo inicial, cada quien tomó su lugar. Yo caminé hasta la banca. La capitana ahora era Laura, no podía negar que dirigía bien al equipo, pero no lograba dejar de pensar en que ese lugar debió ser de Gio o mío, no podía dejar de repetirme que Lau no había hecho más que arrebatarnos algo que nos pertenecía por derecho. Me sentía incómoda, fuera de lugar, no me gustaba sentir ese enojo repentino en contra de mi equipo. Entendía que ellas no tenían la culpa y que la vida avanzaba sin importar que uno se quedara de lado, pero ellas estaban viviendo algo que yo deseaba vivir, que yo necesitaba vivir. No podía enfocarme en el partido, o en las jugadas, ni siquiera sabía cómo iba el marcador. Mi entrenadora gritaba órdenes desde el lateral, órdenes que yo no lograba entender. Estaba algo desorientada, perdida. Entonces vi cómo Sam levantaba la mirada para encontrar a Paula, así como yo solía buscar entre todas a Gio, al rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío y cómo sostenía mis manos con fuerza. Recordé cómo nuestro agarré se soltó de a poco y yo quedé atrapada entre los escombros.

Recordé el dolor en mi pecho, esa presión. El aire comenzó a faltarme, me sentía ahogada, todo el ruido a mi alrededor se hizo insoportable y los gritos, todos los gritos de auxilio.

—¿Estás bien? —preguntaba Laura quien estaba sentada junto a mí luego del último cambio

Yo no pude contestar, no podía pensar, no podía moverme. Ella intentó tomarme del brazo, pero rechacé su gesto en un arrebato. No necesitaba su lástima, no quería su compasión, yo solo quería volver a jugar fútbol. De nuevo me sentía aprisionada, sola. Necesitaba sentir el calor, necesitaba sentir la cercanía.

Unas manos tomaron las mías y me arrastraron fuera de ahí. Desconocía quién, desconocía a dónde. No lograba enfocarme. Recordaba a Gio, intentaba verla en la oscuridad, entre el dolor, los gritos y el llanto.

—Hey, hey —era la voz de Olivia—, estoy aquí. Tranquila.

Intentaba respirar, pero no lo lograba. Mi pecho dolía cada vez más y también lo hacía la cicatriz de mi pierna.

—Nicky, hey, mírame, por favor, mírame. —Me tomó del rostro. Sus manos estaban heladas, pero aun así sentí la calidez que estaba necesitando. La miré a los ojos, los suyos contenían lágrimas. Parecía más bien asustada.

—¿Qué pasa? —pregunté confundida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó preocupada—. ¿Sabes dónde estás?

Yo miré a mi alrededor: eran los vestidores. Había ido al partido de las chicas, el primero de la temporada. Volví a mirarla a los ojos y asentí.

—Nicky, esto no es normal, tienes que buscar ayuda —acarició con cuidado mi mejilla—, por favor, tienes que buscar ayuda.

La miré por unos segundos y asentí una vez más. Si ella lo pedía, podía hacerlo, y la verdad era que ya no quería seguir batallando contra ese malestar. Quizás sí necesitaba ayuda, quizás no era algo que pudiese lograr sola.

El resto del equipo no tardó en llegar gritando y saltando. Habíamos ganado nuestro primer juego por lo que entendí. Olivia se alejó de mí de inmediato y tomó distancia. Lucía un poco incómoda y eso me generó desconcierto, pero opté por ignorarlo.

—Nicky, vamos a mi casa, los primeros tres puntos de la temporada son nuestros, así que hay que celebrar —me decía Lau. Yo miré a Olivia, quien me regaló una simple sonrisa—. ¿Vienes?

—No lo creo —negué casi de inmediato, lo que despertó curiosidad en mi mejor amiga—. Creo que ya fue suficiente para mí por hoy. —No pude evitarlo, mi respuesta fue brusca y tajante. Estaba feliz porque el equipo había ganado, pero me sentía enojada con Laura por el hecho de que había sido ella quien lo dirigió, porque ella estaba viviendo la vida que me pertenecía a mí.

Lau me miró extrañada por mi reacción, pero no dijo nada más. Se limitó a irse con el resto de

las chicas a tomar una ducha y a vestirse antes de ir a su casa. Olivia se acercó de nuevo con esa misma expresión incómoda y se aseguró de que estuviésemos solas para hablar.

—¿Puedo ir a tu casa? —le pregunté a Olivia al tiempo que tomaba mis cosas—, no quiero tener que hablar sobre el partido con mis padres.

—No voy a ir a casa —se disculpó—, quedé en verme con Marcos.

—¿Marcos? ¿De verdad? —Mi tranquilidad se transformó en enfado en tan solo un segundo—. ¿Y qué? ¿Vas a aceptar su ultimátum? ¿Vas a acostarte con él solo para que no te deje? Vales más que eso Olivia.

—¿Sí? ¿Qué valgo? —preguntó irritada. Se alejó algunos pasos, seguía asegurándose de que nadie estuviera cerca para poder escuchar—. Dime qué valgo, Nicky. ¿Una relación secreta contigo? ¿Besarnos cuando nadie ve?

Fue un golpe duro, más bien un golpe bajo. Tragué con fuerza, quería gritar, golpear cosas. Quería decirle que no era justa su conclusión, pero algo de cierto había en sus palabras. Marcos era un patán, pero al menos tenían un amor libre, yo no podía darle algo así ni de cerca. Lo de Marcos era real, lo que yo podía ofrecer no era más que una fantasía.

—Tú me besaste a mí —fue lo único que pude responder. Ella soltó una risita burlona que logró hacerme daño.

—Evidentemente no estaba pensando, Nicky —argumentó con seguridad. Yo sonreí intentando ocultar una mueca de dolor que dejaban sus palabras. Sonreí y recordé el rostro de Gio.

—Dudo que ahora sí estés pensando —solté antes de marcharme, dejándola sola en el lugar. Después de todo, la fiesta no iba a ser una mala opción.

Pensé que iba a tranquilizarme una vez en la casa de Laura, pero seguía teniendo esa sensación de que ese no era mi lugar, es decir, eran mis compañeras del fútbol, pero el fútbol parecía no representarme nunca más. Antes yo solía ser una de ellas, solía ser parte de un equipo, así lo sentía, pero ahora solo sentía pena por mí misma y por el hecho de haberlo perdido todo. Estaba incómoda, me sentía vacía. Algo me estaba faltando, quizás el sentido de pertenencia que perdí cuando desperté y me explicaron todo lo que había sucedido. Tomé mi teléfono para llamar a Jackie e invitarlo, necesitaba tener a mi lado a alguien que me conociera sin mi historia previa al accidente, pero no contestó y luego vi un mensaje de Olivia disculpándose precariamente por lo que había sucedido. Opté por ignorarlo.

Sam llegó hasta mí con un shot de tequila y me lo entregó con una sonrisa en su rostro. Ella era una chica muy linda, sus ojos eran de color castaño oscuro y tenía unas pestañas largas que los hacían resaltar. Su tez era apenas morena, con un brillo peculiar, delicado, y su cabello era largo, oscuro y con unas ondas bien cuidadas que llegaban hasta su cadera.

—Salud —dijo con una sonrisa cargada de picardía y luego bebió el suyo. Yo la seguí.

Arrugué mi cara, ese trago me quemó por dentro desde la punta de mi lengua hasta la boca de mi estómago. Tenía mucho tiempo sin beber alcohol y el tequila no era la mejor manera de empezar.

—Sam, no sé qué es lo que me está pasando con Luara y el resto de las chicas y siento que les debo una disculpa a todas —arranqué a decir. Si bien ella no era todo el equipo, disculparme con Sam me haría sentir un poco mejor. El enojo que había sentido en la cancha al verlas jugar, el enojo que había sentido cuando supe que Laura había llevado a nuestro equipo a la victoria se había disipado una vez que estuve fuera del gimnasio y ahora no me sentía más que una tonta. Era como si estar en contacto con ese lugar donde fui yo y ya no era más despertara una parte de mí de la que no estaba del todo orgullosa.

—No es necesario que te disculpes, sé que no debe ser sencillo para ti —me tranquilizó con serenidad—. Podemos dejarlo atrás y no pensar en ello. ¿Quieres bailar? —preguntó ahora quitándome el shot y dejándolo sobre una mesa a un lado del lugar.

—Sabes que no puedo. —Sonreí, tratando de no dar una mala respuesta. Era obvio que no podría bailar.

—No es necesario que tú lo hagas. —Colocó sus brazos a cada lado de mi cuello y acercó su rostro muy cerca del mío. Comenzó a moverse de forma suave y muy sensual. Mis mejillas se pusieron coloradas, hacía mucho tiempo que no tenía ese tipo de acercamiento con ninguna chica, desde antes del accidente, desde Gio en aquella fiesta.

Los labios de Sam se hallaban muy cerca de los míos, sus ojos estaban clavados en mi boca. La situación estaba un poco subida de tono y no podía negar que tenía ganas de tomarla y besarla, pero tenía miedo de no poder hacerlo, de no tener la fuerza suficiente para algo más que eso. Temía que ella viera todas mis cicatrices, que viera en lo que me había convertido luego del accidente. Sam se acercó un poco más, sabía que quería besarme, pero desconocía si yo estaba lista.

—Sam... —susurré contra sus labios.

—He querido hacer esto desde hace mucho —confesó mientras enredaba sus manos en mi cabello. El roce de sus dedos en mi nuca me erizó la piel.

Yo no sabía si tenía más miedo o más ganas, así que me lancé y clavé un suave beso en sus labios que de a poco fue subiendo su intensidad. Sam me parecía muy atractiva, pero jamás había pensado en ella de esa manera, sin embargo, las ganas de estar con alguien le ganaron a mi juicio y no sabía si lo hacía por sexo o por la necesidad de no sentirme sola.

Sam se detuvo y dejó escapar una sonrisa traviesa; luego mordió su labio y, para mi sorpresa, me abrazó. Yo correspondí su abrazo, lo necesitaba, quizás no de ella, pero sí de alguien.

—Te veo arriba en quince, ¿te parece? —preguntó susurrando en mi oído. Yo asentí y ella se marchó.

Sentía la necesidad de hacerlo, sentía la necesidad de acudir a ese encuentro tan inesperado, pero algo me detenía. Pensaba en Olivia, pensaba en Gio, pensaba en la última vez que había estado en esa casa. Había estado a punto de hacerlo con Gio luego de que el mundo casi se me viniera abajo cuando pensé que Marcos se acostaba con Olivia. Entonces pensé en Marcos y en Olivia, en su ultimátum, en que ella iría a verlo. Sentía desagrado, sentía furia, sentía tristeza, pero más que nada sentía un vacío enorme en mi pecho. Marcos era un idiota, pero aun así tenía a su lado a la chica que yo quería tener dispuesta a hacer todo por él, incluso aquello que aún no estaba lista para hacer, pero eso no era correcto. Si ella no estaba lista, no tenía por qué hacerlo, yo no podía permitirlo.

Tomé mi teléfono y comencé a llamar al número de Olivia una, dos, tres y hasta cuatro veces. No contestaba. No sabía dónde vivía Marcos, tampoco si la llevaría ahí para su primera vez. De todas maneras, era tan básico que podían terminar haciéndolo detrás de las tribunas, en su auto, en cualquier motel. Me rendí con Oli y llamé a Jackie. Necesitaba salir rápido de la fiesta y encontrar a mi mejor amiga. Jackie sí atendió.

—Hola, Jackie —saludé con prisa—, necesito que vengas a buscarme a casa de Laura, ¿puede ser?

—¿Qué sucede? —preguntó algo aturdido, sonaba adormecido.

—Solo ven, te explico acá —supliqué.

Al cortar la llamada, envié dos mensajes más. El primero a Sam, disculpándome por tener que irme, y el segundo a Olivia.

Yo: Nadie tiene derecho de presionarte para que hagas algo que aún no estás lista para hacer.

Al enviarlo pensé en esas palabras, pensé en mi propia primera vez, en cómo no significó nada, en cómo ninguna de mis veces había significado nada. Pensé en el vacío y en todas esas noches que terminaba acurrucada con Olivia pensando en por qué me era tan complicado querer a alguien, pero en realidad nunca fue difícil, sino que siempre la quise a ella.

Capítulo 10

El amanecer desde la casa de Jackie era hermoso. Su vista era de por sí asombrosa. Mi amigo vivía en una casa en la colina desde la que podía verse la plenitud del lago y en ese punto de la mañana sutiles tonos naranjas y amarillos decoraban todo el cielo. Yo estaba sentada en la terraza de su habitación con mis piernas recogidas contra mi pecho y algunas lágrimas aún caían de mis ojos. No pude dar con Olivia, no pude hacer que me respondiera y no vi más opción que huir a casa de mi amigo para poder desahogarme.

Jackie dormía plácido sobre su cama, parecía un tronco, realmente no había manera de despertarlo una vez que quedaba así de dormido. Yo, por mi parte, no pude pegar el ojo en toda la noche, pensaba en Olivia y en Marcos y eso me generaba, más que un disgusto, una sensación de vacío difícil de ignorar.

Miré mi teléfono por millonésima vez, aún con la esperanza de que hubiese un mensaje de ella, pero no lo había. Yo debía rendirme y eso tenía que aceptarlo. Me coloqué de pie y miré a mi amigo. No quería despertarlo, pero debía regresar a casa, así que combatí contra su superpoder de lograr seguir dormido aun cuando un terremoto estuviera sacudiendo toda la ciudad.

—¿Qué... qué quieres? —preguntó a regañadientes. No pude evitar reír un poco.

—Necesito ir a casa, Jackie —le pedí—. Ya es tarde, más bien temprano, mis padres me van a matar.

—Solo diles que estás acá. —Dio media vuelta y cubrió su cabeza con una almohada.

—Jackie, porfa —supliqué y mi voz se quebró. No podía disimular.

—¿Qué pasa? —Se incorporó de inmediato y acarició mi mejilla—. ¿Es por Olivia? Capaz está dormida en casa y ni siquiera vio tus mensajes —intentó consolarme.

Dormida, dormida entre los brazos de Marcos. Dormida con alguien que en ese momento deseaba tanto ser yo.

—Quiero irme a casa —sollocé y él me abrazó con fuerza.

Fui cuidadosa al entrar, no quería que mis padres escucharan y luego me retaran por haber estado toda la noche fuera sin avisar. De todas maneras, solo quería estar en mi habitación y acurrucarme en la cama y no tener que explicar nada a nadie, pero las cosas nunca salían como lo planeaba.

—Hola, hija —saludó mamá desde la cocina.

—Hola, mamá —saludé con mi pie ya en el primer escalón.

—¿Te parece que esta es la hora adecuada para llegar? —cuestionó caminando hacia mí con

una taza en sus manos.

—Lo siento, mamá, me distraje con las chicas —mentí, pero mi madre nunca había sido tan fácil de engañar.

—Seguro. —Tomó un sorbo de su bebida mientras me miraba con cierto escepticismo en su rostro—. Olivia está arriba, dijo que te estuvo buscando en la fiesta de Laura y no te encontró así que luego vino acá. Obviamente nos sorprendió saber que no estabas en el lugar donde se supone debías estar. Ella se quedó a esperarte.

Yo abrí mis ojos como platos. ¿Olivia estaba ahí? ¿Yo había estado buscándola toda la noche y ella siempre había estado ahí?

—Hablares más tarde —sentenció mi madre y yo asentí antes de ir escaleras arriba. En ese momento odié no poder correr o ir más rápido. Sentía que los escalones se multiplicaban y la ruta era eterna.

Abrí la puerta de mi habitación con cuidado; en efecto, Olivia aún dormía plácida sobre mi cama. Su cabello castaño cubría parte de su rostro y llevaba puesta la misma ropa del partido. Era claro que no había parado en su casa y que tampoco se había tomado el atrevimiento de siempre de colocarse algo de mi armario para dormir.

Una vez dentro, coloqué mis cosas sobre mi escritorio y cerré la puerta. Mi madre no tenía las mismas reglas que Charlotte, pero por supuesto le aseguraba a ella que jamás nos quedábamos a solas y encerradas en mi cuarto. Caminé de a poco hasta la cama y me acosté junto a mi mejor amiga abrazándola por la espalda. Tenerla así de cerca me hacía sentir tan segura. Tan tranquila. En paz. Y fue así como enterré mi rostro en su nuca y me dormí.

Estaba en la feria, o eso creía, las luces de las atracciones me hacían sentir algo mareada y los sonidos no eran del todo perceptibles. Una mano sostenía la mía y tiraba con fuerza, era Gio. Me miraba con una sonrisa mientras señalaba algo, un lugar. Yo apretaba mis ojos y volvía a abrirlos intentando ver a dónde me estaba llevando, pero no pude hasta que estuvimos debajo. Era la rueda de la fortuna. Gio seguía tirando de mí y sonreía como si no tuviera idea de lo que había pasado.

—No podemos subir, Gio —me frené en seco e intenté detenerla—, no podemos subir.

Ella solo sonreía y seguía tirando de mí, quería que la siguiera.

—Si subimos, vas a morir, no quiero que mueras —supliqué con lágrimas en mis ojos—, no quiero que mueras.

Mis ojos se abrieron de golpe, estaba en mi habitación y Olivia seguía durmiendo a mi lado. Miré la hora: apenas eran las nueve de la mañana. Me coloqué de pie con sumo cuidado y caminé hasta el baño. Necesitaba lavar mi cara, quizás mejor tomar una ducha.

Cuando me quitaba la ropa, no me gustaba mirarme al espejo, ni siquiera me miraba a mí misma. Había una cicatriz en mi costado que iba desde la parte de atrás de mi seno izquierdo

hasta casi alcanzar mi cintura; una segunda que cruzaba en horizontal desde el lado derecho de mi cadera hasta el punto justo bajo mi ombligo; una tercera que iba desde mi rodilla izquierda, por todo mi muslo hasta la cadera y, por último, esa a un lado de mi cabeza que atravesaba por sobre todo mi hueso temporal del cráneo. Esas eran las más grandes, las más notorias. Luego había decenas de pequeñas cicatrices, la mayoría parecía pequeñas marcas de un tono apenas más claro que el de mi piel. Me parecían desagradables, no podía soportar mirarlas. Siempre me desvestía, me bañaba y volvía a vestirme con la mayor rapidez que me permitiera mi actual condición física. Siempre evitando ese choque con mi nueva realidad.

Salí del baño secando mi cabello. Olivia ya estaba despierta y ojeaba algo en mi teléfono. Al verme, lo soltó y se sentó en la cama.

—Te estuve buscando toda la noche —comencé a hablar yo—. Llegué después del amanecer a casa, mi madre me quiere matar.

—Perdí mi teléfono —se disculpó—. Pasó algo y no sabía a quién acudir.

Su expresión era casi ausente, parecía desconectada. Algo no estaba del todo bien. Me acerqué hasta la cama e intenté tomar su mano, pero rechazó el gesto.

—¿Qué sucede? —pregunté asustada.

—Toda la vida los demás te dicen que puedes decidir —comenzó a decir—, creces con la premisa de que la mujer es libre de escoger, ¿sabes? De escoger querer algo o no quererlo, nos dicen que somos fuertes y poderosas, que no estamos obligadas a hacer nada que no nos guste hacer...

—Oli, ¿qué sucede? —Fruncí el ceño, tenía la sensación de que algo terrible había pasado.

—Son basura, ¿sabes? —Me miró a los ojos, los suyos estaban cargados de lágrimas, rojos y completamente hinchados. Tenía ojeras muy marcadas y su rostro estaba pálido.

Levanté mi mano e intenté acariciar su mejilla, pero ella negó con la cabeza. Sabía que si la tocaba, explotaría en llanto, así que me contuve.

—Todo iba bien, pero algo se sentía mal. —Bajó la mirada y guardó silencio unos segundos, luego continuó—. Algo se sentía muy mal y le pedí que fuera más lento, le pedí que bajara el ritmo, que se detuviera un poco, pero no me escuchó. No me escuchó, Nicky, e intenté detenerlo, le rogué que por favor se detuviera y no lo hacía, no me escuchaba. Te juro que luché, por eso me lastimó. Te lo juro, Nicky, no dejé que sucediera.

Tragué con fuerza, no entendía lo que quería decirme. Le pidió que se detuviera. ¿Acaso Marcos había intentado abusar de ella? ¿Era eso lo que me quería decir? Un nudo se me hizo en la garganta y se me revolvió el estómago, quería explotar, había una bomba en mi pecho apunto de hacerlo, pero me contuve, sabía que no era lo mejor para Olivia en ese instante, pero ¿qué debía hacer? ¿Qué debía decir? ¿Cómo consuelas algo como eso?

—Debí escucharte, debí hacerte caso desde un principio y me siento como una idiota por

confiar en él —reprochó con la voz quebrada.

—No, no te atrevas a decir que es tu culpa, por favor —rogué. Me sentía mucho más culpable yo por no haberla buscado bien, por haberme rendido tan fácil. Quería llorar, pero no podía, no podía hacerlo por ella—. Hay que denunciarlo, Olivia.

—¿Y qué diré? Yo fui hasta su casa, yo acepté estar ahí, yo me quité mi ropa —su voz era temblorosa, apenas se dejaba escuchar—, yo fui la idiota que confió en él.

Me rendí ante la desesperación, acerqué mi mano hasta su mejilla y me pegué más aún a su cuerpo. Entonces, noté las marcas un poco más abajo de su cuello. Llevé mi mano hasta el borde de su camisa y la hice a un lado. Toda la zona estaba enrojecida, acercándose a un tono más bien purpura. Luego miré sus manos, ambas muñecas lucían igual de enrojecidas. Mis cejas se unieron en una expresión clara de molestia, él la había lastimado aún más.

—Oli, no, no puedes quedarte callada, no —comencé a decir un tanto exaltada—. Mira todo lo que te hizo.

—No puedo denunciarlo, Nicky, tiene un video. —Su mirada estaba tan ausente como mi autocontrol en ese instante—. Me grabó sacándome la ropa, me dijo que era para él y yo le creí, y luego me amenazó con compartirlo con toda la escuela si yo decía algo de lo que sucedió. Yo perdería mi lugar en el equipo, me expulsarían.

—Pero debemos hacer algo, Olivia —intentaba hacerla razonar.

—Nichole, ¡no! —Su voz fue firme, pero luego comenzó a llorar. Enseguida la abracé y ella se entregó por completo a ese abrazo.

Yo no sabía qué hacer, no sabía cómo actuar a partir de ese punto. Quería ir y matar a Marcos, quería ir y partirlo en mil pedazos, tal como él había partido a mi mejor amiga. Quería humillarlo y hacerlo pagar por todo, pero no era lo más sano para Olivia, sabía que no era conveniente para ella.

—Perdón —rogaba entre lágrimas—, Nicky, perdóname.

—Shh... no pasa nada —la tranquilizaba—, no hay razones para pedir perdón.

Olivia acurrucó su cabeza en mi pecho mientras seguía llorando. Yo peinaba con suavidad su cabello, necesitaba hacerla sentir mejor y no sabía cómo.

—Quédate, ¿sí? Le avisaré a mi mamá, así llama a la tuya —le pedí—. Ahora tengo que bajar, me espera un buen regaño, pero volveré y traeré algo para que comas.

Ella asintió y yo, con todo el dolor emocional que eso implicaba, la dejé sola en mi habitación. Abajo mi madre estaba sentada en el comedor con su computadora y hablando por teléfono. Pensé que lograría librarme, pero enseguida cortó la llamada y se quitó los lentes de lectura para mirarme.

—¿Dónde estabas anoche? —Su tono dejaba en evidencia su disgusto.

—Fui a la fiesta de Laura, pero luego me marché con Jackson —dije la verdad—. Íbamos a

buscar a Olivia. No pude dar con ella y me fui a casa de Jackie para hablar. Me quedé dormida y olvidé avisar, lo siento. —Alguna parte no era cierta, pero mis disculpas sí eran sinceras.

—No me alarmé porque, a pesar de que te llamamos y dijiste que seguías en casa de Laura, confiamos en ti y en que tomas las mejores decisiones —comenzó a decir mamá mientras se colocaba de pie—. Sin embargo, no tolero las mentiras, Nichole Salomé, y tuviste el descaro de mentirnos a tu padre y a mí.

—Lo sé, lo siento, necesitaba... —tomé una larga bocanada de aire. No sabía si decir lo que estaba a punto de decir o callarme. Era mejor hablar—. Necesitaba estar a solas, un momento a solas. Papá y tú están siempre sobre mí y tuve una mala noche y no quería ser interrogada en casa, quería tener privacidad y estar sola.

—Nosotros te damos privacidad, Nichole. —Sonaba lastimada por mis palabras.

—No lo hacen, mamá, no puedo llorar, no puedo sentirme mal, no puedo tener una mala cara porque creen que todo lo que pueda suceder es fatal. A veces solo tengo un mal día, saco una mala nota o me duele la pierna o no estoy de humor, y no puedo decir nada porque creen que voy a morir —al decir eso último me retracté. No debí usar esa palabra.

Mi madre se tomó varios segundos antes de responder. Algunas lágrimas cayeron por sus mejillas e intentó limpiarlas con el dorso de su mano.

—Cuando vimos la noticia ya era demasiado tarde. Vi tu llamada en el teléfono, pero opté por no atender porque siempre sueles llamar para decirnos que todo marcha bien o que tu plan había sufrido algún cambio porque te gustaba mantenernos al tanto y así nosotros te brindábamos esa libertad de la que siempre has gozado. —Respiró profundo, esas palabras parecían pesarle toneladas de culpa—. Me dije a mí misma que te dejaría disfrutar, que seguro mandarías un mensaje y que capaz si yo no atendía te olvidarías un poco de la responsabilidad y disfrutarías más de tu cita. —Hizo una pausa y cerró los ojos con fuerza, luego dirigió su mirada a la mía—. Nos fuimos a dormir temprano, hasta pensé que esa noche tendrías suerte así que era muy probable que no llegaras a dormir.

»Eran las tres de la madrugada cuando el teléfono de casa comenzó a sonar y recién nos avisaban del accidente, ya que alguien en el hospital reconoció entre todas las víctimas fatales a una chica que jugaba fútbol con su hija. Creyeron que eras tú. —Su voz se quebró, quise acercarme, pero mis pies estaban anclados al suelo—. Aún me siento culpable por sentirme aliviada de que fuese Gio, de que no hubieses muerto. Aún me siento culpable porque su madre tuvo que llorar su muerte, pero yo te tengo aquí conmigo. Todo el tiempo que estuviste inconsciente, todas las veces que tuvieron que reanimarte, Nicky, uno no piensa en que un hijo puede morir antes que sus padres, uno los ve crecer y se los imagina graduándose, casándose, teniendo sus propios hijos, así que perdón, perdón por tener miedo de que puedas morir.

—Disculpa —no sabía qué más decir. Sentí que todo lo que sucedía era mi culpa, que no debí

salir esa noche, que debí quedarme en casa, o que quizás no debí aceptar subir a la rueda de la fortuna. Pude haberles ahorrado mucho dolor a mis padres, pude haberle ahorrado mucho dolor a la madre de Gio, incluso pude haberle ahorrado dolor a Olivia. Si no hubiese subido a esa atracción, si jamás hubiese aceptado salir con Gio, Olivia no hubiese corrido a los brazos de Marcos y Marcos nunca hubiese intentado abusar de ella. Era mi culpa. Lo que él hizo era mi culpa.

No pude contenerlo más y me largué a llorar. Me sentía desesperada, mis padres habían sufrido tanto, mi mejor amiga casi había sido abusada por su novio y Gio estaba muerta. Gio estaba muerta y yo solo podía recordar su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo sus manos se aferraban con fuerza a las mías. Los gritos, recordaba todos los gritos y el dolor en mi pecho. No podía respirar, no lograba llenar de aire mis pulmones.

—Hey, hey, hey... —Mi madre corrió a mi lado y me tomó cuando estuve a punto de desplomarme en el suelo. Su contacto era cálido como ese contacto en el hospital, ese que tanto anhelaba sentir.

—¿Por... no... yo... no... perdón, perdón —no lograba articular una frase completa, estaba desesperada y abrumada con todos mis pensamientos— yo... yo... mamá, no... no quise, no quise —terminé por decir y lo repetí incontables veces. No quise, no quise hacerle daño a ninguno de ellos, no quise ser tan idiota como para casi morir, ni tan idiota como para no aceptar que amaba a mi mejor amiga y que ella estaba ahora arriba vulnerada. No quise ser tan idiota como para matar a Gio. Eso era, yo la había matado—. Todo es mi culpa —repetí un par de veces más—, es mi culpa, mamá, perdón.

Mi madre me abrazó con fuerza e hizo que apoyara mi cabeza en su pecho, pero sabía que yo no merecía ese abrazo, no merecía ese amor ni esa preocupación. Yo era una asesina y tendría que vivir el resto de mi vida sabiéndolo.

Capítulo 11

Cuando teníamos cinco años, mi mejor amiga y yo viajamos junto a nuestros padres a un campamento fuera de la ciudad. Era un parque especial para turistas en los que podías aparcar tu casa rodante o instalar tu tienda de acampar y pasar algunas noches. A Olivia y a mí nos encantaba la idea de pasar el día nadando en el lago, saltando desde el muelle con nuestros flotadores, y la noche bajo las estrellas, a la luz de la fogata mientras nuestros padres hablaban y su hermanito menor dormía. Podíamos dormirnos a la hora que quisiéramos y hacer lo que deseáramos, era el paraíso de cualquier niño.

La noche antes de volver ya nuestros padres se habían ido a dormir, pero Olivia y yo decidimos armar un fuerte de sábanas dentro del remolque y pasar la noche contando historias y hablando de cualquier cosa que pudiesen hablar dos niñas de cinco años. Recuerdo que estábamos tristes, no queríamos volver a casa y mucho menos queríamos dejar el lago. Fue cuando se me ocurrió la brillante idea —brillante para tener tan solo cinco años— de ir a nadar solas. Intentamos conseguir los flotadores, pero ya nuestros padres los habían empacado, así que nos aventuramos a hacerlo por nuestra propia cuenta. Recuerdo que esa noche hacía calor, mucho calor, y la luna llena iluminaba con plenitud todo el lago. Le pregunté a mi mejor amiga si estaba lista y me dijo que sí, que si lo estaba yo. Recuerdo haberla mirado, para ese entonces no lo entendía, pero supe que de ahí en más siempre que ella estuviera en mi vida yo estaría lista para todo.

—Tienes que comer algo, Olivia —rogué mientras contemplaba su plato con el desayuno intacto—. Si no comes, mamá se dará cuenta de que algo sucede. Por Dios, solo basta mirarte para darse cuenta de que algo sucede.

—Les diré que terminé con Marcos —propuso. Yo negué con la cabeza.

—¿Acaso eso es cierto? —cuestioné. Ella a duras penas me miró a los ojos.

—No volveré con él si es lo que te preocupa, Nichole. —Su voz fue tajante, bastante agresiva.

—No me preocupa eso, Oli, me preocupas tú —aseguré mientras dejaba el plato de vuelta sobre el escritorio—. Intento cuidarte, ¿de acuerdo? Intento hacer las cosas bien por ti y solo por ti, ¿puedes agradecerlo y ya?

Estaba furiosa, realmente furiosa. Odiaba que Olivia me tratara mal sin ninguna razón. Yo solo estaba ahí intentando apoyarla, pero ella rechazaba cualquier gesto que viniera de mi parte. Tuve que llenarme de fuerza para detenerme y pensar en cómo debía estar sintiéndose ella. Respiré profundo. No sabía cómo lidiar con esa situación, no era algo que te enseñaran en tu casa o en la escuela.

—Lo siento, Oli. —Caminé hasta la cama y me senté frente a ella—. No sé cómo ayudarte,

quisiera hacer más.

—Discúlpame también. —Levantó su rostro para mirarme a los ojos—. No sé cómo se supone que deba sentirme, estoy confundida.

Yo acaricié su mejilla y me acerqué a besar su frente. Ya casi no lograba reconocerla en su mirada, no era mi mejor amiga, no era esa chica cálida y confiada, tierna e inocente. Algo faltaba, algo se había esfumado desde la noche anterior.

—Debo volver a mi casa —dijo colocándose de pie—. Mamá sabe que algo no anda del todo bien, no deja de preguntarme si algo sucedió. ¿Crees que tu madre le haya dicho algo?

—No lo creo —contesté con sinceridad—. Tenías mucho tiempo sin quedarte acá, quizás sea por eso o porque evitas atender sus llamadas. —La miré a los ojos de nuevo—. Oli, ¿no crees que sea buena idea contarle? —solté a sabiendas de que mi pregunta la haría molestar, pero debía correr el riesgo.

Ella subió su mano hasta mi cuello y acarició mi nuca. Luego negó con la cabeza.

—Se volvería loca, lo sabes —afirmó—. Te juro que en este punto solo quisiera huir por un tiempo, irme lejos, pero tengo el atletismo y tantas responsabilidades a las que ya no puedo seguir faltando.

—¿Irás mañana a clases?

—Sí, mi entrenador me llamó y me preguntó por qué no fui hoy, le pedí que no avisara a mi madre, que luego tendría tiempo de explicarle. —Se colocó de pie y comenzó a tomar sus cosas—. ¿Crees que puedas recogerme en el auto de tus padres mañana? No quiero lidiar todo el camino con mi madre o la tuya, se darán cuenta.

—Oli, no manejo desde... —Suspiré. Ni siquiera sabía si mi cuerpo estaba listo para conducir un auto, aunque podía intentarlo por ella—. Bueno, lo haré. Te busco temprano.

Olivia me dio un beso fugaz en la frente y se retiró. Yo respiré profundo y me acosté sobre ese lado de la cama donde antes descansaba ella. Aún tenía su aroma, ese que me embriagaba por completo.

Aquella noche en el parque mis padres nos encontraron a tiempo, ya que de haber saltado, nos hubiésemos ahogado las dos. Apenas nos retaron, ellos estaban más preocupados en hacer chistes sobre lo inseparables que éramos y sobre el hecho de que estábamos locas por intentar hacer algo como eso. Decían una y otra vez que de seguro teníamos un futuro lleno de problemas que nosotras mismas ocasionaríamos y que tuviéramos suerte para salir de ellos. Siempre pensé que esos problemas no serían más que conducir ebria, copiarme en un examen, escaparme a una fiesta, no quedar casi lisiada por caer desde una rueda de la fortuna a la que subí por ser lesbiana —que no va al caso mi orientación sexual, pero quería dramatizar—.

Mi madre no tardó en subir a la habitación luego de que Olivia se marchara y yo no podía negar que ella era muy difícil engañar. Como siempre, traía una taza de algún té en sus manos,

del cual bebió un sorbo para luego dejarla sobre el escritorio.

—Dame una muy buena razón para no llamar a Charlotte —rogó.

—¿Puedes confiar en mí? —pregunté con súplica—. Es complicado y en este instante necesitamos privacidad.

—Nicky, solo dime la verdad. ¿Olivia se enamoró de ti? —soltó como una bomba. Yo no pude evitar reír frente a su rostro de horror, era un tema que en verdad le preocupaba.

—Mamá, Olivia es demasiado heterosexual como para enamorarse de mí —contesté. No era cierto, yo aún no sabía qué significaban esos besos que nos habíamos dado.

—Sí, pero... ¿Por qué está así? —siguió indagando, esta vez acomodándose en la silla frente a mi escritorio.

—Terminó con su novio, el idiota, que como era un idiota le hizo daño. —Sonreí a medias, una sonrisa bastante mal fingida—. Solo está despechada, mamá.

Ella analizó por varios segundos mi respuesta. Asintió con precaución.

—Y tú, ¿qué sientes respecto a eso? —preguntó cual psicóloga.

—Pareces terapeuta —me burlé y mi madre no pudo evitar reír, pero se mantuvo callada esperando mi respuesta, no tuve opción—. ¿Soy tan obvia? —me dejé vencer.

—Te gusta Olivia desde que tienes como doce años, lamento que no te dieras cuenta antes —me confesó, lo cual me hizo quedar en shock—. Llorabas desconsoladamente cuando a Olivia le gustaba algún niño, querías estar siempre a su lado y tu manera de mirarla, de tomarla, de quererla. Toda esa manera que has tenido de cuidarla, eso es amor, hija.

—Pero eso nunca va a pasar, mamá. —Suspiré frustrada y mi voz tembló apenas un poco—. Yo respeto mucho a Charlotte y a Cristóbal y, además, Olivia no me haría caso jamás. A donde mires hay un obstáculo que es mejor no enfrentar.

—Lamento mucho tener que estar de acuerdo contigo. —Sonrió de medio lado—. Sé cuánto te duele, pero es lo mejor para ustedes y para nuestras familias.

Mi madre guardó silencio un largo rato, yo quería aportar algo más, pero no sabía qué. Tenía más ganas de llorar que otra cosa. En ese instante, la puerta de abajo sonó. Habíamos sido salvadas por mi padre que volvía del trabajo.

—Llegué, preciosas —saludó desde el living. Mi madre sonrió y se me adelantó para ir a su encuentro. Yo, por mi parte, preferí esperar a que él subiera.

No dejaba de pensar en Olivia, ni en su problema, ni en ella de ninguna manera. Tomé mi teléfono, ya que sentía la necesidad de escribirle.

Yo: ¿Llegaste a casa?

Oli: Sí, le dije que llenábamos solicitudes de universidades. Se lo creyó.

Yo: Yo ni siquiera sé a dónde solicitar, no tengo oportunidad de nada.

Oli: ¿Crees que jamás volverás a jugar?

Yo: No lo sé, el doctor fue claro, mi movilidad sigue reducida y tuve una lesión importante en mi pierna y en mi cadera. Dice que una segunda lesión por mínima que fuera, podría ser definitiva.

Oli: Jamás fuiste de rendirte.

Yo: Es porque nunca antes tuve miedo.

Oli: ¿Y ahora?

Solté un largo suspiro.

Yo: Ahora solo recuerdo su rostro todo el tiempo, recuerdo cuando caíamos, cómo sostenía mi mano.

Oli: ¿La extrañas?

¿La extrañaba? Esa pregunta generó un vacío en mi pecho y un nudo en mi garganta. ¿La extrañaba?

Oli: ¿Sigues ahí?

Yo: Sí, estaba pensando. No sé si la extraño, pero cada vez que pienso en ella me duele el pecho. Me duele que ya no esté, siento que no fue justo. ¿Por qué ella y no yo?

Oli: No digas eso, no podría soportar perderte.

Yo: De todas maneras, fue como si hubiese muerto, ¿no? No me hablas, no me miras, es como si ya no fuésemos amigas, ni conocidas, ni nada. Como completas extrañas.

Silencio, solo hubo silencio. Olivia no contestaba y empecé a cuestionarme el hecho de haberle dicho todo eso. Quizás no era el momento ni la forma de hablarlo, pero es que ya ella jamás me hablaba y no sabía cuándo más podría hacerlo.

Yo: ¿Oli?

Oli: Es complicado.

Yo: ??? Casi muero y tú jamás contestaste un mensaje, te rogaba que lo hicieras. ¿Para quién fue complicado?’

Sentía mi corazón romperse de nuevo. Era como si una mano inmensa lo tomara y lo apretara con fuerza.

Oli: No quiero hablar de esto ahora.

Estaba molesta, demasiado para ser claras, pero aun así opté por no responder nada más. Olivia y yo siempre estuvimos juntas, en las buenas, en las malas y en las peores. Era mi mejor amiga, lo fue toda la vida y, a pesar de sentir que ella me había dejado sola, decidí que ese era su momento de estar mal y que yo estaría para cuidarla.

Oli: Sé que debió dolerte mucho, pero yo también estaba destrozada, pensé que iba a perderte. No te imaginas todos los temores que enfrenté, no haber hecho lo suficiente, no haber vivido lo

suficiente, no haberte dicho todo lo que siempre quise decir.

¿«Todo lo que siempre quise decir»? Esa última frase quedó dando vueltas en mi cabeza, hasta que un fuerte trueno me hizo desviar la atención hacia mi ventana. Afuera la lluvia comenzaba a caer torrencialmente, empezaba a hacer mucho frío. Me coloqué de pie para tomarme un analgésico; por lo general, el frío me causaba bastante dolor.

—Hija, ¿cómo estás? —preguntó la voz de mi padre que se asomaba por la puerta de la habitación.

—Agotada —contesté al instante—. Estuvimos Oli y yo todo el día hablando, creo que fue emocionalmente desgastante. —Le regalé media sonrisa, algo forzada.

—¿Al fin? —preguntó arqueando sus cejas con expresión de sorpresa.

—¿Al fin qué? —pregunté confundida mientras tomaba algo de agua para pasar la pastilla.

—No, nada. —Movi6 sus manos para desentenderse de lo que acababa de preguntar—. Saldremos a cenar, ¿quieres venir?

—No, no hoy —me disculpé—, creo que hoy necesito quedarme a descansar.

—Está bien —se acercó a besar mi frente—, te vemos en un rato. Te amo.

—Te amo, papá —respondí con una sonrisa y esperé a que se marchara para volver a mi cama. Mi teléfono sonó, había olvidado que hablaba con Olivia.

Oli: No eres la única que siente miedo.

Yo: Tienes razón, pero una cosa es tener miedo y otra es ser cobarde.

No sabía por qué lo dije, solo lo dije. Dejé mi teléfono a un lado y encendí la televisión para buscar cualquier cosa que solo hiciera ruido. No quería pensar en Olivia, ni en el accidente, ni en el fútbol, ni en la universidad. No quería pensar en nada ni en nadie, pero aun así había algo que no dejaba de dar vueltas a mi cabeza. Mi mejor amiga me había dicho que yo jamás había sido de rendirme y era cierto, era demasiado persistente y jamás desistía cuando quería algo. ¿Por qué ahora? Mis terapias físicas iban bien, el camino era cuesta arriba, pero lograrlo no era imposible. Solo había un paso que sabía que debía cumplir para poder salir adelante, pero me costaba trabajo admitirlo, era un paso que no quería dar, que había estado evitando hasta ahora. Sentarme frente a un extraño y hablar de lo que sucedió. Si abría esa puerta, ¿cómo se suponía que detendría esa avalancha? Pero ¿por qué rendirme ahora? La frase que recién le había lanzado a mi mejor amiga me golpeaba a mí con fuerza: estaba siendo cobarde.

Capítulo 12

Jamás había corrido por treinta días seguidos sin detenerme, pero estaba segura de que debía sentirse como me sentía en ese instante. Estaba por terminar la última terapia de la semana, comencé a esforzarme un poco más, a exigirme de nuevo y no conformarme tan solo con lo básico necesario para recuperar por completo la movilidad. Quería también recuperar mi destreza, mi fuerza y mi velocidad. Me costó trabajo convencer a mis padres y, por si fuera poco, también a mi doctor, que nada tenía que ver con mi decisión. Comenzamos un programa de rehabilitación para atletas de alto rendimiento que no solo incluía un esquema físico, sino también nutricional y psicológico.

—Muy bien, Nicky —me felicitó mi fisioterapeuta mientras me ayudaba a levantarme de la alfombra en la que realizaba mis últimos estiramientos—. Tus músculos están respondiendo bastante bien, tu movilidad ha mejorado significativamente. ¿Cómo vas con el dolor?

—Bien —mentí. Dolía un infierno, pero temía que si llegaba a decir algo frenarían todo el proceso—. Duele un poco, lo normal, pero bien.

—¿Qué es lo “normal”? —preguntó riendo a la vez que me entregaba mi termo con agua y una toalla para secarme el sudor.

—Me cayó una rueda de la fortuna encima —sonreí de medio lado—, nada se compara con ese dolor, me duele lo normal. Lo que solía dolerme cuando tenía mucho tiempo sin hacer ejercicio y luego retomaba los entrenamientos.

—¿Es muscular? —siguió indagando. Yo solo quería dejar de hablar al respecto.

—Sí, más que nada muscular —volví a mentir. En ese punto ya no sabía si era muscular, articular o emocional.

—¿Estás trotando? —preguntó ahora cambiando el tema.

—Sí, todos los días. Manteniendo la distancia y tratando de mejorar el tiempo, sin presionarme —tomé un sorbo de agua y seguí—, tal como me indicaron.

—¿Y cómo vas con eso? —Parecía realmente interesado, así que seguí contestando a sus preguntas con la mejor disposición.

—No he mejorado el tiempo, pero sí he mantenido la distancia —bromeé—, sin presionarme.

Julio acarició su barba pelirroja bien conservada y luego se cruzó de brazos. Mantenía un silencio un tanto incómodo, yo esperaba que dijera algo más.

—Te veré el lunes —terminó por decir antes de regalarme una sincera sonrisa. Yo hice lo mismo y me marché.

Yo jamás había corrido por treinta días seguidos sin detenerme. Había hecho maratones de poco más de cuarenta kilómetros y para ello estaba meses en preparación. Al terminar las carreras siempre había dolor, mucho dolor, cansancio, calambres, había tantas cosas negativas que lograban opacarse por la satisfacción de haberlo logrado, pero no era eso lo que sentía con mi psicólogo. Con mi psicólogo me mantenía corriendo incluso después del día treinta y había dolor, y había cansancio, y sentía que cada paso que daba para acercarme a una meta que hasta ahora parecía inexistente podría ser el último que pudiera dar.

—¿Cómo estuvo tu semana? —me preguntó Ramsés con su característica seriedad. Yo evitaba mirarlo, se suponía que iba ahí para hacerle frente a lo que me causaba ansiedad, pero nada me causaba más ansiedad que estar ahí.

—Bien, me fue bien en los exámenes y la fisioterapia va al ritmo esperado. —forcé una sonrisa aún con la mirada gacha, con él solo hablaba de esas partes de mi vida y poco tocaba el tema del fútbol, o de Olivia. Estaba evitando tocar los límites de aquello que me causaba tanta angustia, evitaba acercarme a ese precipicio del que sabía que, de caer, no sería sencillo volver a salir.

—¿Cuándo es tu próximo partido? —arrancó desde la raíz.

Mi cuerpo se tensó ante su interrogante. Pude sentir cómo los músculos de mi espalda se pusieron rígidos y cerré con tanta fuerza mis manos que comenzaron a doler. Él lo notó, pero guardó silencio. Mi próximo partido, un partido en el que aún no iba a poder jugar, un partido que me volvería a recordar todo lo que perdí, que me recordaría a Gio. Y sí, ahora estaba trabajando en regresar, pero jamás iba a poder recuperar todo el tiempo que estuve fuera, y aún existía la posibilidad de que no pudiese lograrlo. Empecé a frotar mis manos una contra la otra y tragué con fuerza. Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos y vi su rostro, su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío. Llevaba más de treinta días corriendo, llevaba meses haciéndolo y sentía que no me podía detener.

El resto de la terapia transcurrió en silencio, así lo preferí yo y así lo respetó Ramsés. No quise hablar de nada más, no quise decir tan siquiera una palabra porque sentía que cualquier cosa que saliera de mi boca iba a hacerme explotar en lágrimas. Al terminar, tomé mis cosas y me marché con rapidez. Estaba apurada, pero no estaba segura de si quería volver rápido a casa o si solo deseaba salir rápido de ahí.

Por suerte, ese día era el cumpleaños de Oliver e íbamos a cenar todos a un restaurante conocido. Era lo que necesitaba en ese momento, a mi familia. Amaba a Oliver, era lo más parecido a un hermano que tenía, pero también era mentira que necesitaba compartir solo con él. Quería ver a Olivia, quería ver a esa chica que me electrizaba el corazón.

Olivia y yo hablábamos mucho más desde que Marcos hizo lo que hizo. Mi mejor amiga necesitó un lugar en el cual refugiarse y sentirse segura y yo hice mi mayor esfuerzo para convertirme en eso que ella tanto necesitaba. Nos acercamos de nuevo, pero no era lo mismo,

ninguna de las dos lo era para ese entonces. Cada una se encontraba afrontando un desafío distinto, solo que ahora nos teníamos la una a la otra para hacerlo juntas. No era sencillo, mi terapia estaba removiendo asuntos que yo deseaba mantener enterrados bajo tierra, y Olivia vivía en un estado permanente de alerta. Sus pesadillas nocturnas ahora acompañaban a las mías y más de una madrugada nos encontramos escribiéndonos mensajes o haciéndonos llamadas que se extendían hasta el amanecer.

Ese día opté por verme bien, quería verme bien para ella, algo muy dentro de mí deseaba que Olivia pusiera su atención en mí esa noche, fantaseaba con ser lo suficientemente linda para que pudiera mirarme, para poder gustarle.

Me coloqué un vestido casual de color blanco, ajustado en el torso y suelto en la falda. Una falda que llegaba a la mitad de mi muslo y que mi padre iba a odiar. Aún no me animaba a usar zapatos de tacón, temía que la lesión necesaria de la que hablaba el doctor me la hiciera caminando, así que me coloqué unas zapatillas amarillas, amarillas y seguras. Ese día me maquillé, llevaba tiempo sin hacerlo, pero nada tan elaborado. Un maquillaje más bien ligero que me otorgara un mejor semblante. Estaba ansiosa por ir y verla, estaba ansiosa porque ella me mirara a mí.

—¿Estás lista? —preguntó mi madre asomando su cabeza por la puerta de mi habitación a la vez que yo me daba un último vistazo en el espejo. Entonces, vi mi cicatriz.

—No —respondí con voz algo temblorosa—, dame un segundo. —Me acerqué a la puerta y cerré de un golpe. Mi mandíbula temblaba y el llanto amenazaba con salir.

Quería verme bien para Olivia, pero jamás me vería bien con esa cicatriz atravesando mi muslo, jamás me vería bien con todas esas marcas en mi cuerpo. En un impulso, comencé a despojarme del vestido con desesperación. Necesitaba quitármelo, necesitaba colocarme algo que no mostrara ese lado de mí, ese lado con el que no estaba cómoda. Recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo su mano se sujetaba con fuerza a la mía. Recordé lo gritos y el dolor, ese dolor en mi pecho. Me sentía ahogada, no podía respirar.

Mi madre tocó la puerta con insistencia, lo que me hizo reaccionar. Ya me había sacado el vestido por completo, estaba un poco despeinada, era algo que podía arreglarse, pero no tenía ganas de hacerlo. Ya no quería verme linda, ya no quería vestirme bien. Me puse el primer pantalón de jean que saqué del clóset y una blusa beige y holgada, retoqué el maquillaje tan solo para evitar preguntas y me dispuse a salir de mi habitación.

—¿Y el vestido? —preguntó mi madre con algo de preocupación—. Te veías hermosa.

—Era demasiado —mentí, o quizás no. Para mí era demasiado exponer mis marcas—. Así estoy mejor.

En todo el camino guardé silencio, incluso opté por colocarme los auriculares y fingir que escuchaba música para no tener que participar en la conversación de mis padres. Ellos hablaban

sobre la próxima exposición en la galería de mamá, faltaba poco tiempo así que los nervios estaban de punta.

El restaurante estaba lleno de gente como solía estarlo siempre, pero ya nuestra mesa había sido reservada. Una mesa circular en la terraza donde la iluminación era tenue y el ambiente estaba decorado con pequeñas palmeras. Olivia, Oliver y sus padres ya nos esperaban, todos lucían muy bien, pero aún más Olivia. Se había colocado un vestido corto con encaje de color salmón, zapatos de tacón y un maquillaje simple, aunque hermoso. Sus ojos se clavaron en los míos y yo no me sentí linda, sino más bien como un pez fuera del agua, como si tampoco encajara en ese lugar. Deseé haberme arreglado mejor, haberme esforzado más. Deseé no tener esas cicatrices que me obligaron a cambiar mi atuendo.

—Hola —me saludó Olivia solo a mí luego de que yo felicitara a su hermano. Me sonreía de manera genuina y eso me hizo sentir mariposas en el estómago—. ¿Cómo te fue en la fisioterapia?

—Bien —respondí con una sonrisa igual de sincera—. Estás muy linda.

Me arrepentí apenas lo dije, mis mejillas comenzaron a arder y ella tomó su teléfono sin contestar a mi halago. Lucía incómoda y me sentí culpable por ello.

—La semana que viene hay partido, ¿no? —me preguntó Charlotte antes de tomar un sorbo de vino blanco—. Me dijo Olivia que estarías como refuerzo.

—Sí, mi médico dice que aún no estoy lista para volver a la cancha, pero mi psicólogo afirma que es bueno comenzar a acercarme de nuevo al equipo, así que estaré en la banca —contesté desviando la mirada de Olivia y dirigiéndola a su madre.

—Y, ¿cómo te sientes con eso? —preguntó de vuelta. Yo no sabía qué decir. No estaba muy segura de lo que estaba sintiendo, no sabía cómo me iba a sentir ya estando en el lugar. No tenía ninguna respuesta para ella.

—Mamá, creo que es hora de darle su regalo a Oliver —interrumpió Olivia. Asumí que se había percatado de mi incomodidad.

—Por supuesto que sí —dijo Charlotte sacando un sobre de su bolso y entregándosela a su esposo.

Él miró a su hijo con una sonrisa en el rostro, todos hicimos lo mismo, expectantes. Oliver tomó el sobre con rapidez y lo abrió sin pestañear, con cierta desesperación.

—¡No puede ser! —gritó y el resto del restaurante se giró a vernos.

Del sobre dejó caer unas llaves. Eran las llaves de un auto. Al fin cumplía dieciséis así que ya tenía edad para sacar su registro. Sus ojos se iluminaron y se levantó para abrazar a su padre y luego a su madre.

—Muchas gracias —no dejaba de repetir.

—No podemos competir contra eso —bromeó mi padre mientras le entregaba una pequeña

cajita envuelta de manera prolija en papel de regalo rojo. No era nada como las llaves de un auto, pero sí entradas para un recital de su banda favorita. Dentro de unos meses se presentarían en la ciudad y mis padres nos compraron entradas a los tres para que asistiéramos juntos.

Oliver siguió repartiendo abrazos por el resto de la mesa, estaba feliz con ambos regalos y eso nos hacía felices a todos.

La cena estuvo bien, aunque yo apenas toqué mi plato. No tenía apetito esa noche, no tenía ganas de nada. Solo contaba los minutos para volver a casa y acostarme a dormir. No dejaba de pensar en todo: el fútbol, el colegio, en las terapias, en si estaba lista o no para enfrentarme a la banca, a un partido. En Olivia, no dejaba de pensar en Olivia. Llegó la hora del postre, el famoso tiramisú. Todos estaban distraídos y yo me sentía más que abrumada, los sonidos en el ambiente me parecían demasiado intensos, la cantidad de gente era asfixiante y los movimientos me aturdían. Tuve que pedir permiso para ir al baño y así tomar un respiro.

No caminé, sino que corrí hasta el lavabo y mojé mi cara con agua helada. Necesitaba sentir algo en mi cuerpo, algo que me recordara que seguía viva y que no había sido absorbida por esa bestia que seguía creciendo en mi interior.

Respiré hondo varias veces. Evitaba mirarme al espejo pues temía lo que pudiese encontrar, solo dejaba correr el tiempo cuando mi mejor amiga entró.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia angustiada una vez que me alcanzó hasta el baño y pasaba el seguro de la puerta.

—Nada —mentí—, estoy cansada.

—Puedes decirme —insistió—, no estás bien, se ve a kilómetros. ¿Qué sucede?

Ni siquiera la miré, no podía. Intenté pasarle a un lado para salir del lugar, pero Olivia fue rápida y tomó mi brazo con fuerza para tirarme hacia ella. Su cuerpo quedó muy cerca del mío y su boca casi impactó con la mía.

—Tú me importas —declaró con firmeza—, y me importas mucho, quiero poder ayudarte como tú me has ayudado a mí.

Intenté zafarme de su agarre, pero su mano se mantuvo firme alrededor de mi brazo. Quise decir algo, pero no tuve tiempo.

Sus labios se unieron a los míos y me besó. Me besó de la manera más suave y perfecta del mundo y esa vez sí la correspondí. Hacía mucho tiempo que esperaba que volviera a suceder, pero no me bastaría solo el beso y fui por más. Coloqué mis manos en su cadera y la empujé contra la puerta. Necesitaba mantener ese momento tanto como fuese posible. Podía sentir su respiración agitarse, sus manos subieron a mi cuello para luego sujetarme de la nuca, tiraba de mí con tanta insistencia que era absurdo negar que lo quisiera, que me quisiera. No pude contenerme por mucho más tiempo y metí mis manos bajo la falda de su vestido. Fue justo cuando me detuvo y comenzó a empujarme.

—No, no, no —comenzó a repetir—. ¡No!

—Hey, hey, calma —supliqué levantando mis manos en señal de redención—. Disculpa, no quise sobrepasarme.

—No puedo hacerlo, Nicky, no puedo —dijo para concluir y luego se marchó del baño dejándome sola.

No la seguí, le di tiempo y me di tiempo a mí para entender lo que había pasado. Sin dudas, ese fue el mejor beso que había dado en mi vida, pero la sensación que dejaba Olivia cada vez que se marchaba podía borrar cualquier ápice de satisfacción y no dejaba más que un desagradable y puntiagudo dolor.

Todos recogían las cosas cuando volví a la mesa, ya era tarde y era hora de marcharnos a casa. Olivia intentaba actuar como si nada hubiese sucedido, pero aun así pude notar la incomodidad en su rostro y por esa razón mentí sobre sentirme muy cansada y querer irme a casa para poder dormir y así no tener que ir a la suya a cantarle el feliz cumpleaños a Oliver.

En todo el camino no pude dejar de pensarla, de pensar en ese beso ni de debatirme en si debía escribirle o no. No entendía sus movimientos tampoco. Olivia me tenía muy confundida y necesitaba aclarar mi mente antes de enloquecer.

Yo: Necesitamos hablar.

Pensé que no respondería, pero lo hizo de inmediato.

Oli: Perdón, no debí.

Yo: Basta de decir eso, quiero saber por qué lo hiciste. No te sentías nada disgustada cuando me besabas.

Oli: No sé qué siento, Nicky, estoy muy confundida, creo que me gustas. ¿Es eso lo que querías leer?

Sí, evidentemente le gustaba, sino, no me besaría cada vez que quedábamos a solas, pero ¿era solo eso?

Yo: Es algo más que nada. Pero ¿por qué reaccionaste así? ¿Es por lo de Marcos?

No sabía si debía preguntar, mucho menos si esa era la manera más adecuada, pero existía dentro de mí un sentimiento de culpa de la que no lograba despojarme. ¿Sería que yo también me había sobrepasado? ¿Le habría hecho daño sin darme cuenta?

Yo: ¿Hice algo mal?

No hubo respuestas, estaba en línea, había leído mi mensaje, pero optó por no responder. Yo le di su espacio, entendía que lo necesitaba. Olivia había vivido toda su vida bajo la heteronormalidad impuesta por sus padres. Su sueño era casarse con un príncipe y en su mundo ser homosexual no era algo que pudiese aceptar para sí misma. Suspiré frustrada, pero luego pensé en otras de sus palabras. «Creo que me gustas». En mi estómago revolotearon al menos una docena de mariposas, todas ansiosas por salir. Mi corazón comenzó a latir con más rapidez,

pensé en ella, en sus ojos, en ese beso que nos dimos. Pensé en ella y todo mi mundo se puso de cabeza. Tenía mucho más de treinta días corriendo, pero ahora no interesaba.

Capítulo 13

Tenía siete años cuando gané mi primer campeonato de fútbol. En el último partido alguien pateó mi rodilla, sin querer por supuesto, y logró lesionarme. Fue una lesión inofensiva, pero que me mantuvo fuera de la cancha por un par de semanas. Recuerdo llorar con mi madre y con mi padre todos los días, les rogaba que por favor me dejaran entrenar, que por favor me permitieran al menos jugar a la pelota en el jardín. Usaba frases como «Es el fin de mi vida», «¿Para qué me tuvieron si no me van a dejar ser feliz?», y cualquier otra frase llena de dramatismo infantil. No pude evitar sonreír para mis adentros al recordar toda aquella eventualidad mientras ajustaba mis medias.

Ese día decidí usar calzas bajo mi uniforme. Aún no estaba lista para mostrar mis cicatrices y no tenía la certeza de que fuese a estarlo alguna vez. Mis zapatos estaban tan limpios que, de no ser por las pequeñas roturas producto de tantos partidos disputados, daban la impresión de estar nuevos. Había una sensación en mi pecho que no podía ignorar, no importaba cuánto lo intentara. Tenía un nudo en la garganta y mi corazón iba rápido, muy rápido. Mis manos sudaban frío, estaba asustada y muy nerviosa. Estaba tan asustada como lo había estado en el primer partido que jugué en la liga estatal cuando tenía trece años. Toda la multitud, los ojos puestos sobre mí.

—¿Estás lista? —me preguntó la entrenadora mientras se colgaba el silbato al cuello. Yo la miré distraída y asentí con la cabeza—. Es temporal, Nicky, hay que hacer esto para que pronto puedas volver a la cancha.

—¿Y si no puedo? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Y si no logro volver a jugar?

—Podrás —me aseguró, no había un ápice de duda en su voz—. Eres un fenómeno cuando el balón llega a tus pies y eres una guerrera. Vas a lograrlo.

Yo llené de aire mis pulmones y luego lo solté poco a poco. Mi corazón no dejaba de correr y mis pensamientos se esforzaban por alcanzarlo. Las demás jugadoras ya habían salido de los vestidores hacia la cancha, pero yo no, mis pies seguían clavados al suelo y mi cuerpo parecía estar anclado al banco.

—Vamos, no puedes tener tanto miedo por una banca —bromeó la voz de Olivia desde la puerta de los vestidores.

Algo en la melodía de su voz me hizo relajar los músculos del cuerpo, me sentí un poco más aliviada y mis pulmones parecieron recordar cómo era que se respiraba de manera uniforme.

Desde que me confesó que le gustaba, o que al menos creía hacerlo, no volvimos a tocar el tema, pero tampoco fue necesario. Yo entendía que todos teníamos nuestros propios tiempos y por eso trataba de respetarla. Yo la tuve fácil, por así decirlo, lo supe desde muy pequeña y por

muchos años me fui construyendo en base a lo que conocía de mí. Cuando finalmente salí del armario, mis padres me apoyaron y el entorno fue todo menos hostil, pero lo más importante era que yo ya no tenía dudas, sino certeza de quien era. Olivia no había tenido eso. Olivia se construyó creyendo que conocería a su príncipe azul, en masculino, y ahora debía ser un manojo de preguntas que solo se podrían responder con tiempo.

—No sé salir ahí sin pensar en el accidente —confesé sin mirarla—. Pienso en Gio y en lo injusto que resulta que yo pueda y ella no. Ese también era su lugar.

—Gio jamás se hubiese permitido que te detuvieras por ella —afirmó. Tenía razón, pero no por eso me sentía menos culpable—. Creo que la cosa más importante en su vida era el fútbol, así como en la tuya, y creo que estaría muy molesta de ver que lo dejas a un lado.

—¿Mis padres están afuera? —le pregunté curiosa, ahora sí mirándola a los ojos. Su mirada estaba llena de compasión.

—Los míos también vinieron. —Sonrió y dio algunos pasos hasta quedar frente a mí—. Hazlas pedazos.

—Sí, gritaré más fuerte que nadie desde el banquillo —bromeé—. Quedarán tan aturcidas que no podrán ni patear el balón.

Olivia no pudo evitar reír, una risa hermosa. Luego relajó su expresión y extendió su mano para tomar la mía.

—Un paso a la vez —dijo con un tono de voz cálido que me hizo sentir segura.

—¿Qué pasa si tengo otro de esos... —dudé, no sabía cómo explicarlo, algo en mí tenía vergüenza de admitir lo que me sucedía—, ya sabes..., episodios?

—Te prometo que si eso pasa, estaré ahí para contenerte —dijo finalmente y se acercó para unir nuestros labios en otro de esos besos perfectos.

Yo me sentía viajar por el espacio, amaba lo que Olivia causaba en mí, era como si una llama se encendiese en mi interior y nada pudiese apagarla y es que, de todas formas, no quería hacerlo. Me acerqué más a su cuerpo y la tomé de la cintura para mantenerla cerca de mí. No quería que se detuviera, deseaba que durara para siempre, pero hasta las historias más felices tienen su final. Mi mejor amiga se alejó apenas un poco con sus ojos aún cerrados. Respiraba un poco agitada y su pecho subía y bajaba con algo de furia.

—¿Qué significa esto? —le pregunté en apenas un susurro, tenía miedo de su respuesta, pero necesitaba reducir la incertidumbre.

—No lo sé —confesó sin alejarse. Sus manos seguían detrás de mi cuello y ese roce me erizaba la piel—. Cada vez que estoy cerca de ti... no sé explicarlo, pero no quiero alejarme jamás.

—Pero Oli... —mi voz temblaba como resultado de lo que estaba a punto de decir—, tus padres...

Ella me soltó de inmediato y tomó distancia, una que sentí como un abismo entre nosotras. La

verdad era que no importaba cuánto quisiéramos estar juntas, o al menos intentarlo, nuestras familias jamás iban a permitir algo como eso.

—Lo sé. —Su voz se apagó—. Luego hablaremos de esto, ve a defender tu banca —me regaló una sonrisa un poco forzada y se colocó de pie—, estaré mirándote solo a ti —terminó para marcharse.

Yo me tomé un par de minutos más, necesitaba canalizar todas mis emociones de ese momento. Por un lado, me sentía feliz de volver a aquello que tanto me gustaba, a eso que me identificaba y, por el otro, sentía culpa de hacerlo sin Gio, pero más que nada tenía miedo, miedo de que todo el esfuerzo que estaba llevando a cabo no diera resultados y yo no fuese más que esa joven que tuvo un accidente fatal y vio su futuro desmoronarse, porque eso era lo que solía decir la gente: «Qué lástima, tenía tanto futuro». ¿Y si tenían razón? ¿Y si no lograba superar ese obstáculo?

—¡Di Lorenzo! —gritó mi entrenadora desde la puerta haciéndome sobresaltar—. A la formación.

Tragué con fuerza, era momento de enfrentar la verdad.

Por lo general, las luces blancas e incandescentes de la cancha no me molestaban, pero esa vez era distinto. Me sentía una hormiga bajo la lupa, una a la que los rayos del sol comenzaban a quemar, pero no solo eran las luces, sino también las miradas, esas miradas curiosas sobre la chica que sobrevivió al accidente. Eso me hizo sentir de nuevo como si estuviera en el lugar equivocado. Comencé a sentir que ya no pertenecía ahí, que ese no era más mi futuro y entre más lo pensaba más se quebraba algo en mi interior. Un nudo se me hizo en la garganta, era momento de sentarme, pero ese ya no era más mi sitio, o eso pensaba. Miraba a la banca y luego a todo el público, pensaba en Gio, en el accidente y recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío. No podía, no podía hacerlo sin ella. Mi entrenadora se acercó apenas vio mi cara de espanto, pero no dejé que me tocara, solo corrí fuera de ahí.

Una vez de regreso a los vestidores, comencé a dar vueltas sobre mis propios pies, no dejaba de pensar en el rostro de Gio, en sus manos sujetándome con fuerza, no dejaba de pensar en la caída y aquello que apretaba contra mi pecho, eso mismo que no me dejaba respirar. Me sentía ahogada, atrapada. De un momento a otro empecé a golpear con fuerza los lockers, tan duro que mis manos comenzaron a doler, pero no me importó, lo merecía, merecía todo ese dolor. Seguí, seguí por tanto tiempo que mi cuerpo dejó de responder y se dejó caer de rodillas al suelo. Mis lágrimas cubrían toda mi cara y ya la voz no me daba para seguir gritando.

—¡Nicky! ¡Nichole! —gritaba Olivia mientras corría hasta mí. Sus brazos me sujetaron con fuerza y me obligaron a permanecer entre ellos—. Estoy aquí, estoy aquí —susurraba con sus labios contra mi cabello—. No estás sola.

—¿Qué me está pasando, Oli? ¿Qué está mal conmigo? —No podía parar de llorar, sentía que

estaba dañada, que estaba rota y que no había manera de repararme.

—Vamos a salir de esto —seguía diciendo ella para tranquilizarme—, te lo prometo.

El tiempo pasó lento, o eso sentí yo. Cuando atraviesas emociones tan intensas, cada segundo es una eternidad, cada minuto es un martirio y cada día es un infierno. No fue sino hasta que el silbato final del partido se dejó escuchar cuando Olivia me ayudó a colocarme de pie. Yo tenía mis manos hinchadas por los golpes y me dolían al cerrarlas y abrirlas, mi cara era un desastre por haber estado llorando y mi cabello estaba despeinado. Mi mejor amiga me llevó hasta las duchas y me ayudó a lavarme la cara. No tenía fuerzas ni energía ni ganas para hacerlo sola.

—¿Has hablado esto en terapia? —preguntó tocando una fibra sensible en mi interior. Yo no estaba loca, no necesitaba hablar nada de eso en terapia.

—¿Le has contado a alguien lo que hizo Marcos? —contraataqué. Ella tragó fuerte, pero decidió no responder, siguió haciendo lo suyo en silencio.

El resto del equipo entró en un silencio casi sepulcral. Habían perdido el partido, de eso no tenía dudas, y yo por alguna razón sentí que era mi culpa. Sí, era absurdo, pero me sentía responsable de la derrota.

—¿Te quieres ir? —preguntó Olivia mientras regresábamos a la zona de los casilleros.

—No, estoy bien —mentí y forcé una sonrisa que no fue más que una mueca.

—¿Estás segura? Estás... destruida —bromeó. No pude evitar soltar una risita sincera.

—Gracias —respondí con ironía y ella se acercó a besar mi frente y luego a darme un abrazo.

Algo en ese abrazo me hizo sentir tranquila una vez más. Olivia, por alguna razón, me daba la fuerza que necesitaba para levantarme de nuevo, pero no sabía si eso sería suficiente para toda la vida. Tenía miedo de que en algún punto aquello no pudiese repararse con su abrazo, con su presencia, tenía miedo de que ese monstruo que se hacía cada vez más fuerte terminara tomando todo el control.

—¡Nicky! —exclamó Sam—. Tal vez cuando puedas volver a jugar, nos hagas ganar —soltó sin tener idea del peso que tendrían sobre mí sus palabras.

—Hoy apestamos —vociferó Laura para luego cerrar su casillero de un portazo—. Cinco a uno. ¡CINCO!

—¿Cómo pudimos jugar así? —cuestionaba Mica mientras se sentaba en una de las bancas y apoyaba su cabeza entre sus manos.

—Venimos haciendo muy mala temporada, pero aún tenemos oportunidad —intervino Jessie—. Es solo que... —se detuvo para clavar sus ojos en mí, hasta que desvió su mirada y sonrió a medias—, el año pasado teníamos una estructura excelente, muy bien definida. Este año... tenemos que aprender a acomodarnos mejor.

—Jah... —solté y todas me miraron con intriga, esperando para ver lo que tenía que decir—. ¿Creen que pierden porque Gio murió y yo estoy lesionada? No se comunican en la cancha,

todas quieren hacer el gol ganador y no obedecen a su capitana, no es culpa nuestra eso —expresé con enfado. Todas me miraron perplejas, no esperaban tal reacción de mí, no solía hablarles así, no solía expresarme de esa manera—. Aprendan a jugar —terminé de decir para marcharme. Olivia me siguió en silencio.

Apenas puse un pie fuera de los vestidores me arrepentí. No sabía por qué había reaccionado de tal manera ni por qué les había hablado en el tono en el que lo hice. Sabía que las había hecho sentir mal y quería regresar a pedir disculpas, pero algo dentro de mí no lo permitía. Disculparme sería demostrar que era débil y era lo menos que deseaba en ese momento.

—¿Qué fue eso? —me preguntó mi mejor amiga ya en el estacionamiento cuando caminábamos al auto de mis padres.

—Quédate en casa, por favor —rogué. Por algún motivo me sentí sola y la necesitaba para desprenderme de esa sensación.

—Está bien —asintió y se acercó a tomar mi mano—, pero quiero que hablemos de esto que sucedió hoy.

—No, Olivia, solo necesito que te quedes —contesté con disgusto—. Necesito que estés, ¿o es muy difícil?

Mi mejor amiga tragó con fuerza. Yo no podía detenerme, aunque quería.

—Tienes que hablar de esto, Nicky —suplicó. Negué con la cabeza. Mis ojos contenían las lágrimas y un nudo se asentó en mi garganta.

—El día que hables tú —lancé. Ella desvió su mirada y retrocedió un par de pasos, soltándome, pero no por lo que dije, sino por quién venía detrás.

—Olivia, ¿podemos hablar? —Era el idiota, era Marcos. Tuve que contenerme para no abalanzarme sobre él, ni siquiera el dolor era algo que pudiese detenerme—. A solas.

La mandíbula de mi mejor amiga comenzó a temblar, sus ojos se pusieron brillantes y sus mejillas, rojas. Quedó inmóvil y no emitió ni una palabra.

—No quiere hablar contigo —le advertí. Apretaba con tanta fuerza mis manos que me comenzaron a doler de vuelta. Quería golpearlo como había golpeado los casilleros.

—No te metas, Nichole —pidió e intentó acercarse a Olivia, pero ella se apartó con rapidez y yo me coloqué entre ambos.

—Solo vete, Marcos. —Lo miré a los ojos, los suyos estaban llenos de lágrimas y eso causó un choque en mi cabeza. No permití dejarme engañar, sabía lo manipulador que podía ser Marcos.

—Bueno, hablaremos luego —le dijo a mi mejor amiga y se marchó.

—Vamos —le pedí a ella, pero seguía sin moverse, tampoco me miraba—. Oli...

Olivia dejó escapar algunas lágrimas que limpió deprisa. Yo no sabía cómo actuar, no sabía qué hacer para aliviar su dolor. ¿Cómo repara un alma rota a otra alma rota? No conocía la respuesta a esa pregunta tan compleja así que opté por callar.

Capítulo 14

Los waffles siempre fueron mi comida favorita, igual que la de Olivia, solo que yo solía comerlos dulces y ella, salados. Siempre que salíamos bien en algún examen, ganábamos una competencia o cualquier cosa que ameritara celebrar, nuestros padres nos preparaban una buena porción de waffles; por el contrario, si nos enfermábamos, estábamos tristes por algo o perdíamos un partido o una competencia, nuestros padres también nos preparaban una buena porción de waffles, era nuestra “cosa”. No sabía cómo reparar un alma rota, más aún estando rota yo, pero la mejor idea que se me ocurría era preparar una buena porción de waffles.

Nuestros padres ya dormían, pasaba la media noche y Olivia y yo habíamos permanecido algunas horas abrazadas sobre la cama, sin decir nada.

—¿Waffles? —solté para romper el eterno silencio.

—¿Bromeas? —Se limpió algunas lágrimas con el dorso de su mano mientras se sentaba en la cama—. No tengo cabeza para pensar y no vamos a despertar a tu mamá para que nos haga waffles a esta hora.

—Yo puedo hacer waffles, Oli. —Me incorporé y caminé hasta mi armario para colocarme una sudadera—. Yo de verdad necesito un par con mucho chocolate y crema encima y estoy segura de que tú necesitas otro par con manteca, huevos y tocineta.

—Vas a quemar la casa —me siguió con expresión de preocupación—, no sabes ni siquiera encender la cocina.

—No debe ser tan difícil. —Abrí la puerta de mi habitación y comencé a caminar escaleras abajo. Olivia me seguía aterrorizada, yo jamás había preparado algo que no fuese un sándwich o un cereal con leche—. Puedo ver un par de tutoriales en internet.

—No se aprende a cocinar en cinco minutos de tutoriales, Nicky, mejor le decimos a tu mamá. —Mi mejor amiga me tomó la mano y tiró de mí justo cuando atravesaba el umbral de la cocina—. O vamos a dormir, esto parece una mala idea.

—Estaremos bien —la tranquilicé mirándola a los ojos y luego a mi teléfono—. Necesitamos harina, huevos, leche, azúcar, sal y manteca.

Comencé a buscar todos los ingredientes en la despensa junto a la cocina. Mi mejor amiga tardó algunos segundos, pero finalmente reaccionó y se unió para ayudarme a conseguir todo lo que necesitaba. Yo me adelanté a la cocina y tomé un enorme tazón y una paleta de madera para mezclar los ingredientes. Olivia colocó todo en la mesada que hacía de isla en la cocina y luego buscó la wafflera. Estiré mi mano para tomar la harina y la hice volcar sobre la superficie, lo que generó un desastre de polvo blanco. No pude evitar reír.

—Tu mamá va a matarnos. —Se cruzó de brazos y rodó sus ojos.

—Tengo todo bajo control —le aseguré mientras quebraba un huevo, pero lo hice con tanta fuerza que se explayó en la mesada y se corrió por el borde hasta parar en el suelo.

—Nicky, por favor. —Olivia corrió por un paño que le permitiera limpiar el desastre. Yo, por mi parte, lo intenté con el segundo y el tercer huevo, y conseguí mejores resultados—. Estás demente. —Se colocó de pie junto a mí y me miró a los ojos. Olivia, por lo general, odiaba meterse en problemas y ella sabía cuánto cuidaba mi madre su cocina.

Yo me detuve un segundo, no recordaba cuál era el siguiente paso y no es como si estuviese haciendo un seguimiento estricto de la receta. Miré a todos lados: la leche, faltaba la leche. Tomé el cartón de leche líquida del refrigerador y lo volqué con tanto descuido que más de la mitad del líquido cayó en la mesada.

—Tienes que mezclar todo en el tazón, no en la mesa —soltó mi mejor amiga con una expresión de disgusto. Yo alcé la ceja y la miré, ese comentario no podía quedarse impune, así que extendí mi mano, tomé un poco de la harina que había caído sobre la superficie y se la tiré directo a la cara.

Olivia abrió su boca de par en par. Sus mejillas enrojecieron y corrió a tomar un puño de harina para tirármelo de vuelta, pero yo detuve su mano sujetándola por su muñeca antes de que la soltara.

—Nicky, es lo justo —se quejó.

—¿Es en serio? Solo te tiré un poco —dije riendo—, deja de ser tan vengativa.

—No soy vengativa —volvió a reprochar—, soy justa, tú no.

Su expresión era de disgusto. Recién comenzó a relajarse cuando se percató de lo cerca que estaban nuestros cuerpos y, más aún, nuestros rostros. Sus ojos comenzaron a vacilar entre los míos y mis labios y mi corazón comenzó a latir con fuerza y rapidez, quería besarla, moría por hacerlo.

—No sé... —susurró Olivia acercándose un poco más—, no sé.

—Quiero hacerlo, Oli —confesé sin alejarme—, quiero besarte, pero solo si estás segura.

Ya podía sentir su respiración chocar contra mis labios, estábamos tan cerca que acercarnos tan solo un milímetro más provocaría ese beso que estaba deseando. Mi mejor amiga subió sus manos hasta mi cuello y soltó un largo suspiro. Empezó a acariciar mi piel con la yema de sus dedos, lo que provocó una reacción en mí. Tragué con fuerza y posé mis manos en su cadera para luego apoyar su cuerpo contra la mesada. Como siempre, ella dio el primer paso y unió nuestros labios.

Podía sentir la calidez de sus labios embriagar los míos, cómo su lengua hurgaba con calma dentro de mi boca, tomándose su tiempo. Yo hacía lo mismo mientras me aferraba con más fuerza a su cuerpo, mis brazos rodearon su cintura y sus manos presionaron sobre mi nuca. No

quería detenerme, no quería que ella lo hiciera, era un momento perfecto. Pasaron los segundos, seguramente algunos minutos, era hermoso, sin embargo, no suficiente, yo no quería llegar hasta ahí, yo necesitaba más de ella, por lo que mis manos se introdujeron por debajo de su suéter, quería sentir su piel.

Su respiración se agitó, le gustaba, así que la levanté haciendo uso de mi fuerza. El dolor en mi cuerpo era algo mínimo, no me interesaba, solo quería estar con ella y disfrutar de ese instante. Me acomodé entre sus piernas, el beso subió su ritmo y sus manos se enredaron en mi cabello. Las mías acariciaban su abdomen. Decidí ir más abajo, hasta sus piernas apenas cubiertas por un pantalón corto de pijama, pero su cuerpo se tensó y se soltó de su agarre para sostener con fuerza mis muñecas.

—No, no —pidió deteniéndome. Yo lo hice, pero no me alejé. Sus manos seguían sujetándome para mantenerme cerca. Su frente estaba apoyada a la mía, sin embargo, sus labios ya no besaban mi boca—. No puedo.

—¿A qué juegas, Olivia? —pregunté con enfado. Ella no me soltaba, no decía nada—. Entiendo que estás confundida, pero no me lles hasta este punto y luego me digas que no puedes hacerlo, también me hace daño, también me confunde. Pienso que soy yo el problema.

—No es por ti —susurró muy cerca de mis labios—, la única persona que me ha tocado antes y la última que lo hizo fue Marcos. —Tragó con fuerza—. No puedo porque me recuerda a... no puedo... perdón.

Yo guardé silencio, me sentía como una idiota por no haberlo tenido presente en ese instante, estaba tan enfocada en encontrar cosas rotas en mí misma que a veces dejaba de lado las cosas que no andaban bien en los demás. Enterré mi rostro en su cuello, su aroma era dulce y ese lugar se sentía muy cálido.

—No pidas perdón, perdóname a mí —solté en un susurro—. Esto no es tu culpa, no lo pensé.

—Tampoco es tuya —me tranquilizó antes de acomodarse su rostro para darme un beso corto—, arreglemos este desastre o tu madre nos va a asesinar.

—Sí —contesté sin alejarme. No quería porque temía que, de hacerlo, se rompería esa burbuja de perfección que vivía junto a ella, que volveríamos a ser solo amigas y que dejaríamos de lado todo ese instante que segundos atrás había sido mágico, pero el ruido de algunos pasos en el piso de arriba nos sobresaltó a ambas, así que nos vimos obligadas a dejarnos ir.

Comenzamos a limpiar con rapidez y en silencio. Los pasos se dejaban escuchar cada vez más cerca, alguno de mis padres estaba por descubrirnos y eso puso a Olivia más nerviosa que toda la situación que acabábamos de vivir.

—¿Qué es todo esto, Nichole Salomé? —me retaba mi madre mientras aparecía por la puerta de la cocina—. ¿Perdieron la cabeza?

—Queríamos waffles. —Me encogí de hombros con una sonrisa.

—¿Te parece que es un chiste todo este desastre? —preguntó con voz firme, luego se acercó y comenzó a recoger todas las cosas—. ¿Cuándo has usado algo en la cocina que no sea un vaso y una jarra?

Olivia no pudo evitar reír, yo la seguí, pero más avergonzada que otra cosa. Mi madre por su lado tardó un poco más, hasta que se unió a nosotras para luego comenzar a prepararnos los waffles desde cero.

Esa noche reímos mucho con ella, hablamos de muchas cosas, historias, recuerdos, viejas anécdotas. Mi madre nos contó sobre su juventud y sus aventuras junto a Charlotte. Muchas causaban risa y yo no pude evitar mirar a Olivia y pensar en nuestra propia historia. ¿Acaso la podríamos contar igual si no funcionaba algo más que una amistad? ¿Nuestro lazo sería igual de fuerte? Tuve miedo en ese momento, miedo de perderla, y no sabía cómo disimularlo.

—¿Estas bien? —preguntó mi mejor amiga ya de vuelta en la habitación. Eran cerca de las cuatro de la madrugada. El tiempo había corrido muy rápido con mi madre en la cocina—. De repente te quedaste muy callada.

—Si tú y yo... si... —La miré—. Necesito ser sincera contigo, Olivia.

—¿Qué sucede? —Ahora se la notaba preocupada. Esperó a que yo me sentara sobre la cama y luego tomó asiento frente a mí.

—Tú y yo... nos besamos, luego no nos hablamos, luego nos volvemos a besar, luego nos detenemos y luego nos besamos de nuevo —intenté explicarlo, pero ni siquiera sabía cómo—. No hay nada claro entre nosotras, ni siquiera hay un “nosotras”, es como una zona gris. —Tomé sus manos, pero no podía mirarla a los ojos—. Necesito tener certeza de lo que nos espera.

—Es que no lo sé —contestó con tanta sinceridad que sentí mi corazón estrujarse con fuerza. Dolía—. Nicky, el problema no eres tú, ni el hecho de que es la primera vez que me gusta una chica. El problema son mis padres... nuestros padres.

—No tienen que saberlo —afirmé con desesperación, iba a aceptar cualquier cosa con la única condición de poder estar con ella.

—¿Te parece justo? ¿Qué pasará cuando quiera besarte frente a ellos? ¿Qué pasará cuando quiera tomar tu mano en público o darte un beso después de una competencia o un partido? ¿Te parece justo fingir? —Sus palabras me estaban lastimando, pero eran ciertas. Suspiré—. Quizás debamos detenernos ahora antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —bufé—. ¿Enamorarse es demasiado tarde? Creo que para mí son como cinco años tarde.

—¿Cinco años? —preguntó sorprendida. Mi comentario la dejó fuera de lugar—. ¿De qué hablas?

—De que te amo, Olivia —confesé y mi voz se quebró—. Desde hace mucho.

—Yo... —Guardó silencio, moría porque dijera que ella también me amaba, pero a duras penas

se movía.

—No importa, es hora de dormir —señalé evitando así escuchar algo que tenía miedo de oír.

Me recosté en la cama y cerré mis ojos. Intentaba huir de algo de lo que era imposible escapar. Ella no me siguió sino hasta varios minutos después y, para mi sorpresa, se acurrucó cerca de mi cuerpo. Sonreí para mis adentros, algo bueno tenía que significar.

Capítulo 15

Trotar fue siempre la rutina que más odiaba hacer cuando tenía que entrenar. Me parecía monótona y aburrida, así que solía pensar que esa parte de mi calentamiento no era más que una tortura. Por esa misma razón solía escuchar música cuando lo hacía, me ayudaba a distraer mi mente y a que el tiempo pasara más de prisa. Ese día no fue la excepción. Estaba por llegar al punto final de mi ruta, a esa hora el sol daba directo en mi cara por lo que se me complicaba mirar bien el camino. Me sentía agotada, pero sin dudas había mejorado mi rendimiento y eso me hacía feliz. Lo estaba logrando, realmente lo estaba logrando.

Me detuve, miré el reloj y celebré que había reducido un par de minutos de tiempo en comparación al día anterior. Mi energía estaba al máximo y el dolor... bueno, el dolor seguía siendo un poco intenso. Tomé mi botella y bebí algunos tragos de agua, el calor del verano comenzaba a sentirse y mi cuerpo sudaba como nunca antes.

—Hey... hey —comencé a escuchar, pero no presté mayor atención hasta que dijeron mi nombre—. Nicky —gritaron de vuelta. Levanté la mirada y algo se revolvió en mi estómago.

—¿Qué quieres, Marcos? —pregunté con desagrado mientras guardaba mi agua.

Marcos peinó su cabello rizado con sus manos y sonrió. Era el típico idiota adolescente que creía estar por sobre todos los demás.

—Quiero que te alejes de Olivia —demandó y yo no pude evitar soltar una clara expresión de enfado.

—Puerco —solté justo antes de erguir mi espalda y mirarlo de frente. Él me superaba en altura por un par de cabezas, pero no me importaba, no iba a doblegarme frente a alguien como él.

—No sé de qué hablas —rio nervioso—, pero sé que eres tú la que le mete cosas en la cabeza a Olivia. Siempre estuviste enamorada de ella y ella jamás te prestó la atención que tú buscabas recibir.

Esa vez reí yo.

—Déjala en paz, Marcos, ya lo de ustedes terminó —sentencié para luego girarme. Sin embargo, cuando estuve a punto de dar marcha atrás, él me sujetó del brazo con fuerza, mucha fuerza.

—No sé qué te contó Olivia, pero es mejor que no esté hablando de más —dijo cerca de mi oreja. Su voz sonaba temblorosa, parecía más bien asustado. Yo me giré y lo miré a los ojos.

—Si no hiciste nada malo, no tienes de qué preocuparte. —Marcos no dijo nada más, solo me miraba y parecía querer reventar en llanto. De nuevo esa expresión que me generó tanto conflicto en la mente. No quise darle más vueltas al asunto, así que me solté de su agarre y comencé a

andar.

Pensaba en Olivia y en cómo había llorado esa noche en mi cama, pensaba en todas las siguientes noches de desolación, pensaba en su temor a ser tocada, pensaba en su temor a decir algo. No era justo, no era justo cómo la mujer siempre estaba condenada a callar porque a veces hablar era más perjudicial que vivir con un intento de abuso en tus recuerdos. No era justo cómo el sistema siempre terminaba por apoyar al victimario y dejaba a la víctima desamparada.

Recordé el rostro de Olivia lleno de terror y tristeza, pero también recordé el rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo su mano sujetaba con fuerza la mía, los gritos y el dolor en el pecho. El olor a sangre. Antes de darme cuenta, no trotaba, sino que corría, iba muy rápido, tan rápido que mi cuerpo comenzó a doler y ya casi no lograba respirar. Mi corazón parecía querer salirse de mi pecho y en cierto punto llegué a pensar que expulsaría al menos uno de mis pulmones, pero aun así no podía detenerme. ¿Por qué tuvo que morir ella? ¿Por qué tuvo que pasarnos eso? Comencé a llorar, lloraba y corría sin saber a dónde me dirigía y es que no lo supe hasta que llegué a su puerta.

El exterior de la casa de Gio estaba descuidado. Hacía mucho tiempo que nadie cortaba el césped y la pintura tenía algunas marcas de humedad. El que solía ser su auto estaba estacionado en uno de los puestos de su garaje, lleno de polvo y olvidado. No sabía el porqué, pero sentí el impulso de acercarme y tocar el timbre. Tampoco sabía si alguien iba a recibirme, si su madre iba a querer verme.

Esperé un par de minutos, minutos que parecieron eternos, pero nadie abrió, así que toqué de nuevo. Silencio, total silencio. Había sido una locura ir hasta su casa sin avisar, hacía tanto del accidente, quizás ni siquiera vivía alguien ahí todavía. Di marcha atrás y estuve dispuesta a irme cuando escuché algunos pasos acercarse a la puerta.

Era su madre.

—Nicky —saludó sorprendida. Sus ojos tenían grandes ojeras negras y parecía un poco demacrada. Más delgada que la última vez que la había visto, esa vez que me visitó de forma fugaz en el hospital.

Había sido hacía meses, pero lo recordaba con total claridad. Entró a mi habitación con incomodidad notoria en su rostro, sus manos temblaban y no lograba mirarme a los ojos. Mis padres no tardaron en dejarnos a solas, pero ni siquiera pudimos hablar. Ella se había acercado hasta mi cama, dejó un beso sobre mi frente y un par de caricias sobre mi cabello antes de marcharse una vez más. Desde entonces no pude verla de nuevo, no quería volver a toparme con esa parte de mi nueva realidad; por el contrario, intenté llevarla hasta lo más profundo de mi mente y guardarlo bajo llave.

—Señora Santoro —saludé yo. No sabía qué más decir, pero ella en un impulso me abrazó y comenzó a llorar.

—Me alegra tanto verte con vida —decía entre lágrimas sin soltarme de entre sus brazos—. Me alegra tanto verte con vida.

La señora Santoro siempre había sido muy hospitalaria y eso no había cambiado, aunque todo lo demás estuviese diferente. Apenas me soltó me invitó a pasar a su casa y me sirvió una taza de té frío. También me ofreció algo de comer, cosa que no quise rechazar, aunque no tuviera estomago para ingerir absolutamente nada en ese momento. Quise no ser indiscreta, pero no podía dejar de detallarla. Su cuerpo estaba tan delgado que no debía ser saludable, sus pasos avanzaban enlentecidos y había envejecido al menos diez años en poco menos de uno.

Dejó un plato con tostadas y mermelada a un lado de la mesa. Ninguna de las dos les prestó mayor atención.

—¿Cómo has estado? —me preguntó una vez que se sentó frente a mí y tomó mis manos entre las suyas.

—No sé contestar esa pregunta con sinceridad —confesé con pesar tragando con fuerza—. No dejo de pensar en Gio, lo hago todo el tiempo y no dejo de repetirme lo injusto de estar viva y de que ella no lo esté. El fútbol, ir a la escuela, poder ver a mi familia, a mis amigos, a usted...

—El accidente que tuvieron fue fatal —afirmó con pesar, sus ojos se cristalizaron y sus hombros se encogieron—, es un milagro que estés viva, fuiste la única que logró sobrevivir, que lo hayas hecho es un milagro.

—Yo intenté llamarla —confesé sin soltarme de su agarre, no era mentira, había marcado tantas veces el número de la casa de Gio que ya había perdido la cuenta—. De verdad intenté llamarla, pero no podía, algo presionaba mi pecho, no podía respirar y dolía mucho. —No pude contenerlo más y empecé a llorar—. Perdón, de verdad pido perdón.

—No, hija, no hay nada que perdonar. —Me abrazó para consolarme—. Gio estaba muy ilusionada contigo —siguió diciendo sin soltarme—, tú le diste mucha alegría a sus últimos días.

—¿Ella le contó sobre mí? —pregunté con inocencia una vez que me soltó del abrazo y ambas regresamos a nuestros lugares.

—Escribió sobre ti. Tenía un diario con páginas llenas de tu nombre. —Sonrió de manera sincera. Yo fruncí un ceño, sentía curiosidad por saber qué era eso que había escrito.

Se levantó de su asiento para luego extender su mano en mi dirección, quería que la tomara y eso hice. La madre de Gio me guio escaleras arriba hasta la habitación de su hija donde sus cosas seguían en el mismo lugar de siempre, justo como ella las dejó la noche que salió conmigo a la feria. Incluso sobre la cama posaban varios cambios de ropa y algunos cuadernos del colegio.

—Tómate tu tiempo —pidió su madre—, lo necesitas.

Una vez que terminó de hablar, se marchó y cerró la puerta detrás de su espalda. Yo solté un largo respiro, me dolía un poco el pecho y mi corazón comenzó a ir con algo más de prisa. No

podía dejar de pensar en ella, en ella jugando al fútbol, en ella besándome, en ella abrazándome, en nuestros juegos, nuestros bailes, nuestras salidas. No podía dejar de pensar en ella mirándome a los ojos con su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo sus manos sujetaban con fuerza las mías, todos los gritos y el dolor. Mi corazón se quebró de nuevo, como si eso fuese posible, y me senté sobre su cama a llorar una vez más. Sentía la necesidad de sacar fuera toda emoción negativa que me estuviera gobernando, necesitaba permitirme llorar la muerte de Gio para aceptar de una vez por todas que ella ya no estaba con nosotros, que ella había fallecido y yo no.

Desconocía cuánto tiempo estuve ahí sentada, había comenzado a oscurecer y yo ni siquiera intentaba parar de llorar. Mi cuerpo se sentía agotado, pero más aún lo estaba mi mente. No dejaba de pensar en ella y no dejaba de sentirme culpable por lo que había sucedido. Nadie nunca te advierte de ese tipo de desgaste, el emocional. Nadie te dice cómo manejarlo, ni de qué trata, y yo estaba tan desesperada por dejar de sentir que era capaz de cualquier acción impulsiva, solo necesitaba que se detuviera.

No había detalle en la habitación que pudiese hacerme sentir más aliviada. En una esquina posaba su guitarra. Gio amaba hacer música y era realmente muy buena. Además, tenía una voz increíble. La pared a la izquierda de la cama tenía una repisa colgada donde exhibía sus trofeos, todos nuestros campeonatos, todos sus premios individuales, Gio tenía un futuro impresionante en el fútbol. Por otra parte, un escritorio frente a su cama aún tenía varios de sus dibujos algo desordenados y sí, aparte de ser una excelente música y una muy buena jugadora de fútbol, también era una artista asombrosa. Me coloqué de pie y eché un vistazo a todas sus obras. Solían ser retratos en carboncillo con gran precisión de detalles, muy delicados y realistas. Me tomó por sorpresa encontrar uno con mi rostro dibujado en él, era apenas un borrador, no estaba terminado, ni siquiera tenía su firma. Lo acaricié con delicadeza. No podía creer que alguien pudiese verme, así como hacía mucho yo no me veía a mí misma, hermosa.

Tomé la hoja, sentí la necesidad de llevarla conmigo, de tener algo de Gio que lograra hacer que me conectara con ella de nuevo. Bajé las escaleras. Su madre tomaba una taza de café en la sala de estar mientras miraba el noticiero, me daba algo de tristeza verla así. Gio odiaría que su madre estuviese en ese estado.

—Tengo que irme —la interrumpí con algo de pesar mientras secaba unas pocas lágrimas que seguían cayendo por mis mejillas. Ella soltó un respingo, parecía haber olvidado que yo seguía en su casa. Luego me miró con una sonrisa sincera y asintió—. Mis padres deben estar preocupados. Me llevaré este dibujo si me lo permite. —Se lo mostré desde mi lugar.

—Ese dibujo es todo tuyo —se colocó de pie y caminó hasta mi lado—, espero volver a verte por acá —confesó acariciando mi mejilla con suavidad. Me miraba con una ternura desmedida, con un aire más que maternal.

—Muchas gracias —respondí con sinceridad y me prometí a mí misma que la visitaría más a menudo, por Gio.

Caminé de regreso a casa, necesitaba hacer ese viaje para terminar de tranquilizarme. Sabía que en casa me esperaban un par de regaños y un posible castigo, pero no me importó, yo no dejaba de pensar en Gio y en las ganas que tenía de pedirle perdón por no actuar antes, por no besarla antes, por no animarme antes a quererla. Quería pedirle perdón por el hecho de que, cuando ella gustaba de mí, yo aún no era consciente de lo enamorada que estaba de mi mejor amiga. Perdón por no haber sido consciente de mis verdaderos sentimientos. Quería pedirle perdón por haberle fallado, ella merecía tener a alguien que la amara, que le dijera que sí, y yo no pude hacerlo y la única vez que lo hice, la maté.

Las luces de la casa estaban apagadas, lo que me tomó por sorpresa. Le di un vistazo a mi teléfono y efectivamente mis padres estaban en casa de Olivia. Solté un suspiro, mi madre me había dejado un mensaje donde afirmaba que intentaba darme privacidad y que confiaba en mí, cosa que agradecí. Entré a casa sin prisa, encendí las luces del recibidor y luego caminé hasta mi cuarto para tomar mis cosas. Necesitaba un baño. Dejé el dibujo sobre mi escritorio y lo admiré una vez más. Podía imaginarme a Gio haciéndolo, casi podía ver su ceño fruncido y esa característica manera que tenía de apretar los labios cuando estaba concentrada, pero ahora notaba algo más, había algo escrito en el reverso. La tomé con curiosidad y comencé a leer:

Nicky,

Sé que es muy infantil dejarte una carta de amor en tu casillero. Infantil y cobarde, no es mi estilo y sé que tampoco el tuyo, pero no sé mirarte a los ojos y decirte todo lo que siento. Tú mueves mi mundo. Cada vez que veo tu sonrisa, cada vez que muerdes tu labio y me miras a los ojos, cada vez que respiras cerca de mí haces que todo mi mundo se ponga de cabeza y no quiero que eso sea algo esporádico, no quiero tener solo un poco de ti, quiero tenerlo todo, pero hay algo que nos supera a ambas y eso es Olivia. Lo he intentado, he intentado decirme que solo está en mi cabeza, pero la verdad es que no consigo que me mires como la miras a ella. Cuando lo haces, hay un brillo en tus ojos que ni de cerca corresponde al tipo de relación que afirman tener. Te quiero, Nicky, pero tú estás enamorada de alguien más y aún no reúno el coraje para mirarte a la cara y decírtelo. Tengo miedo de que te des cuenta y me dejes atrás. Tengo miedo de...

Y ahí terminaba, no había más palabras. Dejó la carta a medias y eso instaló un vacío en mi pecho del cual era difícil deshacerse. Sentía que Gio y yo teníamos una charla pendiente, una charla que nunca íbamos a poder terminar. Dejé el dibujo a un lado y volví a mirar mi teléfono. Olivia me había dejado un mensaje que apenas rezaba un corazón y yo sonreí como una idiota al leerlo. Cuánta razón tenía Gio y cuánto tardé en darme cuenta.

Capítulo 16

Cuando tenía trece años y me becaron en la escuela privada, fui víctima de bullying. Era difícil de creer que en la plenitud del siglo xxi los adolescentes encontraran gracioso hacer bromas sobre la orientación sexual de alguien, es decir, en ese punto de mi vida vivía con la premisa de que nadie era heterosexual hasta que demostraran lo contrario y sí, sé que era generalizar demasiado, pero era mi forma de decir que ya no podía tenerse certeza al respecto. El mundo había cambiado, pero a muchos se les hizo complicado cambiar con el mundo.

Para mí era duro, constantemente me señalaban que mi forma de amar era incorrecta y que mi orientación también podía ser usada de insulto. Sin embargo, logré ocultar el daño que todas las palabras pudieran causarme y me sobreesforcé para conseguir el respeto de todos mis compañeros. Eso lo logré con el fútbol. Tenía tan solo trece años cuando comencé a creer que debía darle todo de mí a los demás, así me quedara yo sin nada, para poder ser aceptada. Solo trece años y ya vivía para poder mantener felices a otros y dejé de lado mi propia felicidad. ¿Era eso lo que me sucedía con el fútbol ahora? Yo quería volver a jugar, me esforzaba todos los días por recuperarme y lograr volver a la cancha, pero ¿cuánto de eso era mío y cuánto era por el resto de las personas? Me estaba esforzando tanto en dejar de ser la chica del accidente para los demás que estaba ignorando el hecho de que el fútbol era algo mío y yo misma me lo estaba quitando.

Corría con el balón pegado a mis pies. Hacía varias noches que repetía la misma acción: tomaba el auto de mis padres, viajaba hasta el colegio y me escabullía a la cancha para practicar a solas. Lo prefería de esa manera, así nadie podía verme fallar en caso de hacerlo. Era buena, seguía siéndolo a pesar de las molestias y el dolor, y sentía la necesidad de mostrárselo a todos, o de demostrárselo, mejor dicho.

Tenía ya dos horas entrenando, siempre cerraba con tiros al arco, que seguían siendo impecables, potentes, hermosos. Estaba por terminar cuando unos aplausos se dejaron escuchar junto a su eco por todo el lugar. Comencé a girar mi cabeza para encontrar su origen.

—Eso es hermoso —era mi coach—. Ahora, no soportas sentarte en la banca, no estás en los entrenamientos, apenas rompemos formación corres a los vestidores y veo que, en realidad, lo estás haciendo bastante bien. ¿Puedo saber qué sucede?

—Lo siento —me disculpé mientras recogía de prisa los balones—, no debería estar acá.

—La verdad, Nichole, es que este es el único lugar donde deberías estar —comenzó a caminar en mi dirección, me miraba con seriedad—, pero ¿por qué no quieres?

Yo me detuve y pensé en qué responder. No sabía qué decir porque ni siquiera sabía qué

pensar. Ella se acercó hasta que apenas un par de metros nos separaron y se cruzó de brazos esperando mi respuesta.

—Es Gio —confesé, ella solo era parte de la razón, una bastante importante—, siento que le estoy robando su lugar, siento que si ella no puede estar acá, yo tampoco debería.

—Gio murió, Nichole —soltó mi entrenadora con severidad—. Era excelente, era tan buena como tú, pero murió y tú no. ¿Por qué quieres enterrar tu futuro con ella? La vida te dio una segunda oportunidad, literalmente volviste a nacer, así que de nuevo pregunto: ¿qué diablos pasa contigo? ¿Por qué quieres desperdiciar todo esto? —Extendió sus brazos para dejar sentado que se refería al fútbol.

Guardé silencio, no sabía qué responder. ¿Qué me detenía? Hablar al respecto era difícil, ni siquiera en terapia tocaba el tema, seguía dando vueltas al asunto de mis padres, del colegio, de la rehabilitación, pero no tocaba lo verdaderamente importante, no hablaba del accidente, no hablaba de Gio ni del fútbol. No hablaba de nada de lo que pudiese causarme angustia. Esa era una buena pregunta: ¿por qué estaba desperdiciando todo? ¿Qué era lo que me estaba pasando?

Esa noche apenas logré dormir una hora, no dejaba de pensar, mi mente iba a máxima velocidad. El fútbol siempre había sido mi único propósito, ni siquiera me interesaban las notas o una carrera universitaria si no era en un segundo plano. Yo siempre quise jugar fútbol y nada más, pero ahora me cuestionaba si era eso lo que de verdad quería para mi vida. ¿Era eso lo que me estaba sucediendo?

—Estoy llena de preguntas sin respuesta —le confesé a mi terapeuta esa misma semana—, y quisiera lograr entender.

—¿Qué preguntas? —me preguntó él mientras acariciaba su barba. Ramsés era un hombre cincuentón de ascendencia hindú. Su color de piel era morena apenas oscura; su cabello, negro con unas cuantas canas. Usaba lentes rectangulares que le daban aspecto intelectual y siempre llevaba una pequeña agenda de notas y una lapicera negra.

—Sobre cosas de mi vida —solté. No quería hablar del fútbol, no quería hablar del accidente o de mi futuro, pero sí necesitaba conseguir una respuesta a la incertidumbre.

Él no dijo nada, no preguntó ni siquiera a qué me refería. Se limitó a anotar algo en su cuaderno y subió su mirada una vez más para fijarla en la mía.

—Me cuestiono... —seguí, ya que el silencio era más incómodo que hablar al respecto—, me cuestiono sobre cosas que antes no me cuestionaba.

Ramsés siguió en silencio esperando a que dijera algo más, pero yo no sabía cómo continuar. Tenía miedo de decir algo que despertara al monstruo y que luego no pudiera mandarlo a dormir una vez más. Él, sin embargo, fue paciente.

—¿Y si el accidente fue una forma que tuvo la vida de decirme que el fútbol no era mi futuro? —le pregunté esperando que él pudiera responderme a esa suposición.

—¿Eso es lo que piensas sobre el accidente? —contraatacó sin perder su postura. Solía moverse muy poco durante las sesiones, apenas pestañeaba, acariciaba su rostro de manera sutil o cruzaba sus piernas.

—El accidente... —tragué fuerte, no podía, no podía hablarlo—, no viene al caso, esto no está sirviendo.

Me coloqué de pie con prisa y tomé mis cosas. Debía irme, debía escapar de esas cuatro paredes. Él solo me observaba sin perder la calma. Cuando intentaba colocarme el bolso, se me cayó de las manos y el contenido se esparció por el suelo. Miré todo y luego lo miré a él, no podía respirar, me sentía atrapada, mi pecho dolía, incluso consideré irme y dejar todo, necesitaba huir. Entonces recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo sujetaba mi mano con fuerza y los gritos y el dolor. Estaba atrapada, yo estaba atrapada.

—Ayuda —rogué con un hilo de voz.

Ramsés se colocó de pie y caminó a mi lado para ayudarme a recoger todo lo que estaba en el suelo y luego guardarlo en mi mochila. Su expresión era serena, tranquila, como si ignorara que yo estaba a punto de perder la cordura y tener otro de esos episodios, esos episodios que él desconocía.

—¿Qué te parece si tomas asiento y bebes algo de agua? —preguntó al terminar—. Aún nos quedan veinte minutos de sesión, no es necesario que te vayas y tampoco que hables de algo de lo que no quieres hablar.

Lo miré, parecía sincero, así que volví a mi lugar y enterré mi rostro entre mis manos. Intentaba calmarme, concentrarme en mis propias sensaciones e ignorar mis pensamientos. Trataba de enfocarme en mi respiración, en el roce de la ropa contra mi piel, en todo lo que estaba en el aquí y el ahora. No sabría decir cuánto tiempo transcurrió, pero finalmente logré estabilizarme y subí la mirada.

—Y esto, ¿desde cuándo sucede? —preguntó Ramsés con su común cara de póker.

—No sucede nada —contesté a la defensiva.

—Me dijiste recién que empezaste a cuestionarte acerca de tu futuro. ¿Desde cuándo sucede este cuestionamiento? —indagó. Era un hombre inteligente, dudaba que no hubiese notado la pequeña crisis que acababa de tener, pero ¿por qué no preguntaba al respecto?—. ¿Recién desde el accidente? ¿Tuviste algún pensamiento parecido antes?

—No, no lo sé —admití—. Cuando supe que podría no jugar fútbol de nuevo, cuando me dijeron que era muy probable que no pudiera volver a hacerlo —aclaré que no había sido mi decisión, sino la de alguien más—, dije «bueno, todo va a estar bien, no pasa nada», pero era mi identidad, el fútbol era mi identidad y me la arrebataron.

—¿Te la arrebataron? —señaló Ramsés. Yo suspiré frustrada, odiaba que hiciera eso.

—Si, me dijeron que de seguro no iba a poder jugar de nuevo, me quitaron todo —señalé y él

asintió.

—Sin embargo, tomaste la decisión de rehabilitarte para volver a jugar, ¿no? —Su expresión se mantenía serena, pero sus cortes me exasperaban.

—Porque puedo hacerlo, puedo jugar —discutí sin necesidad. No sabía de qué me defendía con exactitud—. ¿Por qué querían quitarme algo que puedo hacer?

—¿Y has jugado de nuevo? —cuestionó con tranquilidad.

—Yo... —no era lo mismo entrenar a escondidas de noche a entrar en la cancha y estar en un partido, eso lo sabía—, no —fui sincera.

Ramsés tomó un par de anotaciones y volvió a mirarme. Era de esos momentos en los que esperaba a que yo siguiera hablando por mi cuenta.

—No puedo hacerlo —agregué contradiciendo lo que ya había afirmado con anterioridad.

Ramsés miró el reloj de su muñeca y soltó un respiro. La sesión había terminado y yo abrí mis ojos como platos. ¿Cómo se supone que me iría a casa con más dudas de las que ya tenía cuando entré?

—Puedes pensar en esto que me dices y lo traes a nuestro próximo encuentro. —Se colocó de pie y yo lo seguí—. Es algo que podemos discutir, ¿no crees?

—Más bien que yo puedo discutir mientras usted me mira en silencio —murmuré con enfado. Me disgustaba no haber podido seguir hablando. Luego tomé mi bolso y me marché.

Necesitaba hablar con alguien, había un caos de pensamientos que debía comenzar a drenar, necesitaba tener a alguien a quien poder contarle todo y que guardara silencio y escuchara y solo existía una persona con quien podía hacerlo, así que la llamé.

—Jackie, ¿puedes buscarme al centro de salud? —pregunté apenas contestó.

—Nicky, sí, claro. —Su voz dejaba escuchar un tono de preocupación—. ¿Estás bien?

—No lo sé, Jackie —fui sincera, con él era más sencillo serlo—, necesito hablar.

—Ya voy de salida. Espérame, hermosa —pidió antes de colgar.

El atardecer en casa de Jackie era tan hermoso como el amanecer. Las luces naranjas y violetas que adornaban el cielo me hacían desear detener el tiempo y solo quedarme ahí, observando, sin pensar en nada más, pero lo cierto era que tenía muchos asuntos que enfrentar. Por un lado, mi situación sentimental con Olivia y, por el otro, mi futuro en el fútbol. El temor en la cancha me hacía dudar sobre mi propio deseo de seguir jugando, me hacía cuestionar algo que jamás me hubiese cuestionado antes. ¿Era ese mi camino? Podía ser que no, muchas veces me dijeron que yo era joven como para decidir si en realidad quería dedicarme a ese deporte, que podía ser muy buena, pero que necesitaba otro respaldo, que el fútbol no me daría todo y que no era más que un pasatiempo. ¿Y si todo era cierto? ¿Si el problema era que ya no pertenecía a ese lugar? ¿O que ese lugar ya no me pertenecía a mí?

—Tierra llamando a Nichole, ¿me escuchas? —bromeaba Jackie con voz robótica antes de

reventar en una carcajada que me hizo relajar los músculos.

—Lo siento, ¿qué decías? —pregunté ahora mirándolo a los ojos.

—Que si quieres hablar de lo que sucede. —Me regaló una leve sonrisa y acomodó su cabello con sus manos antes de apoyar sus brazos sobre sus piernas, ambas recogidas contra su pecho.

—Es complicado. —Suspiré—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Desde el principio —me animó—. Es evidente que necesitas hablar con alguien, ¿no?

Enterré mi cabeza entre mis manos y el llanto no tardó en aparecer. Me sentía abrumada por tantos pensamientos y sentía una presión en mis hombros casi imposible de sostener.

—Creo que ya no puedo jugar más al fútbol —lloraba sin detenerme, esa idea me hacía más daño que bien—, no soporto sentarme en la banca, no soporto estar de pie en la cancha. ¿Y si el fútbol nunca fue para mí?

Él me miró en silencio por algunos segundos. Lo había tomado por sorpresa con mi confesión. Yo había estado horas enteras hablándole a Jackie de mis anécdotas en los campeonatos o mi historial en el fútbol, horas enteras charlando sobre cuánto me gustaba y lo que sentía cuando tenía un balón en mis pies y ahora me cuestionaba frente a él el lugar de ese deporte en mi vida.

—Esto me toma por sorpresa —confesó—. Esto viene de alguien completamente diferente a la chica que yo conocí. ¿Por qué ahora te cuestionas todo eso? ¿Es por tu recuperación física? Estás mucho mejor.

—En realidad, entreno en las noches y sigo siendo igual de buena que antes de... ya sabes —tragué con fuerza, no pude decirlo—, pero no dejo de pensar que ese lugar en la cancha ya no me pertenece.

—¿Por qué? ¿Por Gio? —tiró con tanta rapidez que no pude esquivarlo.

—En principio creí que sí. Yo me siento culpable por su muerte, me siento culpable porque ella insistió en subir y yo no quería hacerlo. La única razón por la que lo hice fue para demostrarle que yo no tenía miedo. No dejo de preguntarme qué hubiese sucedido si le hubiese dicho que no, si no hubiese intentado proteger mi orgullo y mi intachable récord de victorias. Yo necesitaba demostrarle que no me dejaba vencer en nada. —Limpié las lágrimas con el dorso de mi mano y solté esa frase que tanto daño me hacía—. Yo la maté.

—No la mataste tú, la mató una empresa de atracciones que no realizaba el mantenimiento adecuado de sus equipos. —Jackie siempre era así, muy racional—. Por azares de la vida, tú estabas junto a ella cuando esto sucedió. Por azares de la vida, ambas estaban ahí cuando eso sucedió, pero no puedes culparte toda la vida por algo que no te corresponde. Tienes que dejar de ser tan egocéntrica, ese accidente no tiene nada que ver contigo.

—Lo sé, pero no lo siento así. —Suspiré con pesar—. Siento que para todos soy esa chica.

—¿La chica del accidente? —Jackie estiró su mano para tomar la mía. No lo dejé.

—No, Jackie, las luces apuntan a mí, las miradas están puestas sobre mí, yo soy la chica con la

que estaba la chica que murió en el accidente. —Apoyé mi rostro entre mis manos de nuevo, tantos pensamientos me agotaban a un nivel que no creía posible—. Soy la chica que sí tuvo la segunda oportunidad y la que no puede fallar, no puedo fallar. Si fallo es como si le mostrara el trasero a la vida y me burlara de ella. Si fallo... Jackie, si fallo, ¿habrá valido la pena vivir?

Él no dijo nada más, se quedó pensando y en silencio. Jackie jamás hacía suposiciones. Cuando decía lo que pasaba por su cabeza, se aseguraba de pensarlo muy bien, de analizar cada detalle y eso me gustaba de hablar con él. Nunca decía cosas como «Todo va a estar bien» o «Le das mucha importancia». Respetaba los tiempos, los silencios y, mucho más importante, las emociones.

Yo dejé que el tiempo pasara, necesitaba esa calma momentánea, necesita esa pausa para pensar en todo lo que acababa de decir, en todo lo que estaba sintiendo.

—¿Y si no es mi lugar? —pregunté en un tono de voz muy bajo, tanto que dudé si había sido escuchada.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Estas confundiendo las cosas, tu lugar es ahí, lo sabes. Cuando hablas de fútbol, algo en ti brilla, Nicky, se nota la pasión que sientes, se nota cuánto amas lo que haces. Estás dejando que tu miedo opaque eso por lo que tanto has trabajado. Esto no se trata de si piensas que el fútbol es lo que realmente deseas para tu vida. Esto no se trata de si el fútbol es tu lugar en el mundo. Esto se trata de enfrentar tus miedos y superar obstáculos. Mira cómo te has recuperado, Nichole, ve todo lo que has avanzado. Lo que no estás entendiendo es que el obstáculo más grande está en tu cabeza —cerró de manera contundente.

Cuánta razón tenía mi amigo, el único obstáculo contra el que aún no me atrevía a luchar era contra mí misma, pero no sabía si estaba lista para hacerlo.

Capítulo 17

Baile de otoño, baile de invierno, baile de bienvenida, baile de graduación, baile para recaudar fondos, baile con los padres, con las madres, con los abuelos... Si algo les gustaba en la escuela era hacer bailes por cualquier motivo, pero nunca pude quejarme, siempre me daba razones para salir con una chica linda, pasar un buen rato con amigos y bailar un poco. Sin embargo, esa vez era diferente.

El baile bajo las estrellas se llevaba a cabo cada año a mitad de temporada, solía ser un baile formal en un salón al aire libre, por eso bajo las estrellas, y no era más que una excusa de la escuela para justificar las exuberantes matrículas y otra de los estudiantes para poder tomar alcohol clandestinamente y ligar con algún compañero.

—¿Ya sabes con quién irás al baile? —preguntó Jackie sentándose a mi lado en las gradas para almorzar. Yo recién mordía mi sándwich así que esperé para contestar.

—Sé con quién quiero ir —contesté pensando en Olivia, luego solté un suspiro y sonreí—. ¿Con quién vas tú?

—¿Contigo? —se burló Jackie antes de desviar su mirada al campo—. No tengo muchos amigos.

En ese instante, vi a Olivia salir del túnel que llevaba hacia los vestidores ubicado bajo las gradas. Sabía que iba a correr todos los días a esa hora antes de su siguiente bloque. Le di un par de palmadas en el hombro a Jackie y me levanté para ir por ella.

Olivia estaba estirando sus músculos cuando la alcancé. Apenas se percató de mi presencia, se colocó de pie con una sonrisa sincera. Mis manos sudaban frío, miles de mariposas revoloteaban en mi estómago y no recordaba ni cómo pronunciar mi nombre.

—¿Todo bien? —preguntó ahora frunciendo un ceño. Mi cara debía ser de espanto porque parecía preocupada.

—No... si... yo... tú... —Mi voz temblaba, tenía miedo de preguntar, más bien estaba aterrada.

—Él, ella, eso —reía, su sonrisa era hermosa—, me sé los pronombres, Nicky. ¿Qué sucede?

—Es que... —No sabía cómo decirlo, así que lo solté sin siquiera respirar y tan rápido que mis palabras parecían atropellarse entre sí—. ¿Quieres ir conmigo al baile?

Olivia me miró en silencio por algunos segundos. Parecía haberse quedado muda, yo esperaba paciente. No sabía si había arruinado todo, no sabía si me rechazaría y me mandaría a volar. Estaba nerviosa y muy asustada. Mi mejor amiga respiró profundo y mi corazón se aceleró.

—Sí, me encantaría ir contigo —respondió antes de abrazarme con fuerza. En ese preciso

momento, mi cuerpo se liberó de toda tensión y esas mariposas en mi estómago se convirtieron en hermosos fuegos artificiales. Besé su mejilla antes de soltarla—. Ahora, déjame entrenar —pidió para luego volver a sus estiramientos.

La miré con una sonrisa tonta y junté las fuerzas que necesitaba para dar media vuelta y volver a mi lugar en las gradas. Su respuesta me había hecho feliz, ella me había hecho feliz, pero seguía existiendo un factor que por poco logré olvidar: nuestros padres.

—Bien, irás con el amor de tu vida y yo tendré que ir solo. —Jackie resopló y soltó su hamburguesa sobre el asiento a su lado.

—No, de hecho, tú llevarás al amor de mi vida —respondí con complicidad y me sonrojé por haberla llamado de esa manera.

—¿A qué te refieres? —Mi amigo frunció un ceño de clara confusión y yo reí.

—Tú nos cubrirás con nuestros padres —expliqué. Jackie no pudo evitar reír.

—¡Qué viva el amor! —exclamó y yo lo empujé con el hombro. Haría de ese baile el mejor día para Olivia y para mí y nada me detendría para llevar a cabo mi plan.

Escoger el vestido no fue sencillo, no como las veces anteriores, ese día necesitaba verme bien para Olivia. Como siempre, me acompañó Jackie, quien, sin dudas, murió lentamente mientras yo me probaba un vestido tras otro. No lograba dar con el perfecto, con ese que la deslumbrara apenas me viera.

—Vamos, Nicky, no puede ser tan difícil, solo escoge uno —se quejaba mi amigo mientras jugaba a algo en su teléfono tirado en el sofá de la tienda.

—No entiendes, Jackie —me quejé tomando un vestido de mi última opción—, tiene que ser perfecto. Es la primera vez que Olivia y yo hacemos algo como esto, ya sabes... necesito gustarle, Jackie.

—No sé si te enteraste, Nichole, pero a Olivia le encantas —se burló y mis mejillas se tornaron rojas, tanto que quemaban—. Tengas el vestido que tengas, te aseguro que podrías ir con tu uniforme del equipo y aun así se babearía por ti. Por otra parte, lo que me preocupa es qué pasará si todo sale bien.

—¿A qué te refieres? —Lo miré sin entender. Jackson borró su sonrisa y soltó un suspiro que consiguió alarmarme.

—Estamos fingiendo que yo llevo a Olivia al baile, pero qué pasará cuando estén juntas en el baile y todo entre ustedes salga perfecto y se den cuenta de que quieren estar juntas. —Se colocó de pie y caminó en mi dirección—. Yo no puedo fingir llevarla a citas o casarme con ella, tienen que hablar con sus padres.

—Nos van a separar, Jackie. —Dejé el vestido que tenía en las manos a un lado y tomé asiento—. Yo... es que la amo.

Mi amigo se agarró la cabeza con ambas manos y sonrió para intentar tranquilizarme. Se tomó

su tiempo, pero finalmente caminó hasta la pila de vestidos y tomó uno de color gris claro que aún no me probaba.

—Este es más tu estilo —me lo entregó en mis manos y añadió—: pruébatelo y, respecto a Olivia, haz que valga la pena ese baile.

Tomé la prenda y fui hasta los vestidores para mi último intento. Jackie tenía buen gusto, no podía negarlo, era un precioso vestido de falda de tul larga, con mangas de bordado y transparencia, un escote en V al frente y en la espalda y piedras cocidas con delicadeza en toda la parte superior. Me quedaba hermoso, era justo lo que necesitaba, pero no fue sino hasta que estuve en la caja apunto de pagar cuando me di cuenta de que no podría llevarlo.

—Es demasiado dinero, Jackie —dije con frustración—. No puedo hacer que mis padres gasten todo eso en un vestido.

—Yo lo pago —aseguró mi amigo sacando su billetera y tomando una de sus tarjetas—. Deseo que tu noche sea perfecta, Nicky, considéralo un regalo.

—No puedo aceptarlo, Jackie. —Tomé su mano para rechazar el gesto y él me miró con cara de querer asesinarme—. Por favor.

Mi amigo iba a decir algo, pero no le di tiempo de hacerlo pues mi teléfono comenzó a sonar y me vi en la obligación de atender cuando vi que se trataba de Olivia. Así que salí de la tienda y atendí.

—Hola, Oli. ¿Todo bien? —saludé un poco nerviosa, eso era lo que ella ocasionaba en mí.

—Hola, Nicky, no, de hecho, no. —Su voz sonaba a que había estado llorando. Yo me alerté. ¿Acaso sus padres nos habían descubierto? No, eso era imposible.

—¿Qué pasó, Oli? —pregunté, preocupada.

—Es Marcos. No dejaba de insistir en que habláramos y acepté, pensé que podíamos arreglar todo y terminar en paz, pero pedía una y otra vez que le diera una oportunidad, que le permitiera llevarme al baile. —Guardó silencio un momento y yo temí lo peor.

—Olivia, ¿puedes decirme algo? —exigí pasado un rato de incomodo silencio.

—Acepté, Nicky, creo que Marcos realmente no quiso hacerlo, creo que todo fue un malentendido —intentaba convencerme. Yo sentía mi corazón quebrarse en mil pedazos, todo mi plan se había ido al caño, toda mi ilusión se había disipado junto a mis ganas de ir a ese estúpido baile.

—Tiene que ser una broma —solté con enfado—. Intenta abusar de ti, te lastima, te chantajea con un video y tú dices que él realmente no quiso hacerlo. —Me sentía explotar de furia y nada iba a poder detener las palabras que seguían luego—. Eres una idiota, Olivia, se merecen el uno al otro.

Corté la llamada hecha una bola de fuego, no podía creer lo tonta que estaba siendo Olivia, no podía creer que me dejara a mí de lado por el imbécil de Marcos. En ese momento sentía odiarla,

pero más aún sentía una presión en el pecho que no me dejaba respirar y recordé su rostro, el rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo su mano sujetaba con fuerza la mía y en apenas un instante ya no lo hacía, en apenas un instante la había perdido y yo estaba sola bajo todos los escombros y algo presionaba con fuerza sobre mí. Corrí, corrí lejos de la tienda con lágrimas en los ojos. Yo jamás sería suficiente para Olivia, yo jamás sería suficiente para que se animara a amarme. No importaba cuánto esfuerzo pusiera en mí, ella no estaba interesada.

Me sentía desorientada, la luz del sol era muy intensa y no me dejaba detallar las cosas a mi alrededor, la gente, la calle, los autos, todo me resultaba abrumador, seguía pensando en Gio y en Olivia y en Marcos, me sentía desorientada. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía ahí? Crucé la calle fuera del cruce peatonal, la luz del semáforo ni siquiera era la correcta y un taxista frenó al borde de mis pies mientras tocaba la bocina de su auto.

—¡Quítate del medio! —vociferó junto a cualquier otro insulto.

Yo apoyé mi mano en su auto para no perder el equilibrio y lo miré: era moreno o quizás caucásico, no estaba segura. Seguí caminando en medio de la calle, miré la luz del semáforo, seguía en verde para los autos. Otro vehículo apareció, este venía más rápido. Sentí que había salido de la nada y que no tendría tiempo de esquivarlo, pero entonces una mano tomó mi brazo y me tiró con fuerza fuera del camino. Yo me limité a mirar hacia el espacio en el que antes estaba y cómo ese mismo vehículo pasaba sin detenerse. Eso había estado cerca.

—Te llevaré a casa —dijo la voz de un chico, pero no era Jackie, sino Oliver. Asentí sin mirarlo.

Con Oliver viajábamos en Uber. Él aún no había logrado aprobar su examen de conducir por lo que su auto seguía estacionado junto a su casa y, por suerte, supo mantenerse callado, no dijo nada y no hizo más que tomar mi mano durante todo el trayecto. Yo, por mi parte, seguía un tanto desorientada. Todos los estímulos a mi alrededor me parecían muy intensos, no dejaba de sentir en el pecho un vacío que me alertaba que algo muy malo estaba por pasar. No sabía qué era, no tenía idea. Asumí que tenía que ver con el hecho de que Olivia había aceptado ir al baile con Marcos, pero ya lo había sentido antes, muchas veces y era algo que me agobiaba.

Llegamos a casa, pero no a la mía, sino la de mi mejor amiga. Yo miré a Oliver con el ceño fruncido y negué con la cabeza. No quería ver a Olivia, no podía estar cerca de ella, ya que temía desplomarme. Oliver me tomó de la mano y me sacó fuera del auto justo después de pagarle al chofer.

—Olivia no está —me aseguró—, y tú necesitas tranquilizarte antes de ir a tu casa. Te ves terrible.

—¿Cómo... cómo sabes? —pregunté viéndolo a los ojos. Él no pudo evitar soltar una risita.

—¿Quién no lo sabe? —cuestionó y me sentí avergonzada—. Crecí con ustedes, te veo como

mi hermana mayor, pero ustedes dos no tienen ese mismo tipo de relación. Anoche Marcos estuvo en casa, cuando te vi tan perdida... —soltó un suspiro y arregló su cabello con ambas manos—. Sé que pasó algo entre tú y mi hermana, Nicky, solo hay que ser observador. Lo que no entiendo es por qué te afecta tanto Marcos.

—Porque estoy enamorada de tu hermana, Oliver —confesé con la voz quebrada— y Marcos solo le ha hecho daño y yo... yo... yo sí estoy aquí para ella, yo jamás la lastimaría de esa manera, jamás le haría lo que él le hizo, yo solo quiero hacerla feliz.

—¿De qué manera? —Oliver cambió por completo su expresión, unió sus cejas en un claro gesto de enfado y tensó su mandíbula—. ¿De qué hablas, Nichole?

—Nada —contesté con rapidez—, no es nada. Solo que él es un idiota.

—¡No quieras verme la cara de tonto! —exclamó molesto—. No soy estúpido, sé que a mi hermana le sucedió algo, pude notarlo. No es la misma, pero quise darle su espacio. ¡¿Qué le hizo Marcos?!

Yo lo miré sin responder, no me correspondía a mí decirlo, no me correspondía a mí contarle la verdad. Oliver estaba parado frente a mí, su cuerpo estaba rígido y sus ojos parecían querer salir de su rostro. En ese instante, un auto se detuvo frente a la casa y, para empeorar mi situación, se trataba de Marcos y Olivia.

Mi mejor amiga descendió del asiento del copiloto seguida por el idiota de su ex, o novio, no tenía certeza de cuál era su situación, y en apenas un momento Oliver sujetó a Marcos de la camisa y lo empujó contra el vehículo. Olivia me miró espantada.

—Te juro que no le dije nada —aseguré, aunque no fuese del todo cierto.

—Oliver, ya déjalo —pidió Olivia mientras se acercaba a tirar de su brazo.

—¿Qué le hiciste a mi hermana, patán? —La voz de Oliver era grave, muy grave, ni siquiera parecía de él. Yo no podía moverme, mis pies estaban anclados al suelo al tiempo que veía a mi mejor amiga intentar alejar a su hermano del chico que la había intentado violar.

—No me hizo nada, Oliver —mentía ella con descaro, yo no podía creerlo—, yo quise hacerlo, ¿de acuerdo?

Oliver miró a su hermana y de nuevo a Marcos. Yo sabía que no le creía a ella, pero aun así lo liberó de su agarre. Marcos soltó una risita molesta que ocasionó que Oliver lo golpeará con su puño en la quijada. Le rompió el labio y lo hizo sangrar.

—Mereces más que esa basura —le reclamó a Olivia antes de alejarse—. Vamos —me dijo a mí, pero yo estaba inmóvil mirando a mi mejor amiga.

—¿Sí? ¿A quién? ¿A su amiga lesbiana? —se burló Marcos, lo que me hizo apretar mis puños con fuerza. Yo esperaba que Olivia dijera algo, esperaba que me defendiera, sin embargo, ella optó por guardar silencio.

Oliver me tomó de la mano y me llevó a rastras hacia la casa a la vez que su hermana corrió a

velar por el bienestar de Marcos. No sabía qué sentir, estaba molesta, sí, triste, podía ser, pero decepcionada era la palabra clave en todo el asunto de Olivia y Marcos.

Ya en la habitación de Oliver me senté en la cama en tanto él corría al baño y abría la llave para dejar caer agua en sus nudillos. Desde donde yo estaba podían notarse enrojecidos.

—Tus padres se darán cuenta —señalé con preocupación. Oliver soltó un bufido antes de responder.

—Que yo golpee al violador de mi hermana es el menor de nuestros problemas. —Abrió el estante ubicado detrás del espejo de su lavabo y sacó una pomada para colocarla en su mano—. ¿Por qué no me dijo nada, Nichole? ¿Desde cuándo sabías?

—Quizás porque ibas a reaccionar de esta manera —intenté explicar. De todas formas, no había justificación—. Es su decisión, Oliver, por mucho que odie admitirlo, es ella quien decide si decirte o no.

—¿Cuándo, Nichole? Por favor, solo dime cuándo —rogó antes de dejar escapar algunas lágrimas. Luego, pateó la silla de su escritorio y se dejó caer en el suelo con la espalda contra la pared—. Fue después de la fiesta de Laura, ¿no? Ese día que se quedó en tu casa.

Yo asentí.

—Debí suponer que algo pasaba. No te habló en meses, no te visitó en mucho tiempo y de repente solo estaba en tu casa y no quería atender las llamadas de mamá, ni siquiera fue a la escuela. —Ya el llanto se había apoderado de él, su voz temblaba al igual que sus manos—. ¿Por qué no confié en mí? ¿Por qué no me lo contó, Nichole?

Me acerqué hasta él y me senté a su lado, no sabía qué responder, ni siquiera sabía cómo actuar. Aunque ya no cargaba sola el peso del secreto de Olivia, nada de la culpa que sentía por guardar silencio se había disipado.

—Quisiera poder tener las respuestas, Oliver —me limité a decir. No era mentira, hubiese querido entender las razones de mi mejor amiga para guardar silencio y regresar con el imbécil que la había intentado violar, pero no las tenía y Oliver y yo no teníamos más opción que respetar esa decisión.

Capítulo 18

Mi teléfono comenzó a sonar con insistencia, lo cual me hizo regresar de mis pensamientos. Era el tono molesto que sonaba igual a un pato de hule que Jackie había colocado para identificar sus llamadas. Lo hacía una y otra vez, lo cual me obligaba a atender.

—Jackie, ya te dije que no iría —lancé con furia.

—Guau, cálmate, fiero —bromeó mi amigo antes de reír—. Sé lo que dijiste, pero ya estoy afuera de tu casa y uso un traje bastante costoso, no puedes rechazarme de esa manera. Además, si no vas, ¿quién va a usar el vestido que te compré?

¿El vestido que me compró? ¿De qué demonios hablaba? Dudé al principio, pensé que me tomaba del pelo, pero la curiosidad pudo más y bajé las escaleras con prisa para llegar a la puerta de la casa, la cual abrí aún con mi teléfono apoyado en la oreja. Para mi sorpresa, Jackson estaba de pie en la entrada con un traje negro y corbata de moño roja que hacía juego. Era primera vez que lo veía vestir sin colores chillones y llamativos, pero no fue eso lo que más llamó mi atención, sino la bolsa que llevaba en su mano, era de la misma tienda en la que había estado probándome vestidos junto a él.

—¿Qué es eso? —pregunté con curiosidad y él la extendió en mi dirección.

—Te veías tan hermosa que quise regalártelo —afirmó con una sonrisa sincera—. ¡Feliz cumpleaños!

—¿Cómo supiste? —pregunté sorprendida, no había hablado de mi cumpleaños con Jackie jamás.

—Oliver me lo dijo —contestó con sinceridad—. No puedo robarme el crédito, no tenía idea, pero ahora que lo sé no podemos solo quedarnos aquí, es decir, ¡me puse un traje!

Yo no pude evitar sonreír y me abalancé a sus brazos. Estaba agradecida por el gesto, más que agradecida, Jackie había sido un gran amigo desde que lo conocí.

—Está bien, iré contigo —dije al fin y él extendió sus brazos para luego soltar un grito de victoria.

No podía mentir, amaba cómo me quedaba el vestido. Se acoplaba bien a mi cuerpo y su color hacía juego con el tono de mi piel. Logré hacer algún milagro con el maquillaje: llevaba varias noches sin dormir bien y estresada con todo el asunto de Marcos y Olivia.

En el baile la música era buena y el ambiente, agradable. El cielo estaba colmado de estrellas, la luna llena iluminaba el lugar más que las propias luces colgantes y el ponche ya tenía bastante alcohol. Apenas llegamos al enorme quinchó, Jackie fue a conseguir un par de tragos a la barra. Eran cócteles sin alcohol a los que, por supuesto, les agregaríamos algo extra de manera

clandestina como lo hacía el resto de los chicos de la escuela. Yo me detuve a observar el lugar: la decoración era ostentosa y todos vestíamos como excéntricos millonarios. Hubiese querido negarlo, pero también buscaba a Olivia a sabiendas de que verla junto a Marcos no me causaría más que un vacío en el pecho.

—Aún no llega —dijo una voz a mi espalda. Era Oliver, que estaba de pie con sus manos en los bolsillos y me miraba con una sonrisa un poco forzada—. Marcos la buscó temprano, pero aún no llegan. Ya deja de mirar a todos lados, pareces desesperada —intentó bromear, aunque no estábamos como para esos chistes.

—La extraño —confesé y Oliver asintió.

—Yo también —dijo él antes de acercarse a darme un abrazo—. Feliz cumpleaños, hermosa.

Esperó algunos segundos antes de soltarme y luego me entregó una pequeña caja roja bastante arrugada. La tomé sorprendida y le regalé una sonrisa antes de abrirla.

—Este lo compré yo con mis ahorros, ¿eh? —aseguró riendo—. No será algo tan genial como los regalos de nuestros padres, pero debe contar.

Eran unos audífonos inalámbricos. Si de algo no sabía Oliver en definitiva era de regalos. Yo tenía al menos cuatro pares de audífonos que usaba para mis entrenamientos, pero de todas maneras, el gesto me hizo sentir bastante plena. Oliver me hacía sentir plena. Lo abracé de nuevo.

—Te quiero, hongo —susurró contra mi cabello.

—Feliz cumpleaños. —Era su voz, era la voz de Olivia. Solté de prisa a Oliver y miré detrás de él.

Ella lucía hermosa, llevaba un vestido rojo que hacía resaltar el rosa de sus mejillas. Su cabello rubio estaba suelto y caía con gracia hasta su cintura. Sus labios tenían ese labial rojo que alguna vez robamos en una tienda de cosméticos y sus ojos verdes miraban directo a los míos haciéndome imposible organizar mis ideas.

—Gracias —alcancé a responder. Oliver tragó con fuerza y se marchó sin decir nada más. Él seguía muy molesto con su hermana.

—Quise llamar —intentó decir Olivia, pero yo solté una risita de burla mientras giraba mis ojos.

—Sí, no lo dudo —dije con ironía—. Ya está, Olivia, olvídalo.

—No quiero olvidarlo, necesito que hablemos —pidió, pero yo negué con la cabeza.

—Ya tomaste una decisión, ahora vete con Marcos —sonreí con sarcasmo desmedido— y déjame disfrutar de mi cumpleaños en paz.

Ella quiso decir algo más, pero su novio apareció entre la gente y la tomó con fuerza de la cintura. Su expresión era de molestia y la miraba como esperando alguna explicación.

—Solo la felicitaba —se excusó Olivia con voz temblorosa—. Ven, vamos a bailar. —Terminó

tomando su mano y llevándolo hacia la pista. Los vi alejarse en silencio mientras evitaba que el nudo en mi garganta me ahogara y el vacío en mi pecho doliera más.

Intentaba no pensar en ellos juntos, intentaba no imaginarla besándolo o diciéndole que lo amaba, intentaba no pensar en el hecho de que él había intentado violarla. Sin darme cuenta, ya estaba presionando con tanta fuerza el borde del espaldar de la silla que empezaron a dolerme las manos.

—¿Estás bien? —preguntó Jackie en tanto regresaba con ambos tragos—. Me costó trabajo, pero finalmente los mojitos tienen ron.

—Es lo que necesito. —Casi se lo arrebaté de la mano para beberlo hasta el fondo.

—Calma, chica —pidió mi amigo tratando de quitarme el trago, pero lo alejé de él y lo fulminé con la mirada—. Está bien, te lo dejo, pero tranquila.

—Es una idiota —vociferé con enojo—. Yo la amo, Jackie, haría todo por ella y ella solo se queda con el estúpido novio que... que la... —me detuve, por poco lo dije, pero me detuve a tiempo.

—Sí, la trata muy mal, es cierto. —Jackie suspiró y acomodó una silla para que yo tomara asiento. Eso hice—. Entiendo tu enfado. El amor es difícil.

—¿Por qué no me ama a mí? —Me volví para mirarlo y él negó con la cabeza. Ninguno de los dos tenía la respuesta a esa pregunta.

—En mi escuela anterior salí con un chico del equipo de esgrima —comenzó a decir luego de un rato—, era primera vez que salía con alguien en mi vida, es decir, estuve tanto tiempo descubriéndome que tenía mucho miedo de descubrirme al mundo y ser rechazado. Cuando alguien como él se fijó en mí, ni siquiera sabría decirte lo que sentí. Era un chico listo, guapo, carismático. Todos lo amaban. —Me regaló una sonrisa que escondía una expresión clara de dolor—. Me aferré tanto a él que dejé de importarme todo lo demás, hasta mí mismo. No quería perderlo, Nicky, porque temía que nunca más alguien pudiese fijarse en mí de nuevo. Finalmente alguien me reconocía como lo que era y no quería perderlo.

Yo tomé su mano en un gesto de apoyo. Salir del armario no siempre es fácil para todos y menos cuando encontrar tu propia identidad se tornaba tan complejo. A veces, es muy difícil lograr entender lo que sucede en nosotros y Jackie era un claro ejemplo.

—Luego de un tiempo, comenzó a tratarme mal. —Tragó con fuerza y apretó un tanto su mandíbula— Todos en la escuela lo hacían, yo era el freaky, el que no era chico ni chica, el que, según ellos, podía acostarse con cualquiera porque no me interesaba el género. Era el confundido, el indeciso, el puto. Era tantas cosas que comencé a crearme que no era más que esas etiquetas, y él solo alentaba los comentarios. Solía decirme que tenía que tomar una decisión, que no podía no tener un género, me obligó a usar el pronombre de “él” y a hacerme llamar Jackson. Y yo estaba tan aferrado al temor de estar solo que lo dejé tomar el control.

—No tenía idea, Jackie, de verdad lo siento mucho. —Me acerqué a abrazarlo, gesto que correspondió al instante. Luego volví a tomar distancia y esperé a que continuara. Su mirada era un tanto distante y sus ojos se habían llenado de lágrimas que amenazaban con escapar.

—Lo que quiero decir con esto, Nicky, es que a veces aceptamos la mierda porque tenemos miedo —aclaró su garganta y bebió un sorbo de su coctel—. Olivia debe tener miedo de Marcos, pero su temor más grande debe ser amarte a ti. Tú tuviste años para entenderte, yo tuve años para descubrirme, pero ella recién se percató de que algo pasaba con tu accidente. Ella sigue descubriéndose y sigue tratando de entender lo que le sucede.

Tragué con fuerza, él tenía razón. Yo no podía culpar a Olivia de sus temores, sabía que no era sencillo, menos con sus padres. Solté un largo suspiro y terminé mi bebida. Tenía que comenzar a aceptarlo.

Los tragos se sumaban, la música se ponía cada vez mejor y la fiesta subía de tono. Por lo general ese tipo de baile terminaba en casa de alguno de los chicos de la escuela con tragos de verdad y habitaciones para actividades extracurriculares y esa no sería la excepción. Lo noté cuando todos empezaron a marcharse en grupo. Laura se acercó a nosotros con prisa y una sonrisa cargada de complicidad: la fiesta seguiría en su casa y, por supuesto, estábamos invitados. Miré a Jackie para ver su expresión y deducir si seguir en otro lugar era parte de su plan. Con sus ojos llenos de emoción sus palabras no fueron necesarias.

Esa noche éramos un grupo pequeño, al parecer había una fiesta mucho más grande en casa de algún chico del equipo de baloncesto que opacó por completo la nuestra. Apenas estábamos unas pocas chicas del equipo y algunos amigos más. Debíamos ser cerca de quince o veinte personas. Estaba lo suficientemente ebria como para no poder contar con claridad, pero no lo bastante como para no poder seguir disfrutando, o al menos fingir que lo hacía.

Ese debía ser mi cuarto o mi quinto shot de tequila. Bebía por despecho, de eso estaba segura. Jackie bailaba solo en el medio del living y el resto de los chicos ya estaba en alguna habitación o bebiendo en el sofá. Decidí tomar la botella e irme hasta el jardín; necesitaba algo de tranquilidad, la cabeza me daba vueltas y las ideas seguían siendo intrusas en mi mente. Pensaba en Olivia y en nuestros momentos, en el fútbol, en la terapia y en Gio, siempre pensaba en Gio.

—Hey, Nicky —saludó Sam, en tanto se sentaba a mi lado—. ¿Todo bien?

—Sam —sonreí a medias como pude—, sí, eso creo.

—¿Y Olivia? —preguntó echando sal a la herida.

—Ocupada con Marcos —bufé—. Ya no me interesa.

—Guau —exclamó mostrando un gesto claro de asombro—. Jamás pensé escuchar eso. Pensé que tú y Olivia, ya sabes, andaban o algo.

Yo reí en tono de burla. “Andar” con Olivia. No pude evitar pensar en nuestro momento íntimo en la cocina de casa, la manera en la que me detuvo y luego me dijo que era por lo que Marcos le

había hecho, pero luego corrió a los brazos de Marcos y, aparentemente, dejó todo atrás.

—Eso nunca va a pasar —aclaré su duda antes de tomar un sorbo de tequila directo de la botella.

—Bueno, chica —intervino Sam, quitándome el licor de las manos—, ha sido suficiente por hoy, me parece.

Se colocó de pie y extendió su mano para tomar la mía y ayudarme a pararme. Yo la miré dudosa de hacerlo. Colocarme de pie y regresar sería volver a la realidad de mi vida y volver a enfrentar todo eso que estaba evitando, pero tarde o temprano tendría que hacerlo así que, ¿qué más podía perder?

Al entrar de nuevo a la casa, mi teléfono comenzó a sonar con insistencia, mensaje tras mensaje y luego una llamada. Era el tono que usaba para Olivia, así que opté por ignorarlo, pero las llamadas siguieron una y otra vez. La verdad era que no quería hablar con ella, ni escuchar su voz, ni sus razones para ignorarme de nuevo. No la quería escuchar hablando de Marcos o de lo mucho que lo amaba, no quería escucharla en lo absoluto.

—Jackie —llamé a mi mejor amigo al tiempo que apagaba mi teléfono—, ¿podrías pedirme un Uber? Quiero volver a casa. —Él asintió y se acercó a mí con el teléfono en sus manos. Yo me sentía algo mareada así que lo tomé del brazo para evitar perder el equilibrio.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó con sinceridad, realmente no le importaba dejar la fiesta por llevarme casa, eso lo sabía.

—No —sonreí a medias—, sigue disfrutando, ¿de acuerdo? Yo tengo que irme a descansar, mañana mis padres celebrarán mi cumpleaños con una cena en casa y es mejor que vaya a dormir algo. ¿Te veo mañana?

—Claro que sí. —Y me abrazó.

El camino a casa fue tortuoso. Yo vivía al otro lado de la ciudad así que la escuela, la casa de mis compañeros, los partidos y absolutamente toda mi vida me quedaba al menos a cuarenta minutos en auto, suponiendo que no hubiese tráfico. Era demasiado tiempo para pensar, cosa que no quería hacer.

El conductor manejaba con algo de apuro, lo cual agradecí, pero también maldije. Había bebido demasiado y las náuseas que sentía me estaban volviendo un poco loca. Para colmo, una canción melancólica sonaba en la radio a todo volumen y solo podía pensar en Olivia mientras la escuchaba. Rezaba algo de querer dejar de amar a la otra persona y dejar atrás el dolor. Cuánto lo deseaba. Cuánto deseaba dejar de amarla y poder dejarla atrás. ¿Por qué era tan difícil?

Apenas me bajé del auto, me incliné para sacar fuera todo lo que había bebido esa noche. Mi estómago estaba revuelto y mi cabeza quería explotar de dolor. Me preocupaba que mis padres me vieran en ese estado. Me castigarían de por vida como si ya no estuviese pasando por suficiente. Saqué de mi pequeño bolso una servilleta y limpié mi boca, respiré hondo y me

enderecé lo mejor que pude para caminar a casa. Me llevé un buen susto al ver a Olivia sentada frente al escalón de la entrada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con enfado. Ella no respondió, tenía los brazos cruzados sobre su pecho y su maquillaje estaba corrido, como si hubiese estado llorando desde hace un rato.

Hice de mi corazón una piedra fría y me llené de valentía para pasarle por un lado sin mirarla, pero no la suficiente como para no permitirle entrar. Abrí la puerta de casa y caminé hasta la cocina para ir por un vaso con agua. Ella me siguió.

—No hoy, Olivia, por favor, no hoy —rogué. Mi voz se escuchaba molesta, sin embargo, estaba a punto de quebrarse. No quería verla, así que no despegaba mi vista de la heladera, o del vaso, o del agua que estaba bebiendo.

Ella permaneció en silencio, su respiración se escuchaba errática y sollozos dejaban en evidencia que no se encontraba del todo bien. Me dolía el corazón por escucharla así, me dolía el corazón por no correr a consolarla como siempre lo hacía, pero más podía mi dignidad, o mi orgullo.

Terminé de beber el agua y coloqué el vaso en el lavaplatos. Me apoyé con ambas manos de la mesada y respiré hondo. Todo a mi alrededor daba vueltas y las náuseas volvieron a intensificarse. Quería vomitar de nuevo, de eso no tenía dudas, así que corrí tan rápido como pude al baño de la planta baja de mi casa. Por poco no llegué, pero lo logré y seguí expulsando el resto de bebida que quedaba en mi estómago. Me encontraba de rodillas en el suelo frente al inodoro y pude sentir las delicadas manos de Olivia tomarme del cabello para que no lo ensuciara con mis fluidos.

—¿Qué carajos quieres, Olivia?! —grité. En ese punto no me importaba que mis padres nos escucharan, no me importaba que alguien lo hiciera, estaba llena de ira, estaba llena de dolor, un dolor que no sabía expresar de otra manera que no fuese el rechazo—. Quiero que te vayas de mi casa, quiero que te lar... —Levanté la mirada y lo que vi me horrorizó—. ¿Qué demonios pasó?

Su labio estaba partido, lleno de sangre ya seca; su pómulos izquierdo tenía una marca violeta en casi toda la superficie y sus ojos estaban hinchados por tanto llorar. En sus brazos, poco más abajo de sus hombros, tenía marcas claras de manos que en algún momento la sujetaron con fuerza, enrojecidas ya llegando al morado. Su vestido estaba sucio y rasgado y alrededor de su cuello se podía ver una marca de rojo intenso, como si la hubiesen intentado estrangular. Ella no dijo nada, guardó silencio.

—¡No! ¿Fue Marcos? No. —Llevé mis manos a mi cabeza y apreté con fuerza mi cabello. La había destrozado, había destrozado por completo a mi mejor amiga—. Llamaré a la policía.

Di un paso para salir del baño; ella me tomó de la mano con tanta fuerza como pudo y negó con la cabeza. No estaba asustada, estaba aterrada, su mirada lo decía todo. Sus labios temblaban y las lágrimas volvieron a bajar de sus ojos.

—Olivia, no, esto no puede quedar así. Mira todo lo que te hizo. —Intentaba hacerla entrar en razón—. Hay que llamar a la policía, hay que... hay que... —el aire comenzó a faltarme, estaba desesperándome—, ¿te... acaso él... te violó?

Mi mejor amiga asintió con la cabeza y reventó en un llanto desconsolado antes de arrojarse a mis brazos buscando consuelo. Yo la abracé con fuerza, con mucha fuerza.

—Tenemos que llamar a la policía, Olivia, por favor —supliqué entre lágrimas.

—Tengo miedo —apenas susurraba—, me iba a matar, Nicky, pensó que estaba muerta, por eso me dejó ahí.

—No puede quedarse así, Oli, por favor, llamemos a la policía y ellos se harán cargo, por favor —seguí rogándole—. Yo estaré contigo, no te dejaré sola en ningún momento, por favor.

—¿Lo prometes? —preguntó luego de un largo silencio.

—Por supuesto que sí, lo prometo.

Capítulo 19

La policía llegó casi tan rápido como lo hicieron nuestros padres. Los míos estaban en casa de Olivia pasando una noche entre amigos, aprovechando que todos nos encontrábamos en el baile, seguros, a salvo. Mi mejor amiga no se soltaba de mi mano, no lloraba, ni hablaba, ni miraba a nadie, parecía estar perdida en algún rincón de su mente. Intentaron trabajar de la manera más humana posible. Una paramédica mujer nos guio hasta la parte posterior de una ambulancia y se dispuso a revisar los signos vitales de Olivia mientras le avisaba de antemano cada cosa que iba a hacer. Luego viajamos hasta el hospital sin prisa. Olivia se encontraba estable así que se esforzaron por no sobresaltarla de ninguna otra manera.

Ya en el centro de salud nos recibieron dos médicas también mujeres, una de ellas era forense. Nos hicieron pasar a una habitación privada y, a pedido de una psicóloga y una trabajadora social, permitieron que me mantuviese a su lado. Comenzaron a revisarla. Fue terrible, así se sentía. Mi mejor amiga ya había sido ultrajada por un animal y ahora yo sentía que lo estaba siendo también por el cuerpo médico. Algo dentro de mí estaba roto, algo dentro de mí no iba a poder sanar jamás luego de eso, y pensaba en que, si así me sentía yo, ella debía estar mucho peor. Cada paso que daban era avisado con anterioridad y ella debía otorgar su consentimiento. Podía sentir cómo su mano apretaba con más fuerza la mía cada vez que un «sí» salía de su boca. Algunas lágrimas corrieron de manera sutil por sus mejillas, pero su rostro no tenía ninguna expresión. Estaba vacía, quebrada, deshecha.

Se llevaron su vestido, tomaron fotos de su cuerpo desnudo, de todas las marcas, de cada golpe, moretón y rasguño. Incluso de sus manos y sus uñas. Ella había luchado, era una guerrera y se lo dijeron muchas veces, pues bajo sus uñas habían quedado restos de piel de su agresor, eso ayudaría en la investigación según aseguraba la forense. Marcos no había usado preservativo, eso afirmó Olivia y lo comprobaron con uno de los tantos estudios que le realizaron. Otra cosa que podría resultar beneficiosa para la policía, pero no terminaba ahí, no paraba luego de que manos con guantes, hisopos, frascos, bolsas, fotos y todo lo demás se acabara, luego venía algo mucho más difícil: la declaración. La tomaron dos policías mujeres, ambas fueron muy pacientes y no presionaron el relato de Olivia, lo que supuso un alivio para mí.

—¿Puedes decirnos qué pasó? —preguntó una de ellas, la morena de cabello corto.

Mi mejor amiga tragó con fuerza y apretó mi mano una vez más.

—Sabemos que puede ser difícil, pero necesitamos saber qué sucedió para poder ayudarte —aseguró la segunda oficial, una morocha de cabello oscuro y ojos azules.

—Nadie puede ayudarme —susurró mi mejor amiga en un tono de voz tan bajo que casi no

pudimos escucharla.

—Ayúdanos a atrapar a tu agresor, Olivia, ayúdanos a ayudarte —pidió con voz pasiva la primera oficial.

—Acepté volver con Marcos porque me amenazó con subir el video de la primera vez que lo intentó hacer. Yo temí por mí y por mi familia, sabía que algo como eso nos dañaría a todos —su voz era apenas un hilo perceptible—, pero él estaba molesto. Ha estado muy irritado todos estos días, muy celoso y más posesivo de lo habitual. Les juro que yo quise huir, pero tenía mucho miedo de que me hiciera daño.

—No es tu culpa, Olivia, nada de esto lo es —le aseguró la primera oficial otorgándole así un segundo para respirar.

—Llegamos al baile bastante temprano, estábamos con sus amigos, Marcos bebía y yo lo acompañaba en silencio, como siempre —aclaró su garganta—. Solo fui un par de minutos al baño y me topé con Nicky, quise felicitarla por su cumpleaños, sería rápido, lo juro —decía intentando disculparse.

—¿Qué sucedió luego? —preguntó ahora la segunda oficial.

—Marcos se acercó y me tomó con fuerza, así supe que se había enfadado. Lo invité a bailar, pero él ya no quería seguir en la fiesta y me dijo que me llevaría a casa. —Esperó algunos segundos antes de continuar—. Yo le creí, pensé que él me gritaría un poco y que llegaría a casa y todo sería como siempre, pero no fue así, fuimos a su casa, me hizo pasar a la casa de la piscina y...

Se quedó callada, como si de repente solo hubiese olvidado cómo hablar. Ambas oficiales se miraron a los ojos y luego observaron a Olivia.

—¿Qué pasó luego? —preguntó la segunda oficial.

—Dijo que aprendería la lección —contestó con la voz quebrada—, dijo que aprendería la lección.

Y así, solo así, reventó en un llanto imposible de contener. Todas guardamos silencio y le dimos el tiempo que necesitara para desahogarse. Yo quería llorar con ella, quería reventar en ese mismo llanto y abrazarla, abrazarla con fuerza, pero no podía, así que me limité a tomar su mano y nada más. Pasado un rato pareció tranquilizarse y siguió con su relato.

—Comenzó a arrancarme el vestido, le pedí que parara, les juro que le pedí que se detuviera. —Me miró a los ojos y yo asentí.

—Te creo —le aseguré—. Te creo, Oli.

—Él me tomó con mucha fuerza de los brazos. Marcos es mucho más alto y mucho más fuerte que yo. Intenté defenderme, pero fue imposible. Me dijo «No niegues que te gusta», mientras él... mientras... —Me miró de vuelta.

—Tienes que decirlo, Olivia —pidió la primera oficial.

—Me estaba penetrando —soltó sin anestesia—, dolía mucho. Yo comencé a gritar y Marcos se asustó, me pidió que me callara y cuando no lo hice me sujetó del cuello con sus manos. Intentaba asfixiarme, él... él no dejó de penetrarme mientras me ahorcaba, no lo hizo hasta que acabó y recién ahí —aclaró su garganta de nuevo, su expresión era ausente—, me colocó de espaldas y me puso su cinturón alrededor de mi cuello, no podía respirar. Me dijo «Te mereces morir, perra». Yo leí en algún lugar que lo mejor para hacer en esos casos es fingir estar muerta, capaz solo lo escuché en una película, no sé si fue lo que me ayudó a sobrevivir, pero eso hice. Pude sentir cómo escupió sobre mi rostro, pero seguí aguantando la respiración por otro rato más.

—Fuiste muy inteligente, Olivia —aseguró la segunda oficial.

—Se marchó rápido, creo que ni siquiera era consciente de lo que acababa de hacer —siguió mi mejor amiga—. Yo me quedé inmóvil por mucho tiempo, tenía miedo de que regresara y se diera cuenta de que seguía viva y eso hizo, volvió por mí, recogió mi cuerpo y me tiró en el baúl de su camioneta. No viajamos por mucho tiempo, sentí el auto detenerse. Marcos abrió el maletero de su auto y me tiró a un lado del camino, como a un perro recién atropellado, como a una bolsa de basura.

—Eres muy valiente, Olivia, haremos todo lo posible por hacer justicia —le aseguró la primera oficial—. Volveremos a llamarte para que declares en la comisaria. Por ahora, descansa.

Mi mejor amiga asintió con la cabeza y ambas mujeres se retiraron en silencio. Yo no sabía qué decir ni qué hacer. Olivia no quería ver a sus padres ni a nadie más, solo quería que me quedara yo junto a ella, pero para mí era difícil, era muy difícil, necesitaba un respiro, necesitaba tan solo una pausa. No podía deshacerme de la imagen del rostro de Oli cuando me giré a verla en mi baño. No podía deshacerme de la culpa que sentía por no haber atendido el teléfono. Y recordé su rostro, recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo sus manos sujetaban con fuerza las mías y luego el dolor, el dolor y los gritos. Algo presionaba mi pecho, algo pesado que no me permitía respirar, que no me permitía moverme. No podía volver a pasar por eso, no podía.

Me solté de la mano de Olivia y corrí fuera de la habitación. Mis padres y los suyos me vieron pasar, pero no les presté mayor atención, necesitaba aire fresco, necesitaba salir de ese lugar, necesitaba dejar de pensar y dejar de sentir, fuese como fuese. Estaba desesperada, necesitaba tomar medidas desesperadas, necesitaba que parara ya.

—No es justo —decía entre lágrimas mientras golpeaba la ventana de un auto en el estacionamiento—. No es justo, maldita sea, no es justo —repetía una y otra vez.

—Hey, hey, hey —escuché decir a la voz de Oliver, quien me tomaba con delicadeza de las muñecas y me llevaba contra su cuerpo para darme un abrazo.

—No es justo —seguí diciendo una y otra vez, llorando de manera desconsolada. Él también lo

hacía, podía sentir sus lágrimas caer sobre mi cabeza y empapando mi cabello.

—No lo es, no lo es —me aseguró—, pero ese maldito las va a pagar, no hay manera de que escape de esto —prometió con una certeza que a mí me hacía falta.

Estaba amaneciendo, los primeros rayos de sol ya iluminaban el estacionamiento del hospital. Oliver no dejaba de abrazarme, estuvimos así por tanto tiempo que perdí la cuenta, pero algo de ese abrazo, algo de ese calor logró estabilizarme por al menos un instante. Cerca de las siete de la mañana mis padres salieron del edificio, ambos con ojeras largas y ojos hinchados. Nos miraron a Oliver y a mí y se acercaron a un ritmo pasivo, bastante lento.

—Es hora de irnos a casa —me dijo mi madre mientras extendía su mano para apretar el hombro de Oliver en un gesto cálido y compasivo.

—No me iré —discutí enseguida—. No me iré sin Olivia.

—Olivia está dormida, la sedaron para que pudiese descansar —siguió hablando mi padre—. Vayamos a casa, toma una ducha, descansa un poco y prometo traerte de regreso cuando hayas comido algo.

¿Comer? No podía pensar en comer. No podía pensar en ir y arreglarme. No podía pensar en ir a dormir, no sin mi mejor amiga, pero lo cierto era que estaba hecha un desastre, apenas me había puesto un jogging y un buzo gigante que conseguí entre mi ropa para correr junto a Olivia al hospital. Eché atrás mi cabello con una mano y terminé por ceder.

—Pero volveré al hospital por Olivia —advertí y mi padre asintió.

Una vez en el auto, mi padre se tomó su tiempo para encender el motor. Parecía sumergido en sus pensamientos; mi madre, por otra parte, contenía un llanto que estaba a punto de explotar. El ambiente era tenso, muy tenso.

—Mamá... —susurré colocando mi mano sobre su hombro. Bastó ese gesto para que dejara correr todas esas lágrimas que había estado aprisionando.

—¿Cómo es que vivimos en un mundo donde les pasa esto a nuestras hijas? —se cuestionó ahogada en llanto. Yo respiré hondo—. ¿Cómo es que nuestras hijas ni siquiera están seguras con sus compañeros de clase? ¿Cómo pasamos por alto las señales?

—No es nuestra culpa, amor —intentaba tranquilizarla mi padre—. Solo es culpa de ese joven y ya la policía se encargará de hacer su trabajo.

—Yo lo sabía —confesé sintiéndome aún más culpable. Mis padres se giraron a verme con sorpresa en sus ojos—. Ya lo había intentado antes, yo lo sabía y no hice nada. Estaba tan molesta porque Olivia decidió volver con él y no estar conmigo que no vi nada más, no pude ver nada más.

—Tampoco es tu culpa, cielo —me aseguró mi padre con una sonrisa forzada y unos ojos llenos de dolor—. El único responsable es Marcos.

Quería pensarlo así, quería sentirlo así, pero no podía, no dejaba de reprocharme que quizás de

haber sido menos orgullosa la hubiese salvado, hubiese podido evitar que todo sucediera y Olivia estaría a salvo conmigo.

Esa mañana tomé una ducha larga, muy larga. Algo en mí se sentía sucio y tenía la necesidad de limpiarlo de manera compulsiva. No dejaba de pensar en Olivia y en cómo debía estar sintiéndose, no podía dejar de pensar en Marcos y de preguntarme si ya la policía habría ido por él. No dejaba de culparme por lo sucedido.

La ropa no fue de mi mayor interés. Me puse cualquier cosa de mi armario y bajé por un vaso con jugo y una manzana para así poder marcharme al hospital una vez más.

Mi madre estaba sentada en el sofá intentando leer algunos informes de su trabajo, pero lucía más distraída que otra cosa. Apenas levantó la mirada cuando me vio bajar y tardó algunos segundos en reaccionar y seguirme.

—Tienes que descansar —rogó con voz tranquila.

—Descasaré cuando Olivia esté en casa y Marcos, en la cárcel —contesté con algo de desdén. ¿Cómo podían pensar en descansar cuando mi mejor amiga estaba pasando algo como eso?

—A Olivia le darán el alta hoy y la llevarán a casa. Tú tienes sesión de terapia y no puedes descuidar tu propia salud —siguió hablando ella.

—Haré la terapia en el hospital y luego iré con Olivia a esperar por su alta, mamá, pero no me quites el derecho de estar a su lado —esta vez rogué yo, necesitaba estar junto a ella.

—Llamaré a Ramsés y le diré que adelante tu sesión —cedió con serenidad—. Solo... pon de tu parte, Nicky.

Yo asentí antes de tomar un sorbo de jugo y morder la manzana. Luego corrí por las llaves del auto y me marché con prisa.

La sesión con Ramsés duraba cuarenta y cinco tortuosos minutos, pero por primera vez sentía que debía sacar todo eso que llevaba dentro. Necesitaba de la terapia, sin embargo, las palabras no lograban salir de mi boca. Sentía que hablarlo lo haría aún más real, aún más doloroso. Sentí que ponerle palabras, o un título, o un nombre sería darle forma, darle forma a un monstruo que yo no iba a saber controlar, así que solo lloré, lloré por un tiempo largo y prologado mientras mi terapeuta me miraba inexpresivo, cediéndome mi tiempo y mi espacio. Al igual que en cada sesión, Ramsés me permitía expresarme, o no, de la manera en la que me sintiera más a gusto. Jamás me obligó a responder algo, ni me presionó para que dijera las cosas. Intervenía cuando lo creía oportuno y ¡vaya bomba me arrojaba!

—Cuánto dolor hay en ti, Nichole —afirmó tomándome por sorpresa. Él no solía hacer ese tipo de comentarios, pero esa vez lo había soltado sin más.

Yo pensé en sus palabras, eso era lo que había dentro de mí, dolor, mucho dolor. Dolor por mi accidente, por la muerte de Gio, por la imposibilidad de estar con Olivia, por su rechazo y ahora por su violación. Tenía mucho dolor y hasta ese entonces no lo había pensado de esa manera, es

decir, sabía que algo no andaba bien, estaba consciente de todo el malestar, pero no había entendido que en realidad todo era dolor, un dolor que estaba tan calado en mis huesos que era imposible de ignorar.

Terminé la sesión con esas palabras martillando en mi cabeza, pero apenas acabó el tiempo, corrí hasta la habitación de Olivia. Ella terminaba de vestirse, ya se colocaba su última pieza de ropa: una chaqueta de jean holgada. Seguía luciendo terrible, pero tenía mejor semblante. Las marcas de su cuello eran difíciles de ignorar y ese violeta intenso en su pómulos llamaba mucho la atención.

—Oli... —le saludé. Ella me miró e intentó forzar una sonrisa.

—Debo ir a la comisaria a declarar una vez más —comenzó a decir para tenerme al tanto—, detuvieron a Marcos esta mañana y tengo que ir a identificarlo entre otros cuatro sujetos, como si no supiera que fue él quien...

Guardó silencio en el instante en el que su voz se quebró un poco. Yo me acerqué y subí mi mano para acariciar su mejilla, pero ella rechazó el gesto casi como un reflejo. Yo tragué con fuerza y alejé mi mano de su rostro.

—Lo siento —me disculpé.

—No, no es tu culpa —intentó tranquilizarme—, es instintivo.

Olivia extendió su mano para tomar la mía y la llevó con lentitud hasta su cara. La colocó sobre su mejilla ilesa y dirigió la caricia. Yo me acerqué un paso más, quería sentirla cerca de mí, quería ser como una burbuja protectora que la defendiera de cualquier cosa que pudiera lastimarla en el exterior. Ella apoyó su frente contra la mía y soltó un largo suspiro.

—Gracias —susurró mirando mis labios. Yo miraba los suyos, quería besarla, pero no sabía si ella estaba lista para eso, cosa que comprobé cuando apretó la boca y negó con la cabeza alejándose de mí.

—Te acompañaré —le aseguré apretando su mano entre la mía.

—No, mis padres están esperando por mí, lo mejor es que nos veamos luego —dijo intentando ser sutil, pero me estaba evitando, podía darme cuenta en su manera de no mirarme.

—¿Eso significa que no volverás a responder mis mensajes? —cuestioné con el corazón apretado.

—No estoy lista para ti —confesó dejando escapar un par de lágrimas de sus ojos—, y no creo que alguna vez pueda estarlo, Nicky. No me lo hagas más difícil, por favor.

Yo asentí en silencio, sentía mi corazón volver a romperse y un nudo en la boca de mi estómago que no me permitía tragar saliva ni emitir palabra, pero esta vez debía entender, esta vez ella estaba en todo su derecho de querer estar sola, de no desear estar conmigo. Esta vez no iba a poder reprocharlo, así que me acerqué a besar con suavidad su frente y luego me marché a casa.

Capítulo 20

Seguía escapándome cada noche para entrenar a escondidas en la cancha de la escuela, pero hacía un par de días que no me iba nada bien. Perdía con rapidez el balón, me tropezaba con mis propios pies y no era capaz de hacer que la pelota entrara en el arco. Estaba frustrada, muy frustrada. Pateaba una pelota tras otra y gritaba en cada patada. Ya mi cuerpo estaba exhausto y mi pierna comenzó a doler de manera molesta.

—¡Demonios! —maldije al tiempo que me tomaba la cabeza con ambas manos.

—Eso fue patético —oí su voz, pero era imposible—, totalmente patético. ¿Así cómo vas a vencerme? —Soltó una risita.

Yo comencé a mirar en todas las direcciones, ¿de dónde venía la voz? ¿Me estaba volviendo loca?

—Vamos, Nicky, ¿para eso me mataste? —preguntó Gio. Mis manos comenzaron a sudar y recordé su rostro, recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío y cómo sus manos sujetaban con fuerza las mías. Me faltaba el aire, estaba perdiendo la cabeza, eso era imposible.

—Déjame en paz —pedí—. ¡Déjame en paz!

La escuché reír, la escuché reír como solía reír siempre y el pecho comenzó a dolerme.

—¡Basta! —supliqué entre lágrimas mientras me dejaba caer en el suelo sobre mis rodillas—. ¡Basta!

En ese instante, el sonido de las puertas de los vestidores me hizo reaccionar, así que levanté la mirada y me topé con la de mi entrenadora. Ella me miró preocupada, pero mantuvo la distancia.

—¿Qué sucede conmigo? —pregunté entre lágrimas.

La señorita González soltó un suspiro y se acercó luego de chequear la hora en su reloj.

—Eso te quería preguntar: ¿qué sucede contigo? —Se agachó a mi lado cruzando los brazos sobre su pecho.

—Lo de Olivia me tiene fuera de mí, no logro concentrarme, no logro pensar con claridad —confesé mirándola a los ojos—. La extraño.

—¿A Olivia? —preguntó para aclarar mi idea.

—A Gio, extraño a Gio, cada vez que piso esta cancha pienso en ella, éramos increíbles juntas, ella era increíble y yo... no sé hacer esto sin ella —dije con pesar—, yo... yo sobreviví y ella no y ahora estoy aquí y cada vez que tengo el balón en mis pies y levanto la mirada espero verla a ella y no está, ella no está.

—¿Te sientes culpable? —Parecía interesada. Yo suspiré y asentí.

—Gio debería estar aquí, no yo —seguí, pero ella negó con la cabeza.

—Este lugar también es tuyo —aseguró apoyando su mano en mi hombro.

—¿Y por qué no lo siento así? —cuestioné pensando en sus palabras.

—Porque no te lo permites, Nichole —contestó en un tono decisivo—. En tres semanas hay un partido importante, tienes que tomar una decisión, pero por favor, hazlo por ti.

La miré solo un segundo y asentí con mi cabeza. Era un ultimátum, lo sabía, debía tomar una decisión, pero desconocía si estaba lista para hacerlo, no me sentía tan valiente.

Apenas salí de la cancha llamé a Olivia, necesitaba hablarlo con ella, necesitaba escuchar su opinión, pero aún más su voz. La extrañaba, extrañaba verla y charlar con ella, extrañaba tenerla a mi lado.

—Nicky —atendió con voz adormecida—, ¿está todo bien?

—No lo sé —confesé—, quiero verte.

—Eh... yo... —Suspiró y esperó algunos segundos para hablar—. Es tarde —se disculpó.

—Sí, lo sé, lo siento... —dudé—. Descansa, ¿sí? Hablamos luego...

—Espera —me interrumpió—, puedes venir un rato, pero solo un rato.

—Gracias —contesté antes de colgar.

Entré a su casa a hurtadillas. Yo tenía llaves y mi mejor amiga me pidió ser silenciosa, pues no quería que sus padres supieran que yo había ido esa noche. La puerta de su habitación estaba abierta, pero apenas estuve dentro ella se colocó de pie y la cerró con sumo cuidado. A mí me costaba trabajo, hasta que finalmente subí la mirada y la observé. El violeta de su pómulos ya era más bien amarillo, las marcas de su cuello eran sutiles y las de sus brazos se habían ido casi por completo, sin embargo, tenía ojeras difíciles de disimular y sin dudas había bajado de peso unos cuantos kilos.

—Se supone que no debemos estar con la puerta cerrada —le recordé. No me hizo mayor caso. Por el contrario, me tomó de la cintura y se acercó para besarme.

Yo tardé en reaccionar, pero luego la correspondí tomándola de la misma manera. Ese beso pasó de cero a todo en un instante. Sus manos se aferraban con fuerza a mi cuerpo y las mías intentaban sostenerla lo más cerca de mí posible.

Pasado un rato, Olivia me llevó hacia la cama con cuidado y yo seguí su paso. ¿Quería más? Claro que sí, pero no estaba segura de que fuese lo correcto, no después de lo que le había sucedido.

—¿Estás segura? —pregunté en un susurro y ella asintió—. Podemos parar si eso quieres.

—No es lo que quiero. —Se detuvo para mirarme a los ojos—. Te quiero a ti, déjame tener lo que quiero.

Esta vez asentí yo al tiempo que subía el camisón de su pijama. Ella no lo evitó, por el contrario, subió sus brazos y permitió que se lo quitara. Su cuerpo estaba delgado, muy delgado,

y aún algunos golpes se dejaban ver sobre la piel de su abdomen y sus piernas. Me dolía verla así, me dolía imaginarme todo el horror que había tenido que atravesar.

Algunas lágrimas escaparon de mis ojos y Olivia lo notó al instante, así que separó nuestros labios y las secó con la yema de sus dedos.

—No quiero sentirme así —rogó intentando que la mirara a los ojos—, no quiero sentir que soy la chica a la que violaron, no me mires de esa manera, por favor, mírame como siempre lo has hecho.

Levanté mi mano y tomé un mechón de cabello para colocarlo detrás de su oreja; luego besé su frente.

—¿Por eso lo estás haciendo? —pregunté con intriga sin alejarme de su cuerpo—. Quiero hacerlo porque tú deseas estar conmigo y solo por eso.

—Marcos me quitó el derecho a escoger, Nicky —soltó con la voz quebrada—. No me lo quites tú también.

—Jamás lo haría —respondí antes de volver a besar sus labios con suavidad.

Ella se aventuró a quitarme la camiseta y terminó junto a mí el camino hasta la cama, donde me hizo acostarme para colocar su cuerpo sobre el mío. Mis manos comenzaron a recorrer su espalda y las suyas me sujetaban a cada lado de mi cuello. No podía negar que amaba sentir su calor, sus caricias. Amaba sentirla a ella.

Al cabo de un rato de besos y caricias, giré sobre nuestros cuerpos para quedar sobre el suyo. Ya el momento había subido su intensidad, nuestras respiraciones se escuchaban entrecortadas y su lengua buscaba deseosa la mía dentro de mi boca. Yo me acomodé entre sus piernas y Olivia se aferró con fuerza a mi espalda, pero luego me empujó.

—No, no, detente —suplicó asustada. Yo retrocedí aún sobre la cama y la miré igual de aterrada. ¿Qué había hecho?

—¿Te lastimé? ¿Te hice daño? —pregunté llena de temor de haberlo hecho.

—No, no, no puedo —soltó con algunas lágrimas amenazando con salir de sus ojos—. Te dije que no estaba lista para ti.

—No te estoy presionando, Oli, tranquila —intenté calmarla—. Solo vamos a dormir, ¿sí?

—Vete —pidió con voz temblorosa—, por favor, vete.

Me coloqué de pie y me incliné a tomar mi camiseta del suelo. Quise decir algo, quise girarme y decirle algo, pero no tenía el coraje ni sentía tener el derecho, así que me tomé un par de segundos para respirar antes de marcharme. Sin embargo, justo en el instante en el que me iba a colocar la camiseta de vuelta, su madre abrió de manera repentina la puerta y nos encontró en una situación muy difícil de explicar.

Charlotte clavó sus ojos sobre mí y luego lo hizo en Olivia. No dijo nada, su expresión de sorpresa se convirtió en una de enfado, lo que me obligó a vestirme con rapidez. Lo mismo hizo

mi mejor amiga.

—Mamá, no es lo que...

—¿No? —El tono de voz de su madre estaba bastante elevado. Yo la miré con temor, todo se iba a ir al demonio—. Márchate de la casa, Nichole. ¡Ahora!

Y eso hice, salí y corrí a casa. Estaba asustada. Charlotte siempre había sido clara, ella jamás iba a permitir que su hija tomara las mismas decisiones que yo, ese era el límite que no se nos iba a permitir cruzar.

Cuando llegué a casa, ya mi madre me esperaba en la sala de estar con los brazos cruzados sobre su pecho. Llevaba puesta su bata de dormir, así que supuse que Charlotte la había despertado para avisarle lo sucedido. Apenas me vio, negó con la cabeza.

—Te lo dije, Nichole Salomé. —Su voz estaba cargada de enojo—. ¿Cómo te defiendes de esto? ¿Cómo te ayudo ahora?

—Mamá, te juro que no pasó nada —aclaré con temor y no era mentira. No quería que me alejaran de Olivia por eso, no quería perderla por unos besos.

—No es lo que Charlie afirma y realmente no sé si creerte —seguía discutiendo. Ella evitaba mirarme a los ojos, así sabía cuán decepcionada estaba de mí.

—Solo nos besamos, lo juro. —Yo sonaba desesperada, necesitaba que ella me creyera, necesitaba que alguien lo hiciera.

—¿Qué hacías en su casa a esta hora, Nichole? ¿Por qué no estabas en tu habitación? ¿Es ahí a donde te escapabas cada noche? —cuestionaba, lanzaba una pregunta tras otra y tan rápido que no me daba tiempo para responder.

—No, no la veía desde su alta, no es eso lo que hago. —Intenté sonar tranquila, pero estaba a punto de llorar y mi voz me delataba.

—Vete a tu habitación, Nichole, y déjame ver cómo resuelvo esto —ordenó—. Por ahora, mantente lejos de ella.

—Mamá, no me hagas esto...

—Te lo hiciste tú sola, Nichole, sabías que si Charlotte se enteraba... tú sabías las consecuencias. —La escuché maldecir por lo bajo. Lucía realmente molesta, así que opté por obedecer y subí a mi habitación.

Los días siguientes en casa y en la escuela fueron tensos. Olivia seguía sin asistir a clases, pero incluso Oliver empezó a ignorarme. Mi madre me quitó el teléfono para evitar que le escribiera a mi mejor amiga y estaba segura de que Charlotte había hecho lo mismo con Olivia. Yo no lograba concentrarme en nada que no fuese ese tema, dejé de prestar atención a las clases, me iba mal en mis entrenamientos nocturnos y también en la fisioterapia. Las sesiones con el psicólogo, por su parte, hicieron un retroceso significativo. Yo llegaba y me sentaba en silencio por

cuarenta y cinco minutos, incluso Ramsés intentó hacerme hablar, pero yo estaba reacia a hacerlo.

Me sentía sola, me sentía más sola que nunca. No tenía a mi mejor amiga, no tenía a mi hermano, no tenía a mi segunda familia y hasta mis padres estaban muy molestos conmigo como para llevar una relación normal. Solo tenía a Jackie, solo tenía a mi amigo a mi lado.

—La extraño —confesé mientras miraba al equipo de fútbol entrenar.

—Pronto volverá a la escuela —me tranquilizó Jackson—. Pero ¿estás lista para eso? Es decir, si llega y no te habla o no te mira.

—No, no lo estoy —contesté con pesar—. Realmente jamás lo estuve. Cada vez que ella dejaba de responder o dejaba de venir a casa... realmente nunca estuve lista para su rechazo.

Solté un suspiro. Más que triste y sola me sentía culpable. Sentía que yo había ocasionado todo ese problema y que era yo la que estaba mal.

—Di Lorenzo —me llamó mi entrenadora desde la cancha haciéndome volver de mis pensamientos—, necesito hablar contigo en mi oficina, ahora.

Su expresión era seria y su voz, firme. Yo estaba asustada, sabía que tenía que ver con ese partido que se acercaba, con ese ultimátum que me había dado.

La oficina de la señorita González era pequeña, pero cómoda. Tenía un viejo escritorio en caoba al centro y una pared llena de reconocimientos, medallas y diplomas detrás. A un lado, una vitrina con tantos trofeos que se amontonaban unos sobre otros y a las otras fotos con todos sus equipos.

—Tenemos un problema —aseguró una vez que tomé asiento frente a su escritorio. Ella parecía concentrada, como si intentara buscar la manera correcta de decir lo que estaba por decir—. No sé qué hiciste, pero llamaron del consejo y te quieren fuera.

—No, me estoy preparando para el siguiente juego, por favor, lo haré —rogué asustada. Si me sacaban del equipo, jamás conseguiría una oportunidad tan buena para jugar fútbol de nivel profesional.

—No estás entendiendo —dijo con pesar—. Te quieren fuera de la escuela y se quieren agarrar del hecho de que no estás jugando fútbol y que por eso ya no eres candidata para una beca.

¿Fuera de la escuela? ¿Quién me haría eso? ¿Por qué me harían eso?

—No pueden quitarme la beca, es todo lo que tengo —rogué con lágrimas en mis ojos.

—Sí pueden y lo harán, por eso necesito que en el próximo partido demuestres que ese es tu lugar y que nadie puede arrebatártelo. —Mi entrenadora se colocó de pie y apoyó ambas manos en su cadera—. Te veo cada noche, Nicky, eres excelente. Tienes que hacer eso en la cancha, en el juego, demuéstroles que si te quitan esa beca será el peor error de sus vidas.

—Es por Olivia —murmuré para mí misma—. Es su abuelo, es él quien me quiere fuera. No puedo creerlo, ¿cómo...?

No podía creer que Charlotte hubiese llegado tan lejos. No podía creer que alguien que hasta hace pocos días era una segunda madre para mí estaba dispuesta a arrebatarme mi futuro por algo tan insignificante como unos besos. Algo dentro de mí, muy dentro, se volvió pedazos, se quebró y todas las piezas parecieron deshacerse en el aire como polvo. Estaba hecha trizas, yo confiaba en Charlotte, yo confiaba en la familia de Olivia y ahora ella estaba destruyéndome.

Mi madre me recogió esa tarde, ya había sido avisada de la decisión del consejo y más que enfadada, se veía triste. Apenas la vi de pie en el estacionamiento, corrí a abrazarla. Necesitaba sentir su calor, necesitaba acurrucarme en sus brazos y buscar consuelo en ella. Tenía miedo, estaba aterrada por lo que pudiese suceder. Sabía que buscarían cualquier excusa para echarme y yo no era nadie para luchar contra ellos, mi familia no tenía el apellido ni el dinero para pelear a mi lado.

El camino a casa fue silencioso e incómodo. No sabía qué decir para arreglar las cosas. No sabía qué hacer para disculparme por hacerla pasar por todo eso, por arruinar así mi vida, esa vida por la que ella también había luchado.

Ya en el tramo final mi madre tomó un desvío, cosa que me sorprendió un tanto. No podía ser verdad, pero sí, efectivamente me llevaba a casa de Olivia. Mi corazón empezó a latir con mucha fuerza y un nudo se me hizo en la garganta. ¿Qué haría? ¿Qué se suponía que hacíamos en ese lugar?

—Quédate en el auto —ordenó al tiempo que se bajaba y cerraba la puerta del conductor con furia.

Charlotte ya la esperaba en el portal de la casa con los brazos cruzados sobre su pecho. Lucía furiosa, nada así podía terminar bien y eso lo sabía. Desobedecí a mi madre y bajé del auto. La seguí. Ella casi corría en dirección a la mujer que solía ser su mejor amiga y, ya de pie frente a ella, comenzó a gritar.

—¿De verdad, Charlie? ¿Tu plan es destruir el futuro de mi hija? —Estaba alterada, jamás la había visto hablarle así a Charlotte ni a nadie más.

—Tenía una regla, Jenn, una regla —se defendió la mamá de Olivia en el mismo tono—. Sabía que todo esto saldría mal cuando permitiste que tu hija se hiciera homosexual. Me pediste que le diera una oportunidad y cedí porque lograste convencerme, pero ahora tu hija hizo a mi hija homosexual. Mi hija no era esto.

—¿La hizo homosexual? ¿De verdad? —Mi madre había quedado perpleja por esas palabras—. No es una enfermedad ni mucho menos es contagioso, Charlotte. Mi hija es gay y yo estoy orgullosa porque tuvo el valor de aceptarse, pero eres demasiado ciega si nunca te diste cuenta de que nuestras hijas están enamoradas desde hace mucho.

—Mi hija no está enamorada de la tuya, Jenn, está confundida —justificó Charlie mientras caminaba de un lado a otro—. Tu hija la confundió y ahora necesito que se aleje para que mi hija

se dé cuenta de que no es eso lo que quiere.

—¿Te estás escuchando? —Mi madre rio con ironía—. ¿Acaso escuchas lo que dices? Eres patética, Charlotte, y no voy a permitir que arruines la vida de mi hija por culpa de tu homofobia.

—Te equivocaste criándola, Jenn, admítelo de una vez —exigía la madre de Olivia.

—No, lo hice muy bien —se defendió mi madre—. Mi hija es hermosa, valiente, educada y siempre ha luchado por lo que quiere y es por esa razón que conservará su beca y es por esa razón por la que le permitiré luchar por Olivia.

—No te equivoques, Jennifer, no la quiero cerca de mi hija —advirtió Charlie con enfado desmedido.

—Se aman, Charlotte, abre los ojos. Se aman y yo no seré un obstáculo para ellas. Tarde o temprano lo van a lograr —terminó mi madre antes de caminar de nuevo hasta el auto—. Sube —me ordenó a mí.

Yo miré a Charlotte, parecía que iba a perder la cabeza y que estallaría de furia. Luego miré arriba: Olivia nos observaba desde la ventana de su habitación con una mano apoyada sobre el vidrio. Ella me regaló una sonrisa que me hizo sentir mejor. Yo tomaría la palabra de mi madre y lucharía por mi futuro y, sin dudas, lucharía por Olivia.

Capítulo 21

Tenía poco tiempo y muchas ideas. Faltaban pocos días para el gran juego, pero mi prioridad era Olivia. Jackie logró hablar con Oliver, quien afirmó que solo me ignoraba para evitarme más problemas en la escuela y con sus padres. También contó que su abuelo estaba presionando para que fuera expulsada y él no quería facilitar las cosas.

Hasta ese entonces mi plan era el siguiente: el concierto de la banda favorita de Oliver para el que mis padres le habían regalado tres entradas sería en un par de días. El recital tendría lugar en la ciudad, a un par de horas de donde vivíamos, y la idea siempre había sido que fuéramos los tres solos. Evidentemente, eso no pasaría ahora que Charlotte quería exorcizarme de la vida de su hija, así que solo irían Oliver y mi mejor amiga, quienes, para no desperdiciar la tercera entrada, invitarían a Jackie. Olivia aún no sabía nada, ni iba a saberlo, ella siempre había sido la hija correcta y ejemplar y sabíamos que no estaría de acuerdo con romper las reglas, ni siquiera por mí.

Mi madre, por otro lado, estaba al tanto de todo y nos apoyaba por completo. Sabía que sería imposible discutir conmigo, ya que cuando me proponía algo, no paraba hasta lograrlo. Ella me llevaría hasta la ciudad y me había reservado una habitación en el mismo hotel en el que se quedarían mi mejor amiga y su hermano. Todavía no tenía la certeza de qué decirle o qué hacer cuando la tuviese en frente, pero sí de que eso era lo que quería hacer y lo haría.

El día había llegado y las expectativas estaban muy altas. Me imaginaba todo tipo de reconciliaciones de películas en las que ambas nos mirábamos y corríamos una a los brazos de la otra y nos sumergíamos en un beso especial. Pensé que al mirarla toda esa idea loca tendría sentido y nunca volvería a cuestionarme algo por el resto de mi vida, pero estaba olvidando lo importante, estaba olvidando que al volver tendríamos que enfrentar igual a su familia y colocarse contra su madre no era algo que Olivia pudiese hacer.

—¿Qué hay si todo sale mal? —le pregunté a mi madre mientras miraba a través de la ventanilla del copiloto.

—¿Nichole Salomé tiene miedo? —intentó bromear, pero esa pregunta solo me recordó a Gio y a la rueda de la fortuna.

—La última vez que alguien me preguntó algo parecido ella terminó muerta y yo en un hospital —contesté tajante, luego me arrepentí—. Lo siento, mamá, estoy nerviosa. Entre Olivia, Charlotte y ese partido, tengo miedo de no lograrlo.

—Realmente la amas, ¿no? —preguntó mi madre con una sonrisa más que sincera. Ella alternaba su vista entre la carretera y yo esperando conseguir algo en mi expresión que me

delatara.

—Mucho y, aunque sé que es muy probable que no funcione jamás, quiero que ella lo sepa —confesé para mí misma más que para mi madre.

—Solo tienes dieciocho años, hija —estiró su mano para acariciar la mía que posaba sobre mi pierna—, aún te queda mucha vida por delante.

—Es relativo —cuestioné—. Hace un año casi muero y me arrepentiré toda la vida de no haber aprovechado mi tiempo con Gio, pero más de haber tardado tanto en darme cuenta de lo que sentía en realidad, aun cuando era evidente.

—¿Extrañas a Gio? —Su voz era compasiva. Hacía mucho tiempo que no tenía una conversación tan sincera con mi madre y amaba cómo se sentía.

—Sí, mucho —admití—. Gio y yo nos acoplábamos a la perfección tanto dentro como fuera de la cancha. Aún recuerdo su rostro esa noche. —Mis ojos se llenaron de lágrimas que estaba a punto de soltar y un nudo se alojó en mi garganta—. Ella me dijo que íbamos a salir bien de eso, pero su rostro decía otra cosa, ella tenía miedo y me sujetaba con fuerza —mi voz se quebró hacia el final y mi corazón parecía estrujarse—, y te juro que cuando estaba bajo los escombros quería gritar su nombre, quería encontrarla, pero no podía moverme y ahora me siento tan culpable de estar viva, me siento culpable cuando estoy feliz o cuando estoy en la cancha o cuando despierto porque ella ya no lo hará nunca más.

Mi madre guardó silencio por un rato, parecía meditar sobre lo que acababa de decirle. El nudo de mi garganta se hizo más grande y las lágrimas cayeron solas desde mis ojos. No podía dejar de pensar en su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, esa manera de mirarme.

—¿Acaso crees que hubiese sido más justo que ambas murieran? —soltó mi madre al fin y yo no supe qué responder—. Fue injusto para las dos, para ella porque murió y para ti porque no ha sido un camino fácil. No saliste ilesa y hay secuelas que te van a seguir por el resto de la vida.

—Pero estoy viva —reproché.

—Sí, lo estás y es injusto para ti que dejes pasar la oportunidad. —Sonaba decisiva. Yo suspiré y la miré por un segundo antes de volver a mirar por la ventanilla—. Si no haces nada con esa oportunidad, si no haces nada con tu vida luego de haber sobrevivido a algo como eso, entonces sí tienes por qué sentirte culpable, porque tienes algo que nadie más en ese lugar tuvo y lo estás dejando pasar.

—¿Y si todo sale bien? ¿Si todo sale bien y Olivia escoge estar conmigo? ¿Y si me dice que ella también me ama? —Estaba más preocupada por eso que porque las cosas salieran mal.

—Y están juntas, ¿no? De eso se trata la vida —afirmó mi madre, pero yo negué con la cabeza.

—¿Y Charlotte? —La miré fijamente, quería evaluar su expresión, pero permaneció inmutable.

—Deja que yo me encargue de Charlotte —pidió con tranquilidad—. Por ahora, vive tu vida y no permitas que nadie te diga si lo que haces está bien o mal. Sé feliz, hija, es todo lo que quiero

para ti.

Yo le regalé media sonrisa. «Sé feliz», qué sencillo se escuchaba.

Una vez en el hotel mi madre se despidió de mí con un beso en la frente y un largo abrazo. Tenía pendiente un par de cosas por hacer antes de regresar a casa y prometió que pasaría por lo de Charlotte para intentar conversar con ella. Yo no le tenía mucha fe a eso último; por el contrario, estaba segura de que ese problema no tendría solución.

Me registré en la recepción y subí a dejar mis cosas. Ya Jackie, Oliver y Olivia debían estar en sus habitaciones preparándose para el concierto, por lo que le escribí a mi mejor amigo para dar marcha a nuestro plan.

Yo: Llegué, habitación 503, ¿ustedes?

Jackie: Igual. Oliver y yo estamos en la 614, y Olivia, en la 616. ¿Estás lista?

Yo: No, pero no puedo dejar de intentarlo.

Jackie: ¡Esa es mi chica! ¿A las 20 h en recepción?

Yo: Sí.

Yo: Gracias por todo, no hubiese logrado mucho de lo que he logrado sin ti.

Jackie: Todo lo lograste por ti sola, yo solo te acompañé ;)

Dejé el teléfono a un lado y fui a tomar una ducha rápida. La necesitaba para aliviar el estrés. Las cosas serían así: Oliver y Jackson le avisarían a Olivia que la verían a las ocho de la noche en el lobby del hotel para irse juntos al concierto, pero la realidad era que ellos se irían antes y en el lobby estaría yo esperándola, así, lejos de nuestros padres y de todos nuestros problemas, podríamos tener un momento a solas para hablar, o no, capaz solo sería un momento en el que Olivia me rechazaría de nuevo, daría media vuelta y se iría una vez más. Fuese cual fuese el resultado, quería intentarlo.

Esa noche me vestí casual, llevaba un jean ajustado negro y una camiseta holgada de fútbol que a duras penas permitía acceder a la forma de mi figura. El cabello lo dejé suelto y poco peinado, estaba tan ansiosa por ver a Olivia que ni siquiera pensé en arreglarme bien.

El tiempo pasaba y la hora se acercaba. Yo daba vueltas de un lado a otro en el lobby repasando en mi cabeza todas las cosas que iba a decirle. Repetía una y otra vez ese discurso ya entrenado y no podía esperar a tenerla frente a mí para soltar esas palabras que por tanto tiempo callé. Haría un resumen emotivo de lo que había sido crecer junto a ella, del vínculo único que nos unió por tanto tiempo, de lo especial que me hacía sentir y de lo muy enamorada que estaba de ella. También le diría que iba a luchar contra lo que fuese necesario para estar a su lado si ella me aceptaba y que estaba dispuesta a darle ese amor de películas que siempre soñó. Incluso pensé en decirle que de seguro yo no era ese príncipe con el que esperaba casarse al crecer, pero que a mi lado no le iba a faltar nada o que al menos eso iba a intentar.

Tenía todo, tenía todo menos tiempo, ya casi eran las ocho y esa ansiedad sana se comenzó a

transformar en otro tipo de sensación. Las manos que habían comenzado a sudar por un nerviosismo inocente ahora temblaban de manera casi incontrolable y las mariposas de mi estómago se convirtieron en un gran nudo que no me dejaba tragar saliva ni emitir palabra. Miraba hacia los ascensores, ahora temía que ella apareciera y tenerla frente a mí, temía el rechazo, la indiferencia, sabía que solo un gesto de Olivia podía destrozarme en mil pedazos y entonces recordé su rostro, el rostro de Gio lleno de pánico mientras caíamos al vacío y cómo sus manos sujetaban con fuerza las mías. Los gritos, el olor a sangre y esa presión en mi pecho que no me permitía respirar, me dolía, me estaba doliendo con tanta intensidad que por un segundo me sentí atrapada de nuevo, quise huir, era estúpido todo lo que estaba haciendo, era una lucha perdida yo... yo... no iba a poder... yo... yo tenía que marcharme... yo..., pero luego la miré.

Olivia llevaba un vestido de flores con escote en V que terminaba justo bajo su esternón, con un amarre delantero, una falda a capas que llegaba a mitad de sus mulos y unas mangas anchas que cerraban en un doble puño. Estaba hermosa, tan hermosa que mi boca quedó abierta y mis pies se anclaron al suelo.

Ella parecía desorientada, buscaba a su hermano y a Jackson entre todas las personas de lobby. Esa noche había un evento en el hotel, así que estaba abarrotado de gente. La vi tomar su teléfono, seguro para llamar a los chicos, ignorando el hecho de que yo estaba ahí a tan pocos metros. Quería acercarme, quería correr a su lado y comenzar a soltar el discurso, pero seguía inmóvil. Solo podía mirarla desde la distancia paralizada por el miedo de perderla para siempre.

—Oliver, ¿aún no bajan? —la escuché preguntar, me daba la espalda y sonaba molesta—. ¿Por qué se fueron? ¡Me dijiste a las ocho, no a las siete! ¿Cómo me voy a ir sola? ¡AH! ¡Te odio! —le gritó antes de colgar.

Miró a su alrededor con las mejillas encendidas de la rabia y dio media vuelta para volver a los ascensores, era ahora o nunca, tenía que alcanzarla para no dejarla ir.

Logré atravesar el río de gente, pero cuando estuve a solo un paso de distancia volví a congelarme, ¿qué iba a decir? ¿Cómo iba a decirlo? Solté un suspiro sintiéndome una idiota. Olivia subió al ascensor y se giró cruzándose de brazos. Fue justo en ese momento cuando nuestras miradas se encontraron.

—Nicky —soltó sorprendida, extendiendo su mano para detener las puertas.

Sonreí de medio lado como una verdadera tonta, ni siquiera podía decir nada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó saliendo del ascensor y abalanzándose sobre mí para regalarme un largo abrazo.

—Necesitaba verte —contesté en un susurro antes de besarla a un lado de su cabeza—. Vine por ti.

—Nos meteremos en muchos problemas si mi hermano nos ve —advirtió con inocencia y yo no pude evitar soltar una risita.

—Tu hermano fue parte del plan —la tranquilicé tomando un poco de distancia para mirarla a los ojos—. No te preocupes por los problemas hoy —pedí. Ella asintió.

—Estás demente —bromeó con una sonrisa—. Nuestras madres van a matarnos, Nicky. Por Dios, no puedo creerlo, te amo —soltó eso último sin querer, lo supe por su cara de sorpresa.

La miré perpleja. Ni siquiera sabía qué contestar. Yo la amaba, ya le había dicho antes que estaba enamorada de ella, pero no lograba expulsar esa palabra ni ninguna otra de las que había estado practicando durante días.

—¿Tú no? —Su expresión se convirtió en una triste en apenas un instante. Dejé escapar una sonrisa y levanté mi mano para acariciar su mentón.

—Desde hace tanto tiempo —confesé y sus mejillas se tornaron coloradas de vergüenza, pero una agradable. Lo supe por su mirada, sin embargo, no todo era tan perfecto—. Sabes que tenemos que hablar —arrojé como un balde de agua fría—, sobre nosotras, sobre tu familia, sobre nuestro futuro.

—No hay mucho de qué hablar —soltó con pesar y su rostro se transformó en una expresión triste—, mi madre está empeñada en sacarte de la escuela y yo temo que si digo algo solo empeore las cosas.

—¿Y qué hay de lo que sentimos? —pregunté, esperando que la respuesta fuese diferente.

—Te dije que aún no estaba lista para ti, Nicky, por favor —rogó—. Por todo lo que pasó con Marcos, porque es primera vez que... —me miró a los ojos y soltó un suspiro—, es la primera vez que me enamoro de una chica y no sé manejar eso, mucho menos lo hace mi familia. Creen que me contagiaste de algo, no lo sé, suena tan absurdo.

—¿Tú qué crees? —cuestioné con intriga, quería saber qué pensaba ella.

—Que ahora entiendo por qué sentía todo ese enojo cuando estabas con una chica distinta en cada fiesta. Pensé que solo era porque quería que te enamoras de alguien y fueras feliz, pero la verdad es que solo quería que te enamoras de mí. —Bajó la mirada. Sujeté su mentón y la subí de regreso—. Debí darme cuenta antes de Marcos y esto sería diferente.

De nuevo ahí, de nuevo la sombra de Marcos que seguía lastimándonos a ambas. Apreté mis labios para evitar soltar un insulto y luego sonreí con sinceridad por haber escuchado todo lo que escuché.

—¿Te parece si vamos a otro lugar a hablarlo? —pregunté mirando a mi alrededor y percatándome de que cada vez había más gente y mucho más ruido.

—Tengo otra idea. —Sonrió de manera tierna—. Disfrutemos hoy, salgamos a comer, tengamos una cita antes de volver a la normalidad.

—¿Quieres volver a la normalidad? —Esas palabras me golpearon con fuerza—. ¿Crees que nuestra nueva vida tiene algo de normal? Con tu madre cazándome como a una bruja, tu abuelo intentando expulsarme de la escuela y nuestras madres enojadas.

—No, no creo que sea normal, pero es nuestra realidad —afirmó antes de alejarse un par de pasos—. No tengo mucho para ofrecerte, Nichole, es por esa razón por la que no puedo estar contigo.

Yo estaba molesta, no podía negarlo, ni siquiera pude soltar todo ese discurso preparado, no tuve ese final feliz con un beso de película. Mi plan no salió como yo esperaba que saliera, pero no podía desperdiciar la oportunidad de estar esa noche con ella, de poder salir y sentirme normal amándola, aunque solo fuese una noche, así que acepté su propuesta, solo tendríamos ese día y lo iba a aprovechar al máximo.

Capítulo 22

Lo primero que hicimos fue ir por un helado. Lo amábamos desde siempre y conocíamos una muy buena heladería cerca del hotel. Yo me pedí un mega cono de pistacho y chocolate, eran de mis sabores preferidos. Olivia, por su parte, siempre pedía crema del cielo, que no era más que la común crema americana con colorante turquesa, pero ella decía que le encantaba el color. Caminamos algunas calles mientras nos comíamos nuestros helados y llegamos a una plaza bastante concurrida. En el medio había una gran fuente de agua decorada con luces y música. Nos encantaba ese lugar y a mí me encantaba ella.

La manera en la que el reflejo de las luces iluminaba su cara y el viento hacía mover su cabello me tenían hipnotizada y sí, sabía que era cliché, pero cuando alguien se enamora todo es como una película romántica.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con una sonrisa nerviosa mientras llevaba el helado a su boca ocasionando que parte de su labio superior quedara cubierto de crema. No pude evitar reír.

Levanté mi mano y le limpié el labio con mi pulgar. Sus mejillas enrojecieron al instante, lo cual me pareció muy tierno.

—Te ensuciaste toda —afirmé, pero ella ya no miraba mis ojos, sino mis labios. No pude evitar sentir mi corazón dar un salto. ¿Qué si quería besarla? Me moría por hacerlo, aunque no me sentía tan valiente.

—¿Te das cuenta de que siempre soy yo la que te beso a ti? —preguntó mientras acortaba la distancia entre ambas, como si pudiera leerme la mente. Yo sentía mis piernas temblar y estuve a punto de soltar el helado.

—Y también eres la que lo detiene —intenté bromear. Pésimo chiste.

—No es gracioso. —Frunció un ceño de enfado y se alejó un paso.

—Lo sé, lo siento —me disculpé con sinceridad—, estoy nerviosa.

—Jamás una chica antes te puso nerviosa. —Sonaba molesta, más bien celosa.

—Ninguna de esas chicas era tú. —Extendí mi mano para tomar la de ella y, al cabo de unos segundos, soltó una sonrisa.

—Eso lo leíste de un libro y estoy segura de que has dicho esa frase al menos una decena de veces antes —se quejó, pero se giró a mirarme con gracia.

—Sí, la dije muchas veces antes —confirmé con sinceridad—, pero todo es distinto contigo, Oli, yo...

Guardé silencio, no sabía ni siquiera por dónde empezar. Ella me miró curiosa y atenta,

esperando mis palabras.

—La razón por la que nunca me había enamorado antes era porque ya estaba enamorada de ti. Era muy tonta como para darme cuenta —confesé—. Todo lo que sentía cuando estaba a tu lado, cuando tomabas mi mano, cuando dormíamos abrazadas, siempre pensé que todo eso era normal, que era porque eras mi mejor amiga y me agradaba tenerte. Ahora entiendo que era mucho más, jamás pude decir en voz alta que eras como una hermana para mí, ni pude disimular mi disgusto frente a cada chico que te gustaba y yo... yo...

—¿Tú qué? —preguntó con curiosidad.

—Creo que di por sentado que tú y yo jamás podríamos tener algo, quizás no de manera consciente, pero lo hice —admití a la vez que levantaba mi mano y acariciaba su mentón—. Y la verdad es que te amo, Oli, y te amo desde hace tanto...

—Yo no estoy segura de cuándo comenzó todo esto —inició ahora ella—. Creo que el detonante fue tu accidente, cuando me vi sin ti. Cuando pensé que ya no podría verte nunca más, entendí que algo más grande me pasaba. Entendí que no estaba siendo sincera y que en realidad yo te quería de una manera distinta a la que hasta entonces supuse que lo hacía. Cuando pensé que te había perdido, mi mundo se destruyó de una manera tal que entendí que eras mucho más que mi mejor amiga y es por esa razón por la que me alejé. —Bajó su mirada con desdén de tristeza—. Sé que regresar con Marcos será el error por el que estaré arrepentida el resto de mi vida. Pensé que lo mejor era escapar de ese sentimiento, que seguro así podría olvidarte.

—¿Y ahora qué piensas? —¿De verdad quería escuchar esa respuesta? No estaba segura, pero tenía que hacerlo.

—Que no importa cuánto lo deseemos, no podemos solo pasar por encima de mi familia —se lamentó.

—El próximo año estaremos en la universidad, ¿no? —pregunté ilusionada. Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué se supone que hagamos? —cuestionó soltándose de mi mano y tomando distancia entre ambas—. ¿Rebelarnos y dejar de ver a mi familia? ¿Que nuestras madres arruinen su amistad de años por nuestra culpa? ¿Podríamos hacerle esto a Charlotte? ¿O a Cristóbal?

Yo tragué con fuerza y negué con la cabeza. No, realmente no era lo que yo quería que sucediera, sabía cuán importante era su familia para Olivia y jamás podría hacer algo que quebrara ese lazo, ni permitiría que lo hiciera mi mejor amiga.

—Disfrutemos de esta noche —rogó—, por favor, no quiero pensar en el día de mañana, ni en ningún otro momento de mi vida que no sea hoy.

Asentí y me acerqué para plantar un beso en su frente, a lo que ella respondió con una sonrisa y un beso fugaz en mis labios.

La segunda parada sería los bolos. Esa era una de las cosas que más disfrutábamos hacer. En la

ciudad había un lugar donde las luces eran violetas y azules, bastante tenues, tenía muy buena música y la comida era increíble, además de que servían las mejores malteadas que había probado en mi vida.

—¿Una de chocolate? ¿En serio, Nicky? —reprochó mi mejor amiga mientras buscaba una bola que fuese del peso y tamaño adecuados—. Acabas de comerte un mega cono de helado, no es necesaria una malteada.

—Déjame disfrutar el ahora —bromeé guiñándole un ojo y ella sonrió con ternura.

Olivia fue la primera en lanzar. Ella siempre había sido bastante mala y nunca lograba tirar más de un par de pinos, sin embargo, siempre los celebraba con entusiasmo. Yo, por mi parte, tampoco era buena, pero sí lograba duplicar su puntaje.

—No sé por qué venimos acá si siempre es lo mismo. —Soltó una risa muy graciosa y yo la seguí—. Somos terribles —aseguró mientras apoyaba sus brazos a cada lado de mi cuello y acariciaba la parte posterior de mi cabeza con sus manos.

Yo, instintivamente, coloqué mis brazos alrededor de su cintura y la mantuve cerca en un delicado abrazo. Mi corazón parecía querer salir de mi pecho y no es que fuese la primera vez que nos sosteníamos de esa manera, pero sí la primera luego de habernos confesado lo que sentíamos.

Olivia me miraba, solo me miraba sin dejar de acariciarme con sus manos el cabello y yo no podía evitar mirar sus labios. Sabía que ella estaba esperando que lo hiciera, pero seguía sin atreverme, temía que no fuese el lugar indicado o el momento correcto.

—Tienes que besarme tú alguna vez —se burló al tiempo que se acercaba para unir nuestros labios en un beso hermoso, pero fugaz.

—Creo que no me acostumbro aún —confesé apenada y ella sonrió.

—No importa, me gusta hacerlo yo. —Me guiñó el ojo con ternura y luego me soltó para ir por otra bola para lanzar. De nuevo un tiro errado que no logró ni siquiera rozar un pino.

—Menos mal que no es este el deporte al que decidimos dedicarnos —bromeé y ella rio de manera espontánea.

—Hablando de eso —dijo tirando de mi mano para que me sentara a su lado—. ¿Qué hay del fútbol?

Solté un suspiro antes de responder.

—La entrenadora me dijo que tenía que jugar el próximo partido y que tenía que hacerlo bien, ni siquiera bien, tengo que ser excepcional —comencé a relatar—. Tu abuelo está presionando mucho para que me retiren la beca y nadie me ha visto entrenar, ni siquiera he podido soportar estar más de dos minutos en la banca sin salir corriendo.

—¿Has entrenado? —preguntó con curiosidad cruzando sus piernas.

—Sí, todas las noches a solas —confesé—. La entrenadora lo sabía e incluso sé que me ha

estado observando, pero últimamente no me está yendo bien.

—¿Por qué? Siempre fuiste implacable —aseguró antes de tomar mi mano.

—Desde que... —La miré a los ojos, no estaba segura de querer decirlo.

—¿Desde lo de Marcos? —preguntó de inmediato pescándolo en el aire. Yo solté un respiro y asentí, no podía emitir ni una palabra—. Escucha —se acomodó en su silla y tomó mi mejilla—, lo que me pasó fue terrible, en serio terrible y por mucho me sentí una idiota por permitirlo, siempre me decía que él iba a cambiar, que había sido algo de una sola vez, que no se iba a repetir y cuando eso pasó, cuando llegué a ese punto y fui a tu casa, incluso entonces pensé que seguro él se había asustado y por eso actuó de esa manera, incluso entonces intenté justificarlo y protegerlo, pero luego fui a terapia y entendí que él estuvo mal, que no fui una tonta, que no fui la del error y que no fue mi culpa, solo fue culpa de él. No tienes que sentirte culpable tú, Nicky, eso no tiene que pesar en ti también. Ya Marcos hizo mucho daño, no permitas que siga extendiéndose.

—Debí hacer más por ti —me lamenté con los ojos llenos de lágrimas—, y debí hacer más por Gio. Debí salvarlas a ambas.

Olivia frunció un ceño que poco a poco aflojó transformando una expresión de desconcierto en una de completo entendimiento.

—¿Es sobre eso? —Se acercó un poco más a mí—. ¿Es sobre Gio? ¿Por eso no regresas al fútbol y te niegas a entrenar con tu equipo?

—Yo... —quería mentir, pero era imposible—, sí. Desde el principio, desde la primera decisión que tomé, todo fue mi culpa, Olivia. Ella me pidió salir y yo le dije que no era lo mío. Si eso se hubiese quedado ahí, nada hubiese pasado, pero luego hablamos tú y yo y mencionaste lo enamorada que estabas de Marcos y yo estaba furiosa, así que le escribí aceptando su cita, la cita que la llevaría a su muerte. Nunca debimos ir ahí, nunca debimos subir a esa estúpida rueda de la fortuna, pero por supuesto yo no podía dejarme vencer y acepté aun sabiendo que odiaba las alturas. Por mi culpa ella está muerta y, si yo hubiese sido más valiente, si yo me hubiera dado cuenta de que en realidad te amaba a ti desde un principio, ella estaría viva y tú estarías bien.

—¿Has hablado de esto con tu psicólogo? —Parecía preocupada. Yo negué con la cabeza—. ¿Y sobre los ataques de pánico?

—No son ataques de pánico —solté con enfado.

—Me dijiste, aunque fue con ironía, que cuando dijera lo que Marcos me hizo, tú contarías sobre tus episodios. —Se encogió de hombros—. Marcos está detenido esperando un juicio porque yo hablé, tarde, pero hablé. No quiero que tú hables tarde, Nicky, mucho menos que no puedas hablar luego porque... porque... no quiero que te hagas daño.

Su expresión dejaba en evidencia una notable preocupación. A ella realmente le interesaba si lo hablaba o no, o si hacía algo para intentar disminuir mi propio dolor.

—Lo hablé con mi mamá, con la entrenadora y lo hago contigo —contesté para tranquilizarla—. Cuando esté lista, lo haré en terapia, lo prometo.

—Sabes que no estás sola en esto, ¿verdad? —Entrelazó nuestros dedos con fuerza y tomó una larga bocanada de aire—. Sé que te dejé sola por mucho tiempo, pero estoy aquí ahora y quiero que lo tengas muy presente.

Miré nuestras manos y sonreí de medio lado.

—¿Estarás en mi juego? —Subí la vista para poder evaluar su expresión. Pareció no inmutarse.

—He ido a cada uno de los entrenamientos de tu equipo esperando verte ahí, por supuesto que iré a tu juego. —Besó mi mejilla y apoyó su frente sobre mi hombro—. No romperé mi asistencia perfecta justo ahora.

—¿Y qué hay de Charlotte? ¿Acaso lo permitirá? —pregunté preocupada. La escuché soltar una risita que me regresó toda la vida al cuerpo.

—Al menos una vez voy a tener que romper las reglas. —Se alejó para mirarme—. De todas maneras, siempre que estuve a punto de hacerlo ha sido por ti.

—Tengo miedo —solté sin pensarlo. Su rostro se transformó en uno mucho más serio y aguardó a que yo siquiera hablara. Me recordó mucho a Ramsés y esa manera particular que tenía de sacarme las palabras de la boca—. No puedo fallar, no puedo permitirme perder mi lugar en el equipo o la beca y no puedo permitirme perderte a ti.

—No importa que tan loca esté mi madre —se burló—, siempre encontraremos la manera de vernos.

—Sí, pero... ¿y si ya no es suficiente? —cuestioné temerosa su respuesta.

Olivia suspiró y se colocó de pie dándome la espalda. Había sido demasiado, lo sabía.

—No hay nada para nosotras después de esta noche, Nichole —sentenció llevando las manos a su cabello para tirarlo hacia atrás.

—¿Así de fácil? —pregunté con enfado mientras la seguía—. ¿Es tan sencillo para ti deshacerte de la idea, Olivia?

Ella se giró con un ceño fruncido.

—¿Fácil? ¿Te parece que ha sido fácil para mí, Nichole? —Estaba molesta, se escuchaba en su voz—. Estoy luchando con esto desde hace un año. Mi madre apenas me habla, mi padre hace todo lo que ella dice, así que es lo mismo, y tengo que lidiar con todo eso mientras voy a terapia porque mi exnovio me violó e intentó asesinarme. ¿Te parece que fue fácil para mí tomar la decisión de dejar ir a la única persona que sé que puede hacerme feliz en este momento? Eres una maldita egoísta —lanzó eso último como balas a mi pecho, pero se retractó al instante, pude verlo en su mirada—. No, no, disculpa, no fue lo que quise decir.

—Tienes razón, soy egoísta —admití. Entendía por qué lo pensaba y la verdad era que no tenía fuerzas para intentar explicar mi parte de la historia. El dolor y la culpa que yo arrastraba era

algo tan mío que dudaba que alguien más pudiera entenderla, pero tampoco era algo que tuviesen la obligación de hacer. Era egoísta, sí, porque solo estaba enfocada en que ella y yo pudiésemos estar juntas y no estaba tomando en cuenta todo lo demás. Era egoísta y ese siempre había sido mi mal—. Vayamos al hotel, es tarde.

—No, Nicky. —Me tiró de la mano—. De verdad, discúlpame, es solo que también es demasiado para mí.

—Lo entiendo, Olivia. —Sonreí de manera forzada—. Ven, vamos.

Ella asintió con tristeza y emprendimos nuestro rumbo al hotel. El camino fue silencioso, tenso. Yo no quería hablar, sentía que toda esa ola de pensamientos que golpeaba en mi cabeza me harían decir cualquier cosa que pudiese hacernos daño a ambas y yo ya no quería herirla más de lo que lo había hecho hasta ese entonces.

Una vez en el edificio la acompañé a su piso. Olivia evitaba mirarme, sabía que se sentía culpable y, aunque yo quería que no fuese así, no sabía qué podía hacer al respecto.

—Gracias por esta noche —dije una vez que estuvimos de pie en su puerta. Quería despedirme con un beso, pero de nuevo no sabía si era lo mejor—. Lo disfruté.

—Nicky, en serio, lo que dije... —comenzó a disculparse de nuevo. La interrumpí de inmediato.

—No pasa nada —la tranquilicé—, me diste lo que pudiste darme y eso será suficiente, lo prometo.

Ella subió su mano para acariciar mi mejilla. Yo me alejé de manera sutil, me dolía decirle adiós. Sentí cómo su cuerpo se acercó más al mío y sus labios buscaron una vez más mi boca. Era otro de esos besos que me hacían volar la cabeza y saltar el corazón. Yo tardé algunos segundos, pero finalmente la tomé de su cintura. La quería sentir lo más cerca posible, aunque fuese por una última vez.

—Te veré en el juego —susurró contra mis labios. Pude escuchar su respiración entrecortada.

La miré de manera fugaz a los ojos. Luego volví a clavar mi vista en sus labios. Quería volver a besar su boca, lo deseaba.

—¿Quieres entrar? —preguntó al percatarse de lo que yo buscaba.

—¿Estás segura? —repliqué en voz baja, como si temiera que alguien más nos escuchara.

—Solo entra, Nichole —rogó abriendo la puerta y tirando de mi brazo.

La seguí. Cerré la puerta tras de mí y continué ese beso que habíamos iniciado unos segundos atrás, un beso que subió de intensidad con rapidez. Olivia me tomó de la nuca con fuerza y su respiración comenzó a agitarse cada vez más. Tiraba de mí hacia la cama y yo solo obedecía. Temía tomar el control y asustarla, temía hacer algo que pudiera hacerla sentir insegura.

Se soltó de su agarre y llevó sus manos a mi camiseta para luego sacarla de un tirón. Una vez que lo hizo, llevó sus manos hasta el botón de mi jean, pero la detuve.

—¿Qué sucede? —preguntó apenada.

—No soy la misma de antes —confesé pensando en mis cicatrices. Tomé una de sus manos y la coloqué con cuidado sobre aquella que atravesaba mi vientre. Podía sentirse diferente al tacto, la piel era distinta y un poco abultada.

—Yo también tengo cicatrices —me tranquilizó—, aunque las mías no puedas verlas, están ahí y son parte de lo que soy ahora.

—¿Y si no me gusta lo que soy ahora? —cuestioné pensando en todos mis episodios y mis temores—. Esas marcas me recuerdan todo lo que sucedió, me recuerdan a Gio.

—¿Sabes por qué cada vez que nos hemos besado y tú has... ya sabes, intentado cruzar la línea yo te detengo? —preguntó mirándome a los ojos—. Porque algo de eso me recuerda a Marcos y a lo que sucedió y ni siquiera sé si estoy lista para hacerlo ahora, pero no quiero seguir dejando que esa situación controle mi vida y mis decisiones. —Colocó un brazo a cada lado de mi cuello y se acercó a mi boca—. Deseo esto desde hace mucho y ya no quiero esperar más, no quiero dejar ir esta oportunidad.

Yo asentí con lentitud, temía que ella viera en lo que me había convertido, pero yo también deseaba eso desde hacía mucho tiempo y tampoco quería esperar más.

—Solo dame un momento —pedí antes de alejarme para apagar las luces de la habitación, dejándonos en completa oscuridad—. Solo así puedo hacerlo.

—Quiero verte, Nicky —pidió tomando mis manos y acercándose a su cuerpo.

—No tienes que hacerlo, solo tienes que sentirme —contesté antes de besarla con suavidad.

Esa noche quería todo con ella, absolutamente todo, pero no estaba lista para que me viera de esa manera, rota y marcada. No quería que viera mi parte defectuosa.

Capítulo 23

La noche había sido hermosa, había sido especial. Aún podía sentir sus labios suaves recorrer todo mi cuerpo terminando su camino hasta mi boca. Aún podía saborear su piel bajo los míos. Hasta ese día había estado con muchas chicas, pero ninguna de esas veces se sintió como aquella noche. Ni siquiera sabía que era posible sentir tanto en tan solo unas pocas horas. Su manera de tocarme, de besarme, de hacerme sentir fue única y especial, pero lo bueno dura poco, ya estaba por amanecer y yo debía regresar a la realidad, era tiempo de decir adiós.

Me levanté con cuidado para no despertar a Olivia. Hacía un rato que se había quedado dormida en mis brazos. Tomé toda mi ropa y me vestí para marcharme, no sin antes mirarla de cerca una última vez. Encendí la luz junto a la cama y me acerqué a besar su frente. Estaba profundamente dormida con un rostro lleno de paz, pero apenas sintió mis labios contra su piel, se movió y abrió los ojos.

—Es hora de irme, mi madre vendrá en un rato y debo estar lista —me disculpé—. No quise despertarte.

—Esto de anoche... —su voz sonó distinta a lo que yo esperaba, tenía un tono algo distante y tajante—, recuerda que solo fue por una noche, por favor, no vayas a insistir con mensajes, ni llamadas, ni visitas. Tú y yo no tenemos ningún futuro.

Yo solté una risita y giré mis ojos, no podía creer que esa sería su despedida.

—Lo sé, Olivia. Por suerte tú sabes fingir bastante bien. —Tomé mi teléfono de la mesa de un arrebato y me marché golpeando la puerta.

Mientras caminaba a mi habitación, las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Yo las limpiaba con el dorso de mi mano al tiempo que sentía caer al suelo los pedazos de mi corazón. No quería que me dijera que me amaba, no esperaba un abrazo, ni un beso de película, pero tampoco eso, no esas palabras agresivas y toscas, no esa indiferencia.

Apenas llegué mi teléfono comenzó a sonar. Mi madre pasaría por mí a primera hora, ya que debíamos asistir a una junta en la escuela para definir mi futuro. Colgué y le envié un mensaje avisándole que ya bajaba. No quería que escuchara mi voz, no quería que hiciera preguntas, solo deseaba huir de ahí. Bajé tan rápido que parecía que estaba corriendo y me subí a su auto como si alguien me siguiera. Ella me miró con el ceño fruncido, estaba confundida, sin embargo y para mi suerte, no preguntó nada sobre mi actitud ni sobre mi noche con Olivia.

Dormí durante todo el regreso a casa, me sentía agotada, pero ese cansancio no tenía que ver con el hecho de que no había pegado un ojo en lo absoluto en la habitación de Olivia, ni en todo lo que había estado haciendo antes. Era ese mismo cansancio emocional que ya había sentido en

el pasado, ese que me dejaba inmóvil y sin ganas de seguir luchando, y hasta ahora mi mejor manera de huir era durmiendo. Sin embargo, ese recurso ya era precario, ya no bastaba y lo confirmé cuando al llegar a casa seguía sintiendo el mismo vacío en el pecho y la misma pesadez en los hombros.

—Toma una ducha y te veo abajo —dijo mi madre una vez que ambas estuvimos fuera del auto—. Charlotte no quiso verme anoche, así que hay que resolver esto hoy.

—Me duele que me lo haga ella —le confesé con la voz temblorosa. Quería a Charlie como a una madre y ella estaba luchando con todas sus fuerzas para sacarme del camino de Olivia, arruinando así mi futuro.

—A mí también. —Mi madre guardó ambas manos en sus bolsillos delanteros y dio un par de pasos vacilantes—. Charlotte era una hermana para mí, pero se metió con lo máspreciado que tengo y ninguna amistad vale eso.

Me acerqué a abrazarla, lo necesitaba yo y lo necesitaba ella. Ambas estábamos atravesando una situación similar, ambas nos sentíamos rotas y desilusionadas, ambas nos sentíamos traicionadas.

Ya en la escuela nos hicieron pasar a la oficina del rector, un hombre severo y nada influenciabile. Tenía treinta años en su lugar de trabajo y nadie se atrevía a reprochar sus decisiones, ni siquiera el consejo escolar, pero esa vez las cosas eran distintas, el consejo me quería fuera y ni siquiera él iba a poder detenerlos.

—No les voy a mentir —dijo una vez que nos sentamos frente a su impecable escritorio—, esto está difícil. El consejo asegura que eres un desperdicio de recursos, que nadie te ha visto entrenar y que no estás en los juegos. Al principio tuvieron tolerancia por tu accidente, pero ahora insisten en que se te debe remover la beca deportiva. Tus notas tampoco son las mejores y no haces ninguna otra actividad extracurricular que no sea el fútbol.

—No pueden quitarme esto también —expresé al borde del llanto. Él suspiró y acarició su barba llena de canas.

—Lo sé, hablé con tu entrenadora y afirma que entrenas casi todas las noches acá en la escuela. Descubrió que entrabas a escondidas y decidió venir siempre a la misma hora para poder supervisarte —contó él. Mi madre me miró sorprendida por lo que escuchaba. Yo evité mirarla a ella, por alguna razón me sentí avergonzada—. Dice que sigues siendo muy buena y que te ofreció el próximo partido como tu última oportunidad. Esta es la cuestión, inicia la mitad de temporada y vendrán reclutadores muy importantes de universidades aún más importantes. —Se inclinó hacia adelante y apoyó sus brazos sobre el escritorio clavando sus ojos en los míos—. Si una de esas universidades pone el ojo en ti, no podrán sacarte, no bajo el pretexto de que eres un desperdicio de recursos.

—No he jugado desde antes del accidente, no sé qué tan buena sea en la cancha —confesé temerosa de lo que pudiera pasar.

—Tendrás que ser la mejor —insistió él antes de colocarse de pie. Nosotras hicimos lo mismo—. De lo contrario, estarás fuera del programa y, por ende, perderás la beca.

Mi madre y el rector me miraron, ambos expectantes por mi respuesta. Yo permanecí en silencio, sabía que estaba lista, pero aun así sentía que no iba a poder lograrlo. Temía por lo que sería de mí cuando tuviera el balón en mis pies, levantara la vista y no encontrara a Gio, pero tenía que intentarlo, tenía que dar lo mejor de mí.

—Lo seré —sentencié sin estar segura de lo que decía.

—Entonces, suerte —dijo con un tono de voz enternecido.

Miré a mi madre y de vuelta al rector. Estaba asustada y abrumada. Mi pecho comenzó a sentirse apretado y el dolor no se hizo esperar. Necesitaba salir de esa oficina, necesitaba salir de ese edificio. Me levanté con brusquedad de la silla y corrí fuera dejando a ambos desorientados. En apenas una fracción de segundo pude escuchar los pasos apresurados de mi madre siguiéndome por los pasillos. Intentaba alcanzarme. No se lo permití, solo había una persona con la que quería estar y no era ella.

Corrí lejos de la escuela, lo hice por varios minutos intentando dejar atrás todo lo que me estaba causando angustia. Dejé atrás a mi madre, al rector y al fútbol, dejé atrás a Charlotte y a Olivia, corrí hasta que ya no pude más e intenté dejar atrás ese peso de la culpa que me inmovilizaba.

Corrí hasta que llegué a ese lugar al que debía haber ido hacía mucho tiempo atrás. Corrí hasta que llegué a su nuevo hogar.

—Yo... yo... yo... —intentaba decir algo, pero las palabras se hicieron una bola en mi garganta. No podía respirar, no podía decirle nada más. Sentía como si su mirada pudiera pesar sobre mí y presionara tan fuerte que mis pulmones no lograban llenarse de aire—. De verdad, lo siento, de verdad, lo siento —alcancé a decir al tiempo que me dejaba caer sobre el pasto verde, brillante y bien cuidado de la tumba de Gio.

Arranqué a llorar de forma desesperada, necesitaba que ella estuviera frente a mí y poder colgarme en un abrazo. Necesitaba que ella escuchara realmente mi lamento. No había podido asistir a su velatorio, tampoco a su entierro. No la pude encontrar entre los escombros, no pude gritar su nombre. Nunca pude decirle adiós.

Yo estaba llena de dolor, de enojo, de tristeza. Me parecía injusto cómo alguien de tan solo diecisiete años podía perder la vida de una manera como esa, o de cualquier otra manera. Gio tenía mucho por vivir, mucho por lograr.

Antes de darme cuenta, mis manos golpeaban el suelo con fuerza, con mucha fuerza, y de mi garganta salió un grito tan desesperado como desgarrador. Estaba furiosa y por primera vez lo

estaba dejando salir.

—No es justo —decía entre lágrimas—, esto no es justo. No es justo. No es justo.

—No lo es —me interrumpió una voz pasiva y dulce—, no es justo que ella haya muerto, pero eso no tiene nada que ver contigo o con el hecho de que si estás viva —siguió Olivia antes de sentarse a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté confundida y con arrogancia sin dejar de mirar la lápida.

—Vengo todas las semanas a dejarle flores —contestó sentándose a mi lado—. Cuando supe que fue ella y no tú, me sentí aliviada y luego culpable de sentirme así. Le traigo flores porque sabía que tú no podrías y le traigo flores porque sé que, si hubieses sido tú, yo tampoco podría.

Guardé silencio, la furia que segundos antes estaba sintiendo se había disipado casi por completo y sentir el apoyo de Olivia conmigo me resultaba mejor que cualquier otro tipo de cura.

—Pensé que seguirías en la ciudad —confesé pensando en nuestra despedida de esa misma mañana.

Ella soltó una risita tierna.

—Corrí apenas me di cuenta de lo idiota que había sido, pero no te encontré en tu habitación. Luego apenas pude verte salir del hotel con prisa, tomé un taxi y volví a casa, a la tuya, pero tampoco estabas. —Extendió su mano para tomar la mía aún sobre el pasto. Sin embargo, por alguna razón, yo solo pude rechazar su gesto—. Eres mi única amiga, no quería ir a casa y ver a mamá, así que vine al único lugar donde podría estar tranquila.

—¿Y qué se supone que significa eso? —El enojo volvió a encenderse en el centro de mi pecho—. ¿Qué se supone que significa, Olivia? Me dijiste que lo de anoche no volvería a pasar, que tú y yo no tenemos un futuro juntas, ¿y luego corres detrás de mí?

Mi mandíbula se tensó y mis manos se cerraron en puños. Estaba enojada con ella, con Charlotte, con el colegio, pero más aún estaba enojada conmigo misma por permitir que todo eso me afectara. Mi mirada seguía clavada en las letras escritas sobre la lápida de Gio y en mis ojos comenzaron a acumularse lágrimas que me rehusaba a dejar caer de mis ojos.

—Yo te amo, Nichole, jamás lo negué —intentó defenderse—, solo que todo para mí ha sido nuevo y yo...

—Tú jamás enfrentarías a nadie por esto, Olivia —la interrumpí con una voz que a duras penas se mantenía apaciguada—. Tú lo dijiste, fuiste una idiota, y eso no lo vas a arreglar trayendo flores a una muerta —terminé de soltar y me puse de pie.

—No seas tan dura, Nichole —rogó con la voz entrecortada—. No quiero perder tu amistad, nunca quise, por eso siempre tuve miedo de sentir algo más.

—¿Por eso o porque no eres capaz de luchar por mí? —Ya mi voz era un bramido—. ¿Saciaste tu curiosidad hetero?

—Jamás lo hice por eso —discutió, pero yo solo pude reír—, no seas tan dura.

—¿Dura? ¿Dura? —me burlé—. Duro es que la mamá de la persona que amas destruya tu futuro y que ella no haga nada para evitarlo.

—¿Y qué quieres que haga? —Alzó la voz al tiempo que extendía los brazos.

—¡Al menos haz que valga la pena! —no pude más y grité—. Haz que valga la pena.

Olivia guardó silencio, como si de repente se hubiese quedado sin palabras. Yo esperé, le di una oportunidad, pero ante la falta de respuesta solo pude reír con ironía.

—Definitivamente, no vales la pena —sentencié antes de marcharme.

Capítulo 24

Pateaba una, dos, tres y muchas veces más al arco. Esa noche no quise hacer otra cosa, pensaba en el partido, pensaba en los reclutadores, pensaba en Gio, en mi entrenadora, en Charlotte, en mi madre, pero más aún en Olivia. No habíamos hablado de nuevo, la evitaba en los pasillos, bloqueé su número y comencé a faltar a las clases que teníamos juntas. Estaba decidida a sacarla de mi vida, pero era imposible sacarla de mis pensamientos.

Me detuve un segundo y miré a mi alrededor. Faltaba menos de un día para mi última oportunidad, faltaban menos de veinticuatro horas para demostrar que seguía siendo buena, para demostrar que esa beca me pertenecía y que nadie podía arrebatármela.

Suspiré. Era buena, sí, mi recuperación fue más que excelente, y sí, podía dejarlo todo en la cancha, pero no había entrenado ni una sola vez con el resto de las chicas y si de algo estaba segura era de que no importaría qué tan buena jugadora fuese si no sabía jugar con mi equipo.

—Te faltó dirección en ese último tiro —me señalaron desde la distancia. Levanté la vista aturdida y mis ojos se toparon con los de Laura.

—¿Estás bromeando? Mis tiros siempre fueron bastante certeros —contesté sonriendo—. ¿Qué haces acá?

—¿Bromeas tú? Mañana es el gran día y no hay manera de que juegues sin nosotras, ¿no? —Se encogió de hombros mientras caminaba en mi dirección—. Sé que eres buena, pero ¡vamos!, hasta tú necesitas un equipo.

No pude evitar reír y luego corrí a abrazarla. Estaba agradecida con ella por lo que estaba haciendo.

—Sí, realmente no pensábamos dejarte jugar sola. —Esta vez fue la voz de Sam la que se dejó escuchar. Ella apareció con el resto de las chicas.

—No puedo creer que hagan esto por mí —confesé con voz temblorosa, no podía creer lo que estaba mirando.

—Todo por nuestra capitana —añadió Lau antes de entregarme la banda.

Yo la miré y luego vi esa cinta amarilla sostenida por su mano. Estaba sorprendida por el ofrecimiento, estaba sorprendida por el hecho de que me consideraran para ocupar ese lugar.

—No podría —respondí con sinceridad—, ese lugar ahora te pertenece.

—No es así —corrigió ella—, solo necesitábamos a alguien que lo hiciera en tu ausencia así que nos turnamos para cubrir el lugar, pero la verdad es que siempre ha sido tuyo.

La miré a los ojos y pude ver en ellos la sinceridad de sus palabras. Luego vi al resto de las

chicas y asentí antes de tomar la banda de sus manos y colocarla alrededor de mi brazo.

—¡Mucha charla, mucha charla! —exclamó la entrenadora desde la puerta de los vestidores—. Armen dos equipos, cada cinco toques es un gol, el equipo que alcance primero los tres goles gana y el perdedor tendrá que invitar las pizzas de mañana.

Los equipos se formaron al instante. Ya Laura tenía el balón en sus pies e intentó hacer un primer pase que enseguida logré interceptar. La cuenta se reiniciaba. Hice un primer pase que llegó a los pies de Victoria, ella se la pasó a Glenn, quien la perdió en un duelo frente a frente con Vero, y así seguimos y eso se sintió como siempre se había sentido. Era natural, era armonioso y, lo más importante, era ahí donde sabía que quería estar.

Al finalizar el entrenamiento volví a casa trotando. Igual que siempre, aprovechaba ese tiempo para despejar mi mente y concentrarme en lo que de verdad importaba: el juego del siguiente día. Mi cuerpo se sentía preparado, en mi cabeza podía repasar una y otra vez las jugadas, los pases, las maniobras. Sabía que no importaba el resultado final, sino mi desempeño, pero aun así no quería perder.

Me detuve muy cerca de casa y miré el reloj. Era temprano. Dudé, pero aún tenía tiempo para hacer una última parada, tenía que enfrentar la última cosa que seguía molestándome, tenía que llenarme de valor y enfrentar a Charlotte.

Llegué en apenas un instante a la casa de Olivia. Las luces de la cocina seguían encendidas, pero eso yo ya lo sabía. La madre de Olivia solía preparar el almuerzo de todos la noche anterior, pues afirmaba que no había mejor comida que la hecha en casa. Caminé hasta su puerta y necesité un par de segundos más para reunir el valor, levantar mi mano y golpear un par de veces. Ella tardó tanto que por un momento creí que no abriría. Finalmente lo hizo y su rostro mostró una clara expresión de sorpresa al encontrarse con el mío.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó dejando de lado la sorpresa y abriendo paso al enojo.

—Quería hablar contigo —contesté con voz pasiva, más de lo que me hubiese gustado admitir.

—No hay nada de qué hablar. —Intentó cerrar la puerta, pero la detuve.

—Siempre fuiste una madre para mí y entiendo que no te sientas a gusto con quién soy y entiendo tu temor a que Olivia sea quien realmente es —hablé mientras sostenía la puerta, insistiendo en que permaneciera abierta—. Mi madre sintió ese mismo temor, aunque lo manifestó de otra manera. Yo supongo que a las madres les da miedo que sus hijos se enfrenten contra algo de lo que no nos pueden defender y ser diferente, aun en este siglo, no es algo sencillo. Seguimos viviendo en un mundo donde la gente juzga a otros en base a las personas a las que quieren amar, y el juicio es la menor de las preocupaciones. Lo que quiero decir con esto es que quiero pensar que solo quieres proteger a Olivia del mundo y no de mí, porque yo jamás le haría daño.

—Acepté tu amistad con Olivia por Jenn —su voz sonó ruda y sin tapujos—, pero no puedo

permitir que mi hija se convierta en un fenómeno, ninguna amistad vale eso.

—Olivia no es un fenómeno, es la chica más increíble que conozco. Es sincera, es incondicional y llena de alegría cualquier lugar al que va —la corregí—. Olivia merece más que esto.

—Olivia merece más que tú —señaló con dureza y una bala fría atravesó mi pecho. Respiré un par de veces y tragué con fuerza.

—No se trata de si Olivia está o no está conmigo —dije con certeza—. Se trata de a quién quiere o no amar Olivia, y puede que no sea yo, pero sí puede ser otra chica. Yo... —suspiré, sabía que era inútil seguir hablando, ella se rehusaba a escuchar—, solo quise intentarlo porque te extraño y mi mamá también te extraña.

Solté la puerta y di marcha atrás. Era momento de volver a casa, tomar una ducha y descansar. Faltaba menos de un día y yo debía estar lista y por primera vez sentía que ya tenía todas mis deudas saldadas. Estaba en paz con todos mis fantasmas y, por ende, lo estaba también conmigo misma.

El tan inevitable día comenzó con altas expectativas por parte de todos. Los rumores de que mi beca estaba en riesgo ya habían recorrido todos los pasillos, y el rumor de que había sido porque yo había convertido en lesbiana a Olivia lo acompañaba muy de cerca. La realidad era que existían dos bandos, o mejor dicho, tres. Por un lado, aquellos que pensaban que yo sería un fracaso por no haber estado entrenando y porque mis capacidades luego del accidente de seguro serían nulas; por el otro, quienes apostaban a mí y a mi destreza y estaban por completo seguros de que les callaría la boca a los miembros del consejo, y por último, todos los amantes del romance que apostaban a mi relación con Olivia, una relación que ya no tenía ningún futuro.

Esa mañana tomé el uniforme del último cajón de mi armario, la camiseta alternativa morada, un short negro y medias del mismo color. También tomé mis zapatos y mis canilleras. Estuve cerca de tomar mis calzas, esas que solía usar para esconder mis cicatrices, pero decidí que no lo haría, no esa vez. Esa vez estaba siendo por completo yo, mi nueva yo y el mundo debía aceptarlo.

Preparé el resto de mis cosas y bajé a desayunar. Mamá y papá me dieron un largo abrazo e insistieron en llevarme a la escuela, pero no acepté, quería ir sola, necesitaba que así fuese.

Y así fue casi todo el día, en una soledad más que necesaria.

—Es hoy —me advirtió la voz de Jackie al tiempo que dejaba sobre mi mesa algunos chocolates.

—¿Asaltaste la golosinería? —pregunté en broma, intentando evadir el tema.

—Tú no puedes ensuciar tu cuerpo con nada de esto hoy —señaló quitándolos de vuelta—, necesitas estar al cien por ciento.

El partido, el dichoso partido.

—Vete al diablo —vociferé intentando alcanzar al menos uno de los chocolates, pero Jackie fue muy rápido.

—¿Estás lista? —preguntó ahora con seriedad. Yo apenas lo miré a los ojos. No lo sabía, estaba asustada.

—Anoche entrené con el equipo —confesé—. Se sintió bien, Jackie, recordé por qué me gusta el fútbol, aunque sigo asustada.

Él guardó silencio unos segundos y luego se sentó a mi lado, sacó uno de los chocolates de regreso y me lo entregó.

—Entonces, cómete uno —pidió con dulzura—. Dicen que chocolate es un buen ansiolítico.

No pude evitar reír ante su comentario, tomé la golosina y la guardé en mi mochila.

—Para cuando ganemos el partido. —Le guiñé un ojo—. De todas maneras, necesito una fábrica para poder tranquilizarme.

—Cuánta seguridad, me gusta —jugó. Yo sonreí, pero luego lanzó una pregunta que logró desestabilizarme de nuevo—. ¿Y Olivia?

—Sí que sabes cómo arruinar las cosas —murmuré con enojo. Jackie suspiró antes de volver a hablar.

—No es un tema que puedas evitar toda la vida —se lamentó.

—Quizás no, pero sí es uno que quiero evitar ahora —contesté con desgano y me coloqué los auriculares. Ya no quería hablar ni con él ni con nadie.

Justo entonces Olivia entró al salón de clases y yo no pude evitar mirarla, sorprendida. No cursaba inglés con ella, jamás lo había hecho. Todos los demás chicos en el aula también nos miraron, todos estaban atentos a nuestra reacción, todos estaban esperando algo de información sobre la gran historia de amor que enfrenta adversidades.

Reí con ironía y salí del aula. No quería estar con ella en el mismo lugar, no lo soportaba, no soportaba pensar en todo lo que hubiésemos podido ser, pero jamás seríamos, así que me tomé el resto de la tarde. Fui a la cancha antes de que llegaran las demás personas, eché un vistazo rápido y me detuve en el centro, justo en el punto de inicio. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, tanta fuerza que comenzó a doler. Mi respiración se hizo errática y recordé su rostro, recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo sus manos sujetaron con fuerza las mías y el dolor, todo el dolor.

—Señores y señoras, en un regreso triunfal, la más aclamada, la diosa del fútbol, ¡NICHOLE SALOMÉ! —se escuchó por todo lo alto la voz de Oliver—. ¡AAHHHHHH!, todos enloquecen, ¡AAAHHHHH!, escuchen a sus fanáticos gritar. ¡AAAHHHHHHH!

Mis ojos se llenaron de lágrimas y corrí a abrazarlo, su presencia me llenó de vida.

—Te quiero —susurré con mi cabeza contra su pecho—, gracias.

—¿Gracias? —preguntó con cierta burla—. Estoy arriesgando mi cuello por estar aquí.

—Te odio —dije ahora empujándolo. Él no pudo evitar reír.

—No me hubiese perdido esto ni aunque mi madre me hubiera encadenado en el sótano —aseguró abrazándome de nuevo—. Estaba a punto de hacerlo con Olivia, como si nadie nunca hubiese notado que estaba enamorada de ti desde hace años.

—No quiero hablar de eso —pedí con cierto enojo.

—Lo siento, solo quería decirte que las destrozaras. —Besó mi frente—. Hazlas pedazos, humíllalas, enséñales quién es Nic...

—Basta —reí soltándome de sus brazos—, tengo miedo, Oliver.

—Miedo tengo yo de que Charlotte me descubra. —Me guiñó el ojo—. Tú puedes con esto y yo estaré justo ahí gritando tan fuerte como siempre —terminó de decir mientras señalaba un punto en las tribunas.

—Ya casi es hora —susurré para mí misma al tiempo que vi a un par de personas entrar y buscar asiento.

—Este será el juego más concurrido —me advirtió mirando a su alrededor—, todos vienen por los rumores.

Yo reí, no estaba acostumbrada a eso, pero me causaba cierta gracia.

—Tengo que irme a los vestidores —le avisé antes de besar su mejilla—, ya es tiempo de irme arreglando.

—SEÑORAS Y SEÑORES, ¡NICHOLE SALOMÉ! —siguió gritando para hacerme reír.

Caminé hasta los vestidores con calma, respiré profundo, saqué el uniforme de mi bolso, lo doblé de manera prolija sobre los bancos y coloqué los zapatos a un lado. El lugar seguía solitario, aún no llegaban las chicas ni la entrenadora. Me saqué la camisa, luego el pantalón, y comencé a vendar mis tobillos y mis muñecas. Siempre lo hacía para proteger mis articulaciones.

Un rato después llegaron un par de compañeras, me saludaron con un beso en la mejilla y comenzaron a preparar sus cosas de la misma manera, siempre en silencio, era un ritual. El lugar se fue llenando, ninguna de ellas miró mis cicatrices y eso me hizo sentir a gusto. Me coloqué la camiseta y luego mi short. Me senté en el banco y me percaté de que el pantaloncillo se subía por sobre la mitad del muslo. Podía verse gran parte de la cicatriz de mi pierna. La acaricié, al fin había entendido que mis marcas eran parte de la persona en la que me había convertido y eso estaba bien.

Me coloqué mis zapatos y até mis cordones. Mi corazón iba rápido, muy rápido, y mi ansiedad se iba incrementando conforme avanzaba el tiempo. Ya estaba lista, lo estábamos todas, solo faltaba algo, una cosa más. Tomé la banda de capitana y me la coloqué en el brazo. Algo se sentía diferente, algo dentro de mí había cambiado y me sentía más preparada que nunca.

Nos formamos. Era tiempo de salir de los vestidores. Yo iba de primera, como siempre debía

hacerlo la capitana. Detrás a mí estaba Laura y detrás de ella, el resto de las chicas. Afuera se escuchaban los gritos, los silbatos, la música y la euforia. Nuestra escuela jugaba contra clubes importantes, así que siempre las tribunas se llenaban de espectadores fanáticos del deporte. Ese día jugábamos contra las campeonas actuales, esa contra las que nuestro equipo había perdido las últimas finales, por lo que la temperatura era elevada y sabíamos que ese sería un juego picante.

Sentí la mano de Laura en mi hombro y solté un suspiro largo y prolongado. Era el momento, así que comencé a caminar a la cancha. Gritos, muchos gritos, luces blancas que lograban cegarme y un equipo contrario en uniforme rojo y blanco a un lado.

Gritos y más gritos que me hicieron recordar su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío.

—¿Estás lista? —preguntó Laura sacándome de mi trance.

—Eso creo —contesté con toda la sinceridad posible.

—Entonces, a calentar —indicó y yo asentí con la cabeza.

Trotamos un poco, hicimos algunos pases y tiros al arco suaves. Leves. La idea era ir calentando los músculos para evitar lesiones. Los minutos pasaban y el tiempo de calentamiento se iba agotando. Ya era hora, los árbitros sonaron el silbato y nos llamaron al centro a ambas capitanas.

Roberta, así se llamaba la líder del otro equipo. Le sonreí de medio lado y ella hizo lo mismo.

—Nichole está de vuelta, ¿eh? —dijo apenas me tuvo enfrente.

—¿Creíste que te librarías de mí este año? —Le guiñé un ojo—. No me digas que estás asustada.

—Para nada —contestó sin dejar de sonreír—, pero me alegra que estés de regreso.

Nos dimos la mano y lanzaron la moneda. Ganamos el saque. Todas tomamos nuestros respectivos lugares.

Sonó el silbato.

Recibí el primer pase.

Recordé su rostro lleno de pánico mientras caíamos al vacío, cómo su mano sujetaba con fuerza la mía y todo el dolor. No podía respirar, no podía moverme.

—¡Nichole! —gritaba Sam desde la banda contraria—. ¡Nichole, pásala! —seguía gritando cuando un fuerte empujón me hizo caer al suelo.

Había perdido la pelota contra Roberta, quien en una ágil jugada logró anotar un gol.

¡Maldita sea!

De nuevo al medio, otro saqué que terminó en los pies de Laura. La vi correr hacia adelante y levantar su rostro para buscarme a mí, pero yo estaba estática, no lograba mover mis pies, no lograba concentrarme. Trastabillé y por poco caí al suelo de no ser por los brazos de Vero que me sostuvieron.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Roberta había alzado sus brazos pidiendo tiempo fuera. Todos me miraban en silencio.

—No puedo —susurré, sentía que me ahogaba—. Gio.

La entrenadora corrió con prisa hasta donde me encontraba. Su rostro se notaba preocupado y me extendió un termo de agua para que tomara un sorbo. Yo negué con la cabeza.

—Gio está en cada una de nosotras, Nichole, hagamos esto por ella —pidió nuestra entrenadora. Yo esperé algunos segundos y luego asentí. No podía rendirme sin antes intentarlo.

Todas esperaban por mí, levanté mis manos y di el okey. Sonaron el silbato, el balón regresaba a la arquera contraria y se reiniciaba el partido.

Cuando me percaté, Roberta corría en mi dirección con furia, respiré profundo y corrí hacia ella logrando sacarle la pelota, luego le hice un pase a Vero, quien le hizo uno a Laura. Laura pateó al arco, pero la arquera era muy buena y lo detuvo. Hizo su salida con una de las defensas, eran rápidas, eran buenas, en apenas un instante la pelota estaba impactando en las manos de nuestra arquera. Y así íbamos, en un ida y vuelta que no terminaba en gol.

Sonó el silbato del primer tiempo y todas caminamos hasta los vestidores. Nadie decía nada, nadie hacía nada, el primer gol había sido por mi culpa y eso estaba más que claro. Estaba jugando bien, pero no estaba siendo la mejor. Perdía el balón con facilidad y no estaba definiendo tiros al arco. Me faltaba algo, pero no sabía qué.

—Puedes hacerlo —me dijo Laura una vez que me alcanzó hasta mi lugar en los vestidores—, confiamos en ti.

—¿Necesitas un respiro? —preguntó ahora la entrenadora con un enfado notorio—. ¿Estás muy cansada? ¿Quieres irte?

Negué con la cabeza.

—Entonces, respeta a tus compañeras y haz tu trabajo. No eres una jugadora más, eres la capitana y no estás guiando a nadie. —Yo enmudecí, todas lo hicieron—. ¿Querías una oportunidad? Es esta, la única, es todo o nada. ¿Quieres darlo todo o no tener nada? No me disculparé contigo por ser dura, Nichole, porque sé que puedes dar más que eso, sé lo buena que eres y sé que puedes lograrlo.

El resto de las chicas evitó mirarme. Yo me limité a asentir con la cabeza y tomar de nuevo mi lugar en la salida, era todo o nada, era todo o nada.

Pelota al medio y sonó el silbato. Era todo o nada. Con Gio todo fue siempre un todo o nada. Se lo debía a ella y me lo debía a mí misma. Recuperé el balón en apenas un movimiento y eché a correr. Era rápida, muy rápida, pero cuando estuve cerca del área contraria, un tirón me hizo caer al suelo.

Sonó la falta.

Me levanté con prisa e hice un pase a Laura que tomó desprevenido al equipo contrario y

terminó en gol.

Una a una.

Pelota al medio.

Vic logró sacarle el balón al equipo contrario, hizo un cambio de banda que terminó con la pelota en los pies de Laura. Laura la dribló para marear a una adversaria y me hizo un pase.

Una a una contra la arquera. Ella se adelantó para cerrar mi tiro, pero elevé la pelota con la punta del pie, lo cual ocasionó que pasara por sobre su cabeza, pero lo que parecía ser un gol fue evitado por una de las defensas contrarias. Nos lamentamos, seguíamos una a una y quedaban cinco minutos de juego. Sabía que no estaba demostrando lo mejor de mí, pero no me interesó. Estaba jugando con mis amigas y era todo lo que necesitaba para estar bien, sin importar qué sucediera al día siguiente.

Corría con el balón muy pegado a mis pies, ya había pasado a una y a dos adversarias. No lograban detenerme así que la tercera no tuvo más opción que barrerse desde atrás.

Golpeó mi pierna y caí.

Dolor.

Mucho dolor.

Tomé mi pierna con mis manos y solté un grito más que desgarrador. Pensé en la advertencia de los doctores, pensé en las consecuencias de una nueva lesión. Pensé en su rostro lleno de pánico, pero era todo o nada.

—¿Estás bien? —preguntó mi entrenadora desde la banda.

—Si —apenas pude responder.

Tarjeta roja y tiro directo.

Laura se acercó a mirarme.

—Es todo tuyo —señaló.

Yo asentí. Me preparé, miré a mis compañeras, miré a las tribunas y miré hacía la luz. Ahí estaba el rostro de Gio con una sonrisa, la pude ver sonreír, podía jurarlo. Luego dio media vuelta y se marchó. Era por ella, era por mí, era por nosotras.

Corrí hacia el balón y pateé al arco. Pasó por encima de la barrera y entró justo en la esquina superior contraria.

Gol, era gol.

Sonó el final del segundo tiempo, habíamos ganado, era mi regreso y habíamos ganado. Todas corrieron a abrazarme, todas saltaron junto a mí. Incluso Roberta se acercó y me dio un abrazo para felicitarme.

Miré a las tribunas como siempre lo hacía al terminar un partido: mis padres, Oliver y Jackie iban a perder la cabeza, pero no estaba ella, no estaba Olivia y sentí mi corazón arrugarse.

No estaba Olivia y ya no me importaba la victoria, ya no me importaba haberlo logrado.

—No perderás tu beca —me aseguró Laura antes de besar mi frente—. Eres una genia. Si te sacan, nos vamos todas.

—No tienen que hacer eso —aclaré, pero ella negó con la cabeza.

—Somos un equipo y tú eres nuestra líder —afirmó—. Estamos juntas en esto.

—Gracias —alcancé a decir con una sonrisa más que sincera.

La gente había enloquecido y los gritos inundaban el lugar. Habíamos ganado y aún no podía creerlo, pero no solo eso logró sorprenderme. Olivia caminaba, o más bien corría desde la entrada de los vestidores en mi dirección. Era real, era ella. Yo la esperé inmóvil sin entender, mi corazón comenzó a latir con fuerza y mis manos comenzaron a temblar con ligereza, como siempre que estaba nerviosa.

—¿Qué haces? —pregunté una vez que estuvo frente a mí.

—Haciendo que valga la pena —contestó antes de besarme.

EPÍLOGO

Todo en el consultorio de Ramsés estaba igual que siempre. Sus paredes seguían siendo tan blancas y pulcras como el primer día, sin más que un par de cuadros minimalistas. La planta que oscilaba entre la vida y la muerte junto a su ventana parecía querer seguir luchando por mantenerse de pie. Su biblioteca, llena de todos esos tomos de psicoanálisis que me cuestionaba si realmente los había leído alguna vez. La luz seguía siendo blanca y cegadora y él, él seguía siendo el mismo hombre callado y observador, ese que intervenía justo cuando sentía que debía hacerlo y no en otro momento. Ese que me escuchaba y respetaba mis tiempos.

Todo se sentía igual, todo menos yo.

—Me ofrecieron una beca universitaria —relataba con una sonrisa plena—. Al parecer, haber tenido un accidente como el que tuve y recuperarme para volver a la cancha demuestra más de lo que hubiese podido imaginar.

—¿Es lo que esperabas? —preguntó con ese mismo tono de voz pasivo de siempre.

—Siento que no se trata sobre lo que esperaba o no —señalé con sinceridad—. Por mucho tiempo tuve la sensación de que la cancha no era más mi lugar y de que el fútbol ya no era algo que me representaba. Por mucho tiempo dudé de ser capaz de volver a lograrlo. Por mucho tiempo estuve aferrada al recuerdo doloroso de Gio y al hecho de que ya ella no podría estar nunca más ahí, sentía que no era justo que yo sí estuviese. Me cuestioné tantas cosas que mi cuerpo dejó de moverse, que yo dejé de respirar, y ahora... —solté un suspiro—, ahora todo es distinto. Jamás me siento tan llena de vida como cuando estoy en la cancha y el recuerdo de Gio ya no es doloroso, ya no pienso en su cara llena de pánico mientras caíamos al vacío ni en todo lo malo que sucedió. Ahora solo pienso en su sonrisa, en su manera de mirarme dentro de la cancha. Siento que dejé de cargar con la culpa que estaba cargando y que no me correspondía.

—¿Cómo dirías que te sientes ahora que todo esto se muestra ante ti? —preguntó luego de amagar una sonrisa.

—Tranquila, sin dudas —confesé—. Estuve por mucho tiempo lidiando con una batalla interna que casi me destruye, pero ahora tengo a Olivia, a Jackie, a Oliver y a todo mi equipo. Tengo este espacio que me hace sentir segura aunque por mucho tiempo lo evité, pero por sobre todo tengo a mis padres que siempre estuvieron tomándome de la mano.

—¿Y el conflicto con los padres de Olivia? —acarició su barba—. Habías comentado que era algo que te preocupaba.

—No todo puede ser tan sencillo —Me encogí de hombros. La pregunta era dolorosa, no podía negarlo—. Seguimos trabajando en ello, no puedo negar que es difícil, pero la tengo a ella y a

todos para poder manejarlo.

—Lo has hecho muy bien —dijo cerrando su agenda y sonriendo por primera vez desde que lo conocí—. Tus ataques de pánico cesaron hace un tiempo y has aprendido a controlar los momentos de angustia. Estás resolviendo muy bien tus asuntos y has trabajado mucho por salir adelante. Sé que no ha sido un trabajo sencillo, pero pudiste lograrlo.

Yo asentí. Lo cierto era que sí lo estaba haciendo bastante bien y, aunque aún tenía trabajo por delante, las cosas finalmente retomaron su rumbo, de eso no tenía dudas.

Cuando salí de mi sesión con Ramsés, Olivia ya me esperaba. Tenía una sonrisa que me llenaba de júbilo, hacía varios días que no la veía, pues realizaba sus pruebas para la universidad. Ese era el tema de las últimas semanas. Me acerqué a dale un beso en los labios y luego la abracé con fuerza.

—¿Estás lista? —preguntó una vez que nos soltamos.

—Sí —contesté con una media sonrisa y un nudo en la garganta.

El pasto ahí siempre era de un verde brillante y lleno de vida. Me resultaba curioso que estuviese lleno de vida. El sol estaba en su punto más alto y el cantar de algunos pájaros me hacía sentir en una película de esas que siempre te hacen llorar por sus finales, esas mismas que amaba Olivia.

—Esta es tuya —dije una vez que me quité la medalla dorada que colgaba de mi cuello y me agachaba para dejarla sobre la lápida de mármol blanco de Gio—, te la ganaste.

En ese momento, la mano suave y cálida de Olivia tomaba la mía y entrelazaba nuestros dedos. Subí la mirada y mis ojos se encontraron con ese par de piedras hermosas que eran los suyos.

—Ambas se la ganaron —aseguró con una sonrisa que transmitía más que paz.

Volví a mirar la lápida y luego el cielo. Lo había logrado. Finalmente lo habíamos logrado.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[EPÍLOGO](#)